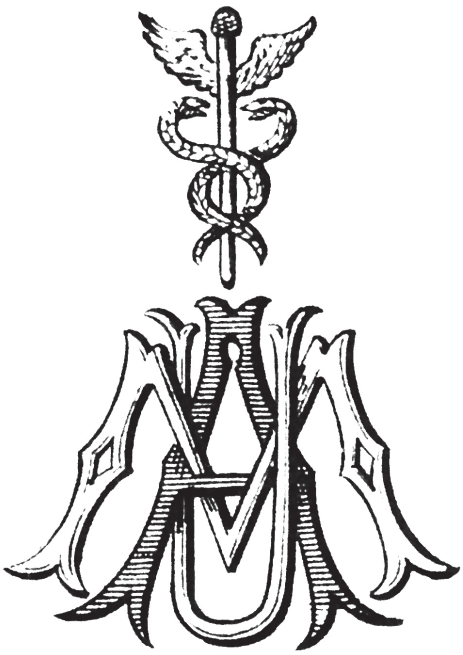


Ex-libris de Manuel Uribe Ángel

Academia Antioqueña de Historia

Homenaje a Manuel Uribe Ángel

Medellín, 2023

Homenaje a Manuel Uribe Ángel
© 2023 Academia Antioqueña de Historia
Todos los derechos reservados.

Primera edición
Julio, 2023
ISBN: 978-958-53505-8-8

Compilador: José Alvear Sanín
alvear.editor@gmail.com

Revisión editorial: Eunice Díaz G.
eudiazg@gmail.com

Diagramación: Matías Toro
toro.matias@gmail.com

Impreso por Todográficas

Esta publicación ha sido realizada por la Academia Antioqueña de Historia, con aportes de la Gobernación de Antioquia, por intermedio del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia.

Hechos todos los depósitos legales. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

UNIDOS

Contenido

Presentación 7
Por Alonso Palacios Botero

Notas del compilador 11
Por José Alvear Sanín

Manuel Uribe Ángel y su legado bicentenario 25
Por Mauricio Restrepo Gil

Fragmento de "La Medicina en Antioquia" 47
Por Manuel Uribe Ángel

Canal de Panamá 55
Por Manuel Uribe Ángel

Población indígena 63
Por Manuel Uribe Ángel

Láminas de arte precolombino y su explicación 109

Un cuento de dos yemas 177
Por Manuel Uribe Ángel

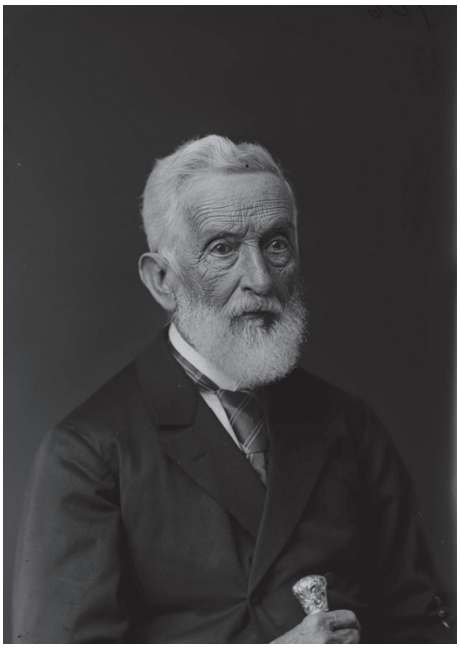
La Serrana 181
Por Manuel Uribe Ángel

Entre dos cigarros 267
Por Fidel Cano

Boceto del Dr. Manuel Uribe A. 273
Por Luis Eduardo Villegas

Manuel Uribe Ángel, geógrafo, historiador y viajero 289
Por Rodrigo Campuzano Cuartas y Daniel Acevedo Arango

El pivote geográfico de la historia de Antioquia 313
Por Juan José García Posada



Manuel Uribe Ángel
Foto: Pastor Restrepo; s.f.

Presentación

La Academia Antioqueña de Historia rinde un homenaje a su fundador, don Manuel Uribe Ángel, con motivo de cumplirse el bicentenario de su nacimiento (1822 – 2022), y lo hace con la presente publicación, que contiene ensayos de diversos autores sobre su vida y su obra y varios ejemplos de su extensa producción literaria.

Don Manuel nació en la época en la que apenas se comenzaba a perfilar la naciente república, pues solamente tres años antes de su nacimiento había ocurrido la hazaña libertadora de la batalla de Boyacá, y dos años después el encuentro de Chorros Blancos, donde las tropas patriotas, al mando de José María Córdova, vencieron a los españoles.

Se iniciaba así un proceso difícil para la nueva república, en medio de las penurias y las deudas que dejaba la guerra y las diferencias ideológicas y políticas que cada día se profundizaban más y que sirvieron para la separación de Venezuela y de Ecuador y a la confrontación interna entre líderes, que casi siempre terminó en guerras civiles que ocuparon la historia del siglo XIX y principios del siglo XX, época en la que vivió don Manuel.

Aunque su educación profesional fue la de médico, ejerció actividades polifacéticas que hicieran que sus contemporáneos lo calificaran de sabio.

Tuvo conocimiento de varias disciplinas científicas y literarias que lo pusieron al nivel de los grandes enciclopedistas europeos, amén de ejercer actividades de investigación en varios campos de las ciencias naturales, de intervenir en asuntos cívicos y públicos y de escribir con estilo y propiedad, desde artículos de carácter científico hasta elucubraciones de carácter literario.

Los historiadores son, en general, muy reacios a redactar elogios y panegíricos sobre los personajes de la historia y críticos acérrimos de quienes lo hacen. Sin embargo, la historia y la literatura están llenas de verdaderos historiadores que, sin perder objetividad, resaltaron las excelencias y las falencias de sus biografiados. Ejemplos tenemos a granel en la historiografía universal. Emile Dard, en su estudio sobre Napoleón y Talleyrand; Emil Ludwig, en su libro sobre Napoleón; André Maurois, en su biografía sobre Napoleón; los estudios biográficos de Stefan Zweig sobre personajes tan dispares en sus vidas como María Antonieta, Fouché, Magallanes, Wilde; las extensas biografías sobre Beethoven, Mozart, Churchill, y en nuestro medio las biografías de los grandes héroes de nuestra independencia, son todas muestras de verdaderas investigaciones historiográficas escritas por excelentes historiadores y literatos que se dedicaron con profundidad a conocer a sus personajes, sus fortalezas y debilidades y alabaron sus hazañas con franqueza.

La cuidadosa selección del presente documento contiene documentos escritos por académicos que profundizaron en diversos campos de la vida y obra de don Manuel, e incluye una muestra de su variada producción literaria, que va desde estudios científicos, propios de su profesión de médico, estudios de geografía, relatos y otros escritos más íntimos y familiares.

Por eso, no es faltar a la rigurosidad en la investigación de la vida y obra de un personaje como Manuel Uribe Ángel, resaltar sus virtudes ciudadanas, profesionales, cívicas, políticas y literarias, conocer su alma vertida en sus escritos y proponerlo como un verdadero ejemplar de ciudadano digno de ser imitado por las generaciones venideras.

Recordemos su abundante legado:

Como buen cristiano contribuyó a la construcción de la iglesia de Envigado y la catedral de Medellín.

Como buen anfitrión, al mejor estilo de las tertulias europeas, hacía frecuentes reuniones en su casa, en el centro de la pequeña aldea que era Medellín, donde acudían políticos, periodistas e intelectuales de la época. Allí, en su lecho de enfermo, se hizo la primera reunión para fundar la Academia Antioqueña de Historia, en 1903.

Como médico, estudió inicialmente en la capital de la naciente República, luego en Europa, viajó por varios países para ilustrarse y ejerció su profesión durante cuatro décadas, con dedicación y con especial atención a personas de bajos recursos.

Como catedrático, dictó clases en la incipiente escuela o Facultad de Medicina, en Medellín.

Como líder de reconocido prestigio, contribuyó de manera principal a la creación de instituciones como la Academia de Medicina de Medellín (1887), la ya mencionada Academia Antioqueña de Historia (1903) y la Biblioteca y el Museo de Zea.

Como boticario, compró la botica Quevedo y Restrepo, ante la necesidad de encontrar y producir medicinas para sus pacientes.

Como investigador científico, publicó numerosos artículos sobre medicina aplicada e higiene pública y privada.

Como geógrafo escribió su principal obra, por cierto muy extensa e ilustrada, *Geografía General del Estado de Antioquia,* publicada en París en 1885.

Como historiador, tenía fama de gran conocedor de la historia universal y publicó un complemento de su geografía como recuento histórico de lo ocurrido en Antioquia en el siglo XIX, algunos textos de historia americana, nacional, regional y local y varias biografías cortas.

Como literato, escribió relatos sobre sus viajes, cartas, cuentos, anécdotas y fábulas.

Como político, se afilió al partido liberal, fue diputado en la Asamblea Departamental de Antioquia, presidente interino del Estado Soberano de Antioquia y senador de la República en 1881.

Como puede observarse, la actividad polifacética de don Manuel Uribe Ángel y su grande y decisiva participación en la vida de Antioquia, lo hacen merecedor a este homenaje que la Academia Antioqueña de Historia le hace con motivo de cumplirse doscientos años de su nacimiento.

Invitamos a los lectores a estudiar con cuidado y atención estos documentos, para reafirmar la importancia del personaje y estimular a las nuevas juventudes a imitar sus virtudes y seguir su ejemplo.

Los socios de la Academia Antioqueña de Historia sentimos gran orgullo en resaltar los méritos del fundador de esta institución, que en el 2023 está celebrando sus ciento veinte años de vida.

Alonso Palacios Botero
Presidente
Academia Antioqueña de Historia

Notas del compilador

Por José Alvear Sanín

La Academia Antioqueña de Historia tiene entre sus propósitos resaltar la vida y obra de grandes figuras del Departamento, no siempre bien reconocidas por las nuevas generaciones.

Con el *Homenaje a Francisco Antonio Zea*, publicado a finales de 2022, la Academia hace justicia a un prócer más denostado que bien conocido a través de la historia patria.

Ahora, con este *Homenaje a Manuel Uribe Ángel*, se busca dar mas relieve a su obra que a su biografía. Esta es bastante bien conocida, y además acaba de ser narrada con gran detalle por el historiador Jorge Andrés Suárez Quirós, en su importante libro *Manuel Uribe Ángel 1822-1904. Promover y difundir, biografía de un modernizador antioqueño* (Medellín: Pulso & Letra; 2022, 234 páginas).

Para cumplir con ese propósito, la Academia ha seleccionado once textos con el fin de dar al lector idea de las variadas facetas de la actividad de Uribe Ángel, de los principales rasgos de su personalidad y de su trayectoria vital. Tres son estudios originales escritos por miembros de la Academia; siete son del propio Uribe Ángel, y también incorporamos el testimonio sobre la vida de Uribe Ángel que escribió su amigo Luis Eduardo Villegas con motivo de su fallecimiento.

Manuel Uribe Ángel se presenta como un excepcional y multifacético personaje de la segunda mitad del siglo XIX antiqueño. Sus grandes contemporáneos serán Pedro Justo Berrío, Mariano Ospina Rodríguez, Gregorio Gutiérrez González, Marceliano Vélez, Juan de Dios Uribe (el Indio), José María Villa, Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), Fidel Cano, Vicente Restrepo, pléyade nada pequeña que se ubica en el reducido espacio de un Medellín que en 1881 suma apenas 29.765 habitantes, por esos años en que la actividad de Uribe Ángel es más notoria.

Dentro de ese grupo sobresaldrá como médico, catedrático, columnista, historiador, geógrafo, filántropo, promotor y dirigente cívico, y hasta político, mientras esas otras grandes figuras apenas descuellan en su campo profesional o por su actuación política.

Nace en Envigado en 1822. A partir de sus catorce años estudia en Bogotá el bachillerato. Cursa Medicina en la Universidad Central a partir de 1840, cuando el estudio científico de la medicina apenas empezaba en el país, básicamente sobre textos franceses. Por esos años, un puñado de médicos, especialmente en la capital, comienza a practicar sus conocimientos en un país tratado por curanderos con preparados botánicos tradicionales o empíricos, fruto de la imaginación de algunos yerbateros. Esos preparados nada curaban, y cuando aparecía la primera enfermedad verdadera, era también la última.

Hacia 1844, de 22 años, Uribe Ángel se recibe de médico y desde entonces hasta 1895 ejercerá la profesión. Se inicia en ella en Ecuador y luego en Perú, a partir de 1847. En 1850 hace algunos estudios en los Estados Unidos, y entre 1881 y 1883 asistirá a cursos en el Hôpital Cochin, de París.

Después de esa preparación, amplia y bien poco común por aquellos tiempos, aparece en Medellín, donde se casa en 1854 con Magdalena Urreta Saldarriaga, matrimonio feliz aunque sin hijos. Ella lo acompaña siempre y fallecerá pocos meses después del marido.

Entre el regreso en 1853 y la muerte, en 1904, transcurren 51 años en los que el gran médico se multiplica en otras actividades y llega a ser considerado por ambos bandos políticos de la época como el más ilustre de los ciudadanos. Ecuánime, conciliador y componedor, prestará servicio a la paz como transitorio presidente del Estado, en abril de 1887, durante 18 días.

En sus años postrimeros verá surgir una nueva generación, Pedro Nel Ospina, Rafael Uribe Uribe, Francisco Antonio Cano, Ñito Restrepo, Tomás Carrasquilla.

El médico. — Manuel Uribe Ángel no fue el primero de los médicos científicos en Antioquia. Por los años de la Independencia llegó Hugo Blair, con la Legión Británica, y se quedó en Antioquia. Uribe Ángel no recuerda el nombre de un francés quien fue llamado al lecho de enfermo del dictador Juan del Corral.

Como este no logró nada, acudió don Nicolás de Villa y Tirado, que tampoco pudo salvarlo.

Este don Nicolás era, desde luego, un curandero, cuya fascinante historia ha narrado en páginas chispeantes y del mayor interés histórico don Manuel, quien descubrió su vocación médica sirviéndole como amanuense en algunas ocasiones durante su infancia.

Esas páginas nos indican más o menos lo que Uribe Ángel encuentra en 1843, cuando se suma al puñado de egresados de la Universidad Central que ya trabajan en Antioquia. No es difícil, entonces, imaginar las dificultades de estos galenos para imponerse sobre la ignorancia y el atavismo. No es que supieran mucho, si comparamos sus conocimientos con los actuales, pero entre los yerbateros y los egresados de la Central, el abismo que los separaba era tan inmenso como el que hay entre los protomédicos colombianos y los de hoy, razón por la cual incorporamos en este libro un extenso fragmento de *La Medicina en Antioquia*, trabajo dedicado por el autor a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, en febrero de 1881.

Uribe Ángel, quien además había ampliado sus conocimientos en el exterior, pronto adquiere el respeto general y es considerado gran eminencia regional.

El literato. — Muy pronto, al lado del médico, aparece Uribe Ángel como literato. Escribe con elegancia y soltura. El estilo es correcto, mesurado, preciso. Cita con propiedad los clásicos de la lengua y está familiarizado con la antigüedad, sin desdeñar jamás lo propio y autóctono.

Su acucioso biógrafo, Jorge Andrés Suárez Quirós, ha inventariado cincuenta y ocho textos literarios, que van desde cuentos y cuadros costumbristas hasta relatos históricos, anécdotas, leyendas, recuerdos personales, viajes y acontecimiento locales, que dan idea de la multitud de temas que llaman su atención. A eso se añaden, según el mismo autor, 31 escritos sobre Historia, amén de su voluminosa *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia*, y *La Serrana, leyenda histórica*.

Esa copiosa producción apareció en numerosas publicaciones de la época, especialmente de Bogotá, de uno y otro partido, porque Uribe Ángel, de proverbial

ecuanimidad, tenía amigos en todas las vertientes sectarias y excluyentes de su siglo. En otro notable libro, *Manuel Uribe Ángel, viajero y observador* (Medellín: Universidad de Antioquia; 2017, p. 21), los historiadores César Augusto Lenis Ballesteros y Roberto Luis Jaramillo citan las 18 publicaciones decimonónicas en las que aparecieron colaboraciones de nuestro personaje. Su variedad y lo disímil de sus tendencias políticas dan idea de la acogida nacional que tenían los escritos del prohombre antioqueño.

Además hemos revisado 36 manuscritos que de Uribe Ángel se conservan en el Archivo Histórico de Antioquia, la mayor parte de los cuales corresponde a artículos publicados en vida de su autor. Por eso no fue fácil escoger los textos para incluir en este libro. Finalmente optamos por un fragmento de *La Medicina en Antioquia*, sus *Notas del viaje a Panamá*, el capítulo sobre la población indígena, de la *Geografía General*, el cuento *Las dos yemas*, y *La Serrana, leyenda histórica*.

La Serrana, después de la *Geografía General*, es la obra más extensa de Uribe Ángel, de unas 80 páginas. Apareció en once entregas sucesivas, en el *Papel Periódico Ilustrado*, la incomparable revista que dirigía Alberto Urdaneta, la más bella publicación colombiana del signo XIX, entre agosto 6 de 1886 y enero 15 de 1887.

La Serrana es un relato sorprendente, nada mas y nada menos que una historia muy similar a la de Robinson Crusoe, la del único sobreviviente de un naufragio que se convierte en el solitario habitante de un islote aislado e inhóspito. Allí, Pedro Serrano, que da nombre a ese islote, cercano a nuestro San Andrés, descubre cómo hacer fuego, dominar las inclemencias del lugar, alimentarse, llevar cuenta del tiempo, y años más tarde, convivir con otro náufrago que allí llega. Luego serán rescatados, pero el compañero morirá antes de arribar a Europa, donde la fortuna finalmente alcanza a Serrano, que no se ha podido cortar el pelo durante todos esos años, llamando así la atención inclusive de Carlos V, quien lo premia con una encomienda en las Indias. A ellas regresa, ya afeitado y bien vestido, para fallecer tan pronto pisa la tierra panameña.

La primera impresión del lector desprevenido es la de que se trata de una imitación de la novela inglesa de Daniel Defoe (1660-1731), aparecida en 1719, uno de los libros más conocidos de la literatura universal.

La historia de Robinson se inspiró en la del marinero escocés Alexander Selkirk, quien vivió cuatro años en una isla desierta, aunque Crusoe, en la novela, pasa allí 28 años.

Al parecer, Defoe conoció también la historia de Pedro Serrano, náufrago, que vivió ocho años, entre 1526 y 1534, en un islote inhabitado, que por esa razón lleva el nombre de La Serrana.

La primera información sobre esta historia se encuentra en una concisa página de los *Comentarios Reales*, del Inca Garcilaso de la Vega, que las oyó relatar a alguien que conoció a Serrano.

Uribe Ángel, quien sin duda alguna conocía la obra del inglés y la corta página del peruano, se inspiró en tales antecedentes para construir su bien hilvanado relato, entreverado de aventuras y reflexiones, novela corta aparecida en un país donde se habían escrito muy pocas novelas, si mucho *Manuela*, de Eugenio Díaz, *María*, de Jorge Isaacs; *El caballero de Rauzán*, de Felipe Pérez, y las cuatro sorprendentes de José Manuel Marroquín: *El Moro*, *Entre Primos*, *Blas Gil*, *Amores y Leyes*.

El autor de *La Serrana* debió esperar cinco años para verla publicada, porque desde mayo de 1881 había obtenido el *privilegio* (propiedad intelectual) exclusivo para editarla y venderla, mediante Resolución firmada por el presidente Rafael Núñez en su primer mandato.

Aunque en 1984 el Municipio de Envigado la publicó, *La Serrana*, inmerecidamente, sigue siendo muy poco conocida, razón que nos ha llevado a incluirla en este libro, con recomendación especial para sus lectores.

La *Geografía General del Estado de Antioquia*. — Después de independizarse de España y Portugal, los nuevos países ignoraban, al igual que los gobiernos coloniales, casi todo lo referente a superficie, límites, territorio, población, riquezas...

Por lo tanto, durante el siglo XIX, una de las principales tareas de los gobiernos fue la delimitación de sus territorios, su descripción, el establecimiento de las superficies nacionales y regionales, el inventario de sus producciones, la caracterización de sus poblaciones, además de la elaboración de una cartografía confiable.

En 1672, el célebre mapa de la América Meridional, de Guillaume Sanson, nos presenta una figura más o menos nítida del subcontinente con sus cordilleras, planicies, principales ríos y ciudades. En 1771 aparece un mapa del Nuevo Reino de Granada y Popayán, impreso en Londres, pero habrá que esperar hasta 1822 para un mapa general de la República de Colombia, formada por Venezuela, Cundinamarca y Quito, elaborado sobre las observaciones e indagaciones astronómicas de Alexander von Humboldt, donde aparecen las tres cordilleras, los grandes ríos y multitud de pueblos y ciudades. Ese mismo año hay un mapa ordenado por Francisco Antonio Zea y elaborado por Alexander Walker, y otro que se encuentra en la *Historia de la Revolución en Colombia*, de José Manuel Restrepo.

Bajo la dirección de Agustín Codazzi (1773-1859), quien había realizado igual trabajo en Venezuela, la Comisión Corográfica, creada durante la primera Presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera, dejará como fruto de sus nueve expediciones, entre 1850 y 1859, 130 mapas y 2000 láminas, relatos etnográficos y descripción de regiones.

Los trabajos de la Comisión Corográfica se interrumpen por la guerra ocasionada a partir de 1860, por su fundador, Tomás Cipriano de Mosquera, pero ya en 1852, en Filadelfia, en la litografía de E. Mayer había aparecido un mapa de la República de la Nueva Granada y Venezuela, basado en los trabajos de Codazzi y firmado por Mosquera.

Ese mapa nos muestra la división política de ambas repúblicas y no es el único trabajo geográfico de Mosquera, porque en 1863, publica en Londres su *Compendio de Geografía General, Física, Política y Especial de los Estados Unidos de Colombia*.

En 1883 aparece en París el mapa de los Estados Unidos de Colombia, de Georges Erhard Schieble, que desde luego será conocido por Manuel Uribe Ángel y que aquí reproducimos tal como aparece en la *Nueva Jeografía Universal*, de J.M. Royo[1].

1. La *Nueva Jeografía Universal*, del médico cartagenero José Manuel Royo, "arreglada para los colejios americanos", impresa en París por la Librería de Ch. Bouret, 23, calle Visconti, 23, tuvo difusión continental y numerosas ediciones. La última que conozco es de 1922, editada por la viuda de Bouret y revisada por M.G. de la Rosa, porque Royo murió en 1891.

Para los años de 1880 ya conocemos más o menos los límites de nuestro país, y su superficie de 13.310 miriámetros[2], que una y otra vez se verá reducida por la pérdida de Panamá y los tratados de límites con Venezuela, Perú y Brasil.

Un estudio reciente indica que la superficie heredada del Virreinato era mayor que la atribuida por Erhard a los Estados Unidos de Colombia.

Actual República de Colombia	1'147748 km²
Panamá (perdidos)	74500 km²
Cedidos a Brasil	250000 km²
Cedidos a Perú	100000 km²
Total Virreinato de Nueva Granada	1'572248 km²

Esto indica la pérdida de algo así como el 31 % del territorio que tenía el Virreinato, aunque en este cálculo faltan entre 60.000 y 80.000 km² cedidos a Venezuela[2].

2. Datos tomados de Sanín Noemí, Ceballos Miguel. *La llegada del dragón*. Bogotá: Panamericana; 2013; p. 31

El anterior es, a vuelo de pájaro, el estado de los conocimientos geográficos en Colombia cuando aparece la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia*, de Manuel Uribe Ángel, impreso en París por Victor Goupy y Jourdan, 71, calle de Rennes, 71.

En su inicial *Advertencia*, el autor nos dice que:

> [Mi] *obra nada tiene de científica* (...) *como no soy sabio, no puedo expresarme con autoridad de tal, y a trabajar sobre un país tan poco conocido y tan mal estudiado, mis aseveraciones no pueden salir del campo de lo condicional y aproximativo* (...)

Esas palabras reflejan la ecuanimidad que campea en todo el discurrir vital de Uribe Ángel. Reconoce sus posibles deficiencias, pero no exalta el inmenso esfuerzo que representa su libro. Este ofrece al lector actual la imagen más completa y objetiva de lo que era Antioquia por los tiempos finiseculares del XIX, en el momento del gran quiebre, la desaparición del federalismo y el surgimiento de la república unitaria.

Entre las 37 obras consultadas por el autor predominan las de carácter histórico. Solo tres son propiamente geográficas: *Geografía de Antioquia*, de Felipe Pérez (separata de su *Geografía General de Colombia*), la de Joaquín Esguerra (miembro de la Comisión Corográfica), y la *Geografía y Corografía de Antioquia*, de Carlos Segismundo de Greiff.

Sin embargo, se observa que Uribe Ángel conoce bien los libros geográficos de su época; además afirma que ha recurrido a multitud de datos suministrados por amigos, pero no nos cuenta que él ha sido infatigable explorador de su región, como lo atestiguan sus "Apuntes sobre un viaje por el Nordeste del Estado de Antioquia en 1967", recogido en *Manuel Uribe Ángel, viajero y observador 1867-1892*, obra ya mencionada en estas Notas.

El resultado de sus esfuerzos es, sin duda alguna, un libro excelente e indispensable, donde con el correr de los años lo histórico ha tomado la delantera a lo geográfico, porque nos retrotrae a una Antioquia muy diferente. En ella todavía no hay caficultura ni industria diferente a una minería arcaica de aluviones auríferos, al lado de la cual aparece la gran sociedad explotadora de la mina El Zancudo, que Uribe ángel describe cuidadosamente.

Antioquia no tiene Urabá pero se extiende hasta el Tolima. Los nueve municipios de su Departamento del sur son los actuales del norte de Caldas. El Quindío apenas empieza a ser colonizado y depende enteramente de Manizales[3].

El Estado Soberano tiene una superficie de 590.25 miriámetros^2 (59.025 km^2). Está dividido en nueve Departamentos. En ellos se encuentran 79 Distritos (municipios) y más de un centenar de Fracciones (corregimientos)[4].

En 1870, el Estado tenía 365.944 habitantes, y en 1880, 464.887 almas.

Uribe Ángel, a través de 781 páginas nos hará la descripción de los 9 Departamentos, los 79 Distritos y las principales Fracciones del Estado Soberano; informa sobre la orografía y la hidrografía, de las producciones y los recursos de los tres reinos —animal, vegetal y mineral—, del gobierno, la administración, la Hacienda, las industrias, las vías de comunicación (incluyendo el ferrocarril que se inicia), la instrucción pública.

Estos temas ocupan las primeras 550 páginas. Las restantes, la tercera parte, tratan fundamentalmente de la historia del descubrimiento y la conquista de Antioquia. De esta parte del libro consideramos de especial interés para el lector actual los dos primeros capítulos, sobre los pueblos indígenas. El primero de ellos se ocupa de las guacas[5], su excavación y clasificación, y de objetos sacados de los sepulcros y su importancia. El siguiente trata de las distintas tribus, sus costumbres, lenguaje, religión, vida doméstica, mitología, minería y joyería, cerámica, y de la vida de los indios en ese entonces. Al final de ese capítulo, en 40 páginas, se encuentra la "Breve noticias sobre los restos del lenguaje hablado actualmente por algunas tribus de Antioquia y el Chocó", que por su interés aparecerá en este libro.

3. En la edición original de la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, de Manuel Uribe Ángel, se encuentra un mapa del Estado de Antioquía al tiempo de su descubrimiento y conquista, impreso por la Litografía de W. Greve, de Berlín. Los lectores que deseen estudiarlo pueden escanear el código QR, que se encuentra al final de esta sección "Notas del editor"

4. La Antioquia actual ha perdido el antiguo Caldas, pero ha obtenido el Urabá, para alcanzar los 63.512 km2. Es algo más extensa que el Estado Soberano, pero menos compacta culturalmente.

5. *Las guacas*. Esta información es importante porque nos da la idea de que había compradores de arte indígena, suponemos que principalmente para el extranjero, sin dejar huella en las estadísticas de comercio exterior.

El final de la *Geografía* es tan importante como poco analizado. Trae 34 láminas con sus explicaciones sobre las obras en cerámica, piedra, tumbaga y oro, de los aborígenes. Hemos considerado conveniente reproducir esas láminas con sus respectivas explicaciones, porque debemos recordar que hasta 1991 la república buscó la integración de los indígenas para hacerlos plenamente colombianos. Política esa bien diferente de la que se viene imponiendo, de odio, confrontación, negación de lo colombiano y explotación de revanchismo racista, para la obtención de resultados políticos en contra del orden establecido y del progreso individual y social de los aborígenes, esclavizados por caciques, mamos y logreros políticos.

En tiempos de Uribe Ángel los indígenas vivían pacíficamente en sus resguardos y su problemática era largamente desconocida. El arte precolombino interesaba a muy pocos colombianos, aunque era bien demandado por exploradores, arqueólogos y traficantes, europeos principalmente.

Cuando se contemplan esas magníficas láminas, que resumen muy bien el arte precolombino, quisiera uno conocer sus autores, información que no trae Uribe Ángel, quien ni dibujaba ni pintaba aunque coleccionaba objetos indígenas.

En el siglo XIX, del arte indígena se ocuparon algunos colombianos. Ezequiel Uricoechea (1834-1882) publicó su *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, en 1854[6]. Soledad Acosta de Samper hizo la *Síntesis de grupos indígenas reportados por los españoles en el siglo XVI*, y Jorge Isaacs (1837-1895), de turbulenta vida política, además de su inmortal *María* nos dejó *Las tribus indígenas del Magdalena*, donde rescató el idioma de los aborígenes de esa región.

El arte precolombino era más apreciado por los europeos que por los colombianos. El siglo XIX registra la rivalidad de los grandes museos de Londres, París,

6. Sorprendente la corta vida de Ezequiel Uricoechea. A los seis años ya había perdido padre y madre. A los 18 era médico de Yale. A los 22, había estudiado filosofía y química en Göttingen. Regresa a Bogotá en 1857 y vive allí once años. Funda la Sociedad de Naturalistas y escribe la *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*. Recoge en su mapoteca todas las cartas sobre nuestra geografía. Corresponsal de varias sociedades europeas y norteamericanas. Publica en el extranjero artículos sobre química y geología. En 1868 se traslada a Europa. En 1871 publica en Madrid *Gramática, Vocabulario, Catecismo y Confesonario en la Lengua Chibcha*. Posteriormente es nombrado como primer profesor de árabe en la Universidad Libre de Bruselas, y muere a los 48 años en Beirut, donde andaba estudiando dialectos árabes en el Medio Oriente. Descolló como lingüista, geólogo y orientalista.

Berlín y Nueva York por reunir las mejores colecciones de artefactos primitivos (asirios, egipcios, etruscos, chinos, griegos, precolombinos, africanos...)

La historia recuerda varios anticuarios nacionales que coleccionaban arte precolombino, como Liborio Zerda (autor de *El Dorado*); Leocadio María Arango (quien encontró el poporo quimbaya); Martín Gómez (coleccionista de idolillos); Andrés Posada, Vicente Restrepo (historiador de la minería); Carlos Cuervo, Miguel Triana, Gerardo Arrubla, Manuel Uribe Ángel, registrados por Carlos Emilio Piazzini Suárez en "Historiografía de la Arqueología Colombiana", en *Revista Colombiana de Antropología* 51(2); jul-dic. 2016.

Ahora bien, ninguno de estos literatos y coleccionistas ha dibujado las planchas de la *Geografía General*. Es de suponer entonces que un antropólogo o arqueólogo alemán, comisionado por algún museo, haya sido el autor de las láminas, porque estas fueron impresas por la litografía de W. Greve, en Berlín.

En los estudios que hemos consultado sobre el asunto, dos del profesor Piazzini y el de Alba Nelly Gómez, "Arqueología colombiana - Alternativas colombianas conceptuales recientes"[7], no hemos encontrado nombres de especialistas alemanes que nos hayan visitado durante la segunda mitad del siglo xix. En cambio, la presencia de los arqueólogos de ese país a partir de Karl Theodor Preuss, que desde 1913 acometió el estudio de la cultura agustiniana, está muy bien documentada.

La imprenta fue una de las primeras industrias en nuestro país. Se desarrolló junto con el periodismo, especialmente en Bogotá, donde abundaron pequeñas publicaciones y funcionaron numerosas tipografías.

Para los años de 1880 había en la capital varias imprentas capaces de producir libros, como Echeverría Hnos. (cuyo sello lleva la *Geografía de Colombia* de Felipe Pérez), las imprentas de Gaitán, J.A. Cualla, J. Ayarza, Medardo Rivas, la Imprenta de la Luz y la Imprenta del Estado de Cundinamarca; y en Medellín estaban, entre otras, la Imprenta Oficial de Antioquia y las de Gutiérrez Hnos. (hijos de Gregorio Gutiérrez González), Jorge Bravo Pineda, El Espectador y la de Félix de Bedout.

7. En *Boletín de Antropología* 19 (36). Medellín: Universidad de Antioquia.

A estos talleres se sumaba uno muy superior, en Bogotá, el del *Papel Periódico Ilustrado*, sobresaliente en todo sentido como lo demuestra la perfección y belleza de su composición y de los grabados que lo exornan. Sin embargo, muchos libros colombianos de la época se imprimían en París, Londres y Leipzig, o en Nueva York.

La *Geografía General* estaba lista desde 1881, como lo atestigua el *privilegio* concedido por el gobierno de Rafael Núñez ese mismo año, pero debieron transcurrir tres antes de que su autor viajara a Francia para hacerla imprimir.

¿Por qué razón Uribe Ángel decide, en 1884, viajar para hacer su libro en París? Allí escoge la imprenta de Goupy y Jourdan[8], que manifestaba ser especialista en toda clase de trabajos en las lenguas europeas y del Medio Oriente. Desde luego, la diaria corrección de pruebas exigida por el lento trabajo de las imprentas de la época[9] demandaba su permanencia durante varios meses en esa ciudad, lo que elevó considerablemente los costos.

Uribe Ángel nació en una familia acomodada. Su práctica médica, benévola con el pobre, que le ganó el título de "Hipócrates cristiano", fue incesante y proficua. A ella añadió la propiedad de una importante botica.

Me inclino a pensar que a los 62 años quería volver a Francia y disfrutar Europa. Siempre fue aficionado a viajar, había vivido en Quito y Lima, estudiado en París y viajado a Nueva York, México y Cuba.

No tenemos información del número de ejemplares ordenado por el autor para la *Geografía*, para la cual, además, tuvo que adquirir igual cantidad del juego de láminas para insertar en el libro, es decir, la efigie de Robledo, las 34 del arte precolombino y el mapa de la conquista del territorio antioqueño, todas de la litografía de W. Greve, Berlín.

8. Victor Goupy nació en 1822 en Mayence. Hizo una interesante carrera como tipógrafo y ya en 1865 era un empresario independiente. En 1878, su hija Louise casó con Félix Jourdan, quien se convirtió en socio.

9. El linotipo, de Oscar Mergenthaler, aparecido en Estados Unidos en 1885, hizo posible la rápida impresión porque ya los tipos no debían ser escogidos manualmente, uno por uno. Este invento funcionó inicialmente para los periódicos y poco a poco pasó a las imprentas. En nuestro país, los primeros linotipos aparecen hacia 1920.

Wilhelm Greve, reputado litógrafo berlinés de la época, era poseedor entonces de un apreciable stock de ilustraciones. No hemos encontrado en Wikipedia, sea en inglés, francés o alemán, nada sobre su vida, salvo que murió en 1883 y que sus hijos continuaron su próspero negocio durante muchos años.

Alamy es una firma que, al día de la consulta, disponía de un stock de ilustraciones de 321'411.940 y diariamente incorpora nuevos materiales. En su página pudimos observar unas 50 espléndidas litografías de W. Greve, de pájaros, mariposas, paisajes, próceres; y en la página Meisterdrucke hay 17 suyas, que pueden obtenerse como auténticas obras de arte. Lo anterior da idea de la importancia del trabajo del litógrafo alemán.

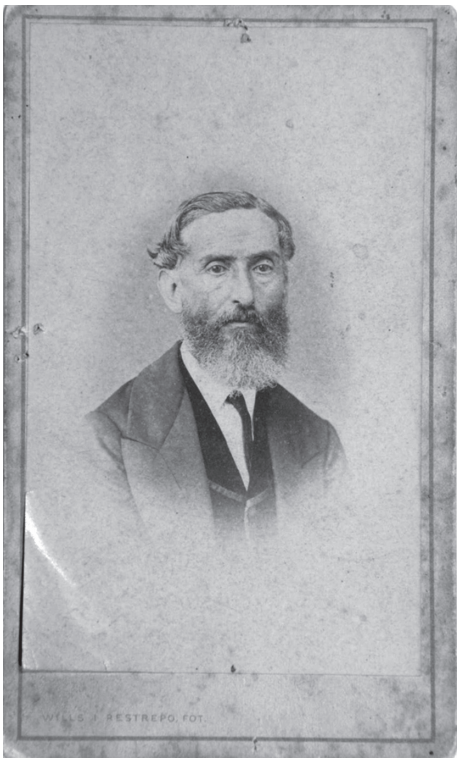
Lo cierto es que el libro quedó muy bien, pero su autor regresó arruinado. Su gran amigo, Luciano Restrepo, presidente del Estado y copartidario, acababa de morir, pero el gobernador Marceliano Vélez, ya en el gobierno de la Regeneración, ordenó la edición de un compendio de la *Geografía*, para darla a conocer en los planteles educativos y aliviar así la situación económica del ilustre ciudadano.

Entre la publicación de su magna obra y su muerte pasan diecinueve años, los últimos nueve privado de la vista, por las cataratas.

Aunque siempre militó en el liberalismo, nunca fue masón, anticlerical ni sectario, apoyó la Regeneración y murió dentro de la religión católica, recuperadas sus finanzas porque el edificio Uribe Ángel, de tres pisos, en la actual Palacé, en esquina con lo que se llamó la calle del Codo, a un paso de la Candelaria, ribereña de la quebrada Santa Helena, fue avaluado en $1'275.000=, suma considerable para la época.

En la transcripción de los textos de Uribe Ángel se ha respetado la ortografía de la época

Este código permite conocer el mapa de Antioquia en los tiempos del descubrimiento y conquista, que acompaña la edición original de la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado Soberano de Antioquia*, de Uribe Ángel.



Manuel Uribe Ángel. Tarjeta de visita; s.f.

Manuel Uribe Ángel y su legado bicentenario

Por Mauricio Restrepo Gil[10]

Sin lugar a dudas, uno de los hombres más influyentes, intelectual y socialmente, en la Antioquia del siglo XIX, fue don Manuel Uribe Ángel, sabio y mecenas de todo lo que significara progreso y bienestar para sus coterráneos.

En 2022 conmemoramos doscientos años de su natalicio y desde la Academia Antioqueña de Historia, que él mismo ayudara a fundar, es un deber moral y de gratitud suprema recordarlo y honrarlo como conviene.

De él podría decirse que toda obra o empresa que emprendió la hizo bien —como médico cirujano, como político, como historiador, como narrador, como minero y como fundador de obras de cultura y ornato.

Él presidía todo: academias de Historia y Medicina, sociedades literarias, actos públicos universitarios y de colegios. Su palabra hizo historia, ella acompañó los momentos de paz y los de guerra, los de alegría y los de inenarrable tristeza, los que hicieron grande esta tierra antioqueña, a la que el sabio prodigó todo lo que poseía.

Fue un consumado conversador y contador de historias. En donde se le viera, siempre estaba rodeado de paisanos que oían alelados los mil episodios novelescos de su larga y meritoria vida. En plena Guerra de los Mil Días, cuando el

10. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia

costo de vida llegó a niveles insospechables, al indagar don José J. Zapata A. sobre el asunto, Manuelito dijo:

El cambio, como mi vista,
a la luna se parecen:
mi vista, mengua que mengua,
el cambio, crece que crece. [11]

En su época se destacó como literato junto con otros ilustres antioqueños, tales como: Mariano Ospina Rodríguez, Camilo Antonio Echeverri, Pedro Dimas Estrada, Emiliano Restrepo, Francisco Antonio Uribe, Benigno Restrepo, Federico Jaramillo Córdova, Demetrio Viana, Francisco de Paula Muñoz, Néstor Castro, Lucrecio Vélez, Álvaro Restrepo Euse, Juan José Molina, Liborio Echavarría, Emiliano Isaza, Ricardo López Ricardo Restrepo, Juan de Dios Mejía, Juan de Dios Restrepo, Román de Hoyos, Ramón Martínez Benítez, Antonio Mendoza, Epifanio Mejía, Guillermo Restrepo I., Pedro Bravo, Eduardo Villa, Juan C. Tobón, Manuel S. Toro, Juan José Botero, Clodomiro Castilla, Juan C. Arbeláez, Juan Pablo Restrepo, Alejandro Botero Uribe, Gregorio Gutiérrez González, Rafael Botero Álvarez, Fabriciano Escobar, Luis María Botero, Marco Fidel Suárez, obispos Manuel C. Restrepo y Joaquín Guillermo González, y presbíteros José C. Zuleta, Francisco Martín Henao y Baltazar Vélez B. [12]

Manuel María vino al mundo en Envigado, el 4 de septiembre de 1822, en el matrimonio de don José María Uribe Arango y de doña María Josefa Ángel Uribe, en una heredad que andando el tiempo daría vida al barrio La Magnolia, en cuyo hogar hubo otros hijos: María Antonia (casada con Joaquín González Uribe), Marcelina (unió su vida a Lucio Restrepo Mejía), Wenceslao, Evaristo (afincado en Carolina del Príncipe y casado con Tomasa Arteaga)[13], Luis María, Benicio (que se unió a Virginia Arango), Agapito (casado con María Díez), Petrona

11. *El Medellín*, 1901 junio 7. N° 3.

12. "Literatos de Antioquia", *Las Novedades*, 1877 noviembre 21. N° 14.

13. En busca de mejores oportunidades se estableció en la próspera población de Carolina del Príncipe, donde se casó con doña Tomasa Arteaga Rivas el 23 de agosto de 1841, unión de la que nacieron Pedro Antonio, Delfina y Rafael. Este último fue destacado médico y pedagogo de fama regional. Don Evaristo, o Evaristo chiquito, como lo llamaban sus contemporáneos, murió en suelo adoptivo el 3 de agosto de 1851.

(casada con Justiniano Vélez), María Rosa y Josefa María (casada con Juan B. Ángel Escobar).

Aprendió a leer y escribir en la primera escuela oficial de su natal Envigado, dirigida a la sazón por el maestro Alejo Escobar Correa; posteriormente logró viajar a Bogotá, apadrinado por sus tíos José María y Mariana Uribe Arango, donde obtuvo una provechosa educación, primero en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde se matriculó el 18 de octubre de 1836, y posteriormente en la Universidad Central de la Nueva Granada, licenciándose como Doctor en Medicina y Cirugía en julio de 1844.

Comenzó entonces una vida de viajero y observador; viajó por América y Europa, afianzando sus conocimientos científicos en Ecuador, Perú, Estados Unidos y Francia, y en Quito recibió por segunda vez el título de doctor en medicina y cirugía.

Con conocimiento, algún bagaje y una juventud inquieta, regresó de nuevo con los suyos, y enamorado hasta la bobada desposó a la linajuda dama Magdalena Urreta Saldarriaga, con quien no tuvo hijos. En 1904, al dictar su testamento, doña Magdalena dijo:

> *No puedo nombrar a mi difunto esposo sin honrar su memoria declarando que fue modelo de marido; que los días más felices de mi existencia los pasé a su lado; qué él no ahorró trabajo ni sacrificio para hacerme dichosa y que el brillo de sus virtudes hermoseó siempre nuestro hogar, en los cincuenta años que hicimos vida común*[14].

Desde entonces, la medicina ocupó casi todo su tiempo. El trabajo arduo por todo el valle de Aburrá demandaba esfuerzos incesantes e increíbles para atender una población siempre creciente; aunado a ello hurtó tiempo a sus tareas profesionales para consagrarlo a la política, a estudios históricos, geográficos y literarios, en los que dejó huella. Y no por estar husmeando en letras y con las botas puestas y su caballo listo para los viajes, descuidó su conocimiento y su trabajo médico; como clínico no tuvo rival, diagnosticaba con prontitud y acertadamente, no solo con medicinas sino también con su solícita amabilidad.

14. Suárez Quirós, Jorge Andrés. *Manuel Uribe Ángel, 1822-1904, promover y difundir: biografía de un modernizador antioqueño*, Medellín: Pulso y Letras; 2022, pp. 214 y 215.

Su amigo, confidente, admirador y compilador de su *Corona Fúnebre*,[15] Luis Eduardo Villegas, así lo describió:

> *Estatura regular; blanca tez; cabellos rubios en la primera parte de la vida y completamente canos a los sesenta años; rostro de forma caucásica; frente amplia y ligeramente corva en el extremo superior; ojos garzos, desteñidos, que penetraban los objetos, anunciando al investigador por naturaleza y por hábito; nariz afilada; boca mediana y de labios delgados; pecho angosto; remos cortos; manos y pies pequeños* (...) *Los que vieron joven al Dr. Uribe A., se hacen lenguas de su hermosura en ese tiempo*[16].

Todo historiador o literato que quiera enfrentarse a escribir sobre Antioquia y sus gentes, necesariamente debe buscar la obra del doctor Uribe Ángel, ya que fue pionero no solo en su región natal, sino en todo el país e incluso en América. De precioso estilo original, sus cuentos y su prosa son nítidos, ricos en imágenes, las cuales, a pesar del tiempo, siguen vigentes y son un deleite para el historiador por la riqueza informativa, para el escritor por las figuras literarias y la calidad de estilo, y para el ciudadano del común por la descripción de un pasado glorioso que nos llena de orgullo, donde se vislumbra la grandeza de una Antioquia que nos genera identidad y sentido de pertenencia. Casta que se emociona con las próceras hazañas del general Córdova, las emotivas estrofas del Himno Antioqueño, obra de Epifanio Mejía, la colonizadora escena del memorable óleo *Horizontes,* del maestro Francisco A. Cano, las castizas y bien logradas novelas de Tomás Carrasquilla, las misiones y catequización de la Madre Laura, los bambucos de Pelón Santamarta, las glorias ciclísticas de Cochise Rodríguez, los afamados poemas de Porfirio Barba Jacob y León de Greiff, los desnudos de Débora Arango, los milagros del Padre Marianito o las bien captadas fotos de Melitón Rodríguez y Benjamín de la Calle.

Veamos, pues, de forma sucinta, cuál ha sido el legado bicentenario del doctor Manuel Uribe Ángel en cada una de las facetas que cultivó con esmero y dedicación:

15. Villegas Puerta, Luis Eduardo. *Boceto del doctor Manuel Uribe Ángel y su corona fúnebre*. Medellín: Imprenta Departamental; 1905

16. Villegas Puerta, Luis E., *Boceto, piezas oficiales, artículos, discursos y otras publicaciones relativas al ilustre antioqueño*: Medellín; Imprenta Oficial, 1904, p. 12.

En la política

La vida política del doctor Uribe Ángel fue de reconocida ejecutoria; un recuerdo honroso reverencia su ecuanimidad en las horas más aciagas de las guerras civiles del departamento. Comenzó su vida política cuando fue colegial en Bogotá, donde podía ver todos los días a los próceres de nuestra independencia, militares, abogados, escritores, a los hombres públicos y de letras, que iban formando la identidad política de la patria; contacto que formaría en él ideas que posteriormente replicó en sus alumnos, amigos y conocidos a lo largo y ancho de la Provincia de Antioquia.

A mediados del decenio de 1850 comenzó a hacerse visible en el ambiente político antioqueño; aquello era mirado como algo insólito, puesto que su buena fama de médico e intelectual era muy reconocida por propios y extraños. Siempre militó en el partido liberal. En un día no definido del año 1855, en la plaza principal de Medellín, la Junta Liberal convocó a una reunión solemne, con el fin de propagar las ideas partidistas que comenzaban a tomar fuerza en la Provincia; en dicho evento llevaron la palabra, entre otros, los señores Juan C. Soto, Camilo Antonio Echeverri y Manuelito. De los dos primeros, un escribidor conservador dio conceptos desfavorables; no así de Uribe Ángel: "Las consideraciones que este sujeto nos merece nos imponen el deber de guardar silencio respecto de su discurso; solo diremos que fue muy extraña su presencia en aquel lugar".[17]

Con el transcurrir del tiempo, el país se fue sumiendo en guerras civiles bipartidistas insólitas que buscaban a toda costa poder y la creación de monopolios económicos, los cuales no permitían crecimiento y estabilidad.

El 4 de agosto de 1876, el gobernador de Antioquia, Recaredo de Villa, llamó al servicio activo a una parte de la milicia del departamento, y cuatro días después se declaró la situación de guerra por parte del Gobierno del Estado del Cauca en contra de los conservadores, especialmente de los estados de Tolima y de Antioquia. Las columnas, comandadas por avezados guerreros salieron rumbo a Manizales y a otros puntos equidistantes, a cortar cualquier intento opresor. Así fue como se dieron los célebres combates de *Los Chancos, Garrapata, Arenillo, Donjuana, Musticua* y *Batero,* entre otros. El 5 de abril de 1877 se firmó una

17. *La Junta Roja*. Medellín: Imprenta de Balcázar; 1855

capitulación en Manizales, donde estaba atrincherado el último baluarte de la revolución, fecha en la que se estipuló la entrega de Antioquia a los liberales, en cabeza del General Julián Trujillo. [18]

En esos momentos se apoderó de la Provincia un pánico nunca antes visto, y por lo tanto, en la inminente situación de desorden público, se les ocurrió a los pensadores políticos liberales, con la aceptación generalizada de los conservadores, nombrar a un ciudadano que fuera capaz de aplacar los odios y conquistar a todos, sin distingos políticos o religiosos, y esa responsabilidad recayó en la persona del doctor Manuel Uribe Ángel.

En el discurso que leyó Uribe Ángel como Presidente Provisorio del Estado, al momento de entregar un departamento "puro de toda mancha sangrienta causada por motivos de naturaleza política", al General Julián Trujillo, reseñó lo siguiente:

> *En la noche del día nueve del mes anterior [9 de abril de 1877], fui llamado por uno de los señores Secretarios [Baltazar Botero Uribe], quien después de referirme fielmente la historia de los últimos acontecimientos, me hizo la propuesta formal de que tomase a mi cargo la dirección civil del Estado, en las críticas y un tanto difíciles circunstancias de que nos hallábamos rodeados* (...) *algunos amigos personales, otros hermanos en creencias, y si no me equivoco una gran parte del pueblo, previendo la posibilidad de un conflicto, se habían fijado en mí creyéndome persona capaz de contribuir con mis esfuerzos al mantenimiento de la tranquilidad pública y a la obra de evitar algunas desgracias que más tarde no pudiéramos lamentar suficientemente. Por eso y únicamente por eso, creedlo, señor, resolví echar sobre mis hombros el peso de una responsabilidad semejante, y me dejé llamar Jefe Civil Provisorio del Estado*.

En el mismo discurso le aconsejó con cariño fraternal de amigo y confidente, entre otras cosas, que no debía descuidar, al asumir la Gobernación de la Provincia, la educación pública o popular, las vías de comunicación, la reconciliación de los ánimos de los ciudadanos, de la protección del Altísimo y su mano misericordiosa, y definitivamente,

18. Gómez Barrientos, Estanislao. "25 años a través del Estado de Antioquia - Continuación de la obra sobre don Mariano Ospina y su época, 2a parte (1876-1889)", *Repertorio Histórico*, órgano de la Academia Antioqueña de Historia, 1925 abril; VII (3-4), pp. 34-136.

> *(...) de la libertad en el orden, en la razón, en la equidad y en la justicia; de la libertad que se mueve en su esfera, que reconoce el derecho del otro, y que se detiene respetuosamente en su marcha, cuando toca la órbita en que gira la libertad ajena*[19].

Así pues, fue Presidente del Estado Soberano de Antioquia en calidad de interino por espacio de 18 días, hasta el 27 de abril de 1877, y seguidamente continuó su apoyo al nuevo gobierno liberal, desempeñándose como Prefecto Civil y Militar del Departamento del Centro, entre el 27 de abril y el 21 de mayo de 1877, tiempo en el que batalló mucho por hacer respetar los derechos de los vencidos, incluso "protegiendo o mediando en desórdenes en departamentos distintos al de su cargo"[20].

Sirvió en esos mismos años tanto como Diputado a la Asamblea Constituyente, como miembro en distintos periodos, en la Asamblea Legislativasdel Estado de Antioquia; una de las últimas actuaciones de su carrera política fue como senador de la República en el decenio de 1880.

En la historia

En el campo de la historia fue pionero. Por sus persistentes inquietudes de toda una vida le cupo el honor de fundar, con otros célebres intelectuales de la época, la Academia Antioqueña de Historia, cuya acta de instalación, entre otros apartes, dice:

> (...) *en la ciudad de Medellín, a las dos de la tarde del día tres de diciembre de mil novecientos tres, los siguientes individuos, en la casa de habitación del Dr. Manuel Uribe Ángel; el mismo Dr. Uribe Ángel, Dr. Fernando Vélez, Dr. Alejandro Barrientos, Dr. Estanislao Gómez Barrientos, Dr. Ramón Correa y D. José María Mesa Jaramillo, con el objeto de constituirnos en Academia Departamental de Historia Nacional. Con excusa legítima de los señores Tulio Ospina y Dr. Álvaro Restrepo E.* (...) *se complacen en manifestar aquí que, entre las razones que los mueven a corresponder en la trascendental labor de esta digna Corporación, figura en primera línea la de contribuir por medio del estudio de la historia que nos es común, a la*

19. Uribe A., Manuel. *El Prefecto Civil y Militar del departamento del Centro, al General en Jefe del Ejército del Sur, Jefe civil y militar del Estado Soberano de Antioquia*. Medellín: Imprenta del Estado; 1877.

20. Suárez Quirós, Jorge Andrés. *Op. cit.*; p. 181.

> *conservación de la unidad nacional, que ha sufrido a consecuencia de los deplorables acontecimientos de Panamá.* [21]

La Academia Antioqueña de Historia fue la primera de todas las academias departamentales que se fundaron en Colombia, y al comienzo fue un capítulo de la Nacional de Historia[22].

Su más célebre obra es la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia,* la cual publicó en su segundo viaje a Europa, entre 1884 y 1885. En su introducción escribió:

> *Hace muchos años que, inclinado a los estudios históricos americanos, no he perdido ocasión de leer y meditar, en cuanto mis ocupaciones profesionales lo han permitido, tanto libros clásicos como publicaciones parciales y documentos manuscritos sobre la materia* (...) *Las personas que me conocen de cerca saben que el conjunto de mis tareas diarias es tan difícil y complicado, que el arreglo mismo de los materiales ha sido hecho en medio de mil embarazos, sin quietud de espíritu y sin la calma precisa para reflexionar lo que se dice y pulir lo que se escribe. Sirva esta advertencia para solicitar de los lectores un poco de indulgencia por los errores que noten en mi escrito*[23].

Su publicación lo arruinó. En ella invirtió más de lo que podía, la obra tuvo una magnífica impresión, con grabados, mapas, pasta dura y tamaño enciclopédico. Eduardo Zuleta, su amigo y admirador desde niño, dijo:

> *Quizás no ha habido en Antioquia un libro tan notable como el del doctor Uribe. Su prosa clásica y elegante, su erudición histórica y científica, se advierten en todas las páginas de esta obra admirable. La descripción que hace de pueblos como Medellín, Envigado, La Estrella, Manizales, Sonsón, Yarumal, Remedios, Jericó, Zea y otros muchos, tiene el encanto de la expresión castiza y el de un sabor literario que muy pocos han alcanzado en Antioquia. Él recorrió todo el territorio del antiguo Estado y estaba así en condiciones propicias para describirlo como lo hizo*[24].

21. "Acta de Instalación", *El Espectador*, 1904, enero 12. N° 574.

22. Montoya Moreno, Orlando. *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia.* Medellín: Estrategia Ecoprint; 2019, p. 25.

23. Uribe Ángel, Manuel. *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia.* París: Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan, 71, calle de Rennes, 71, 1885, pp. XI y XV.

24. Zuleta, Eduardo. *Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época.* Bogotá: Mundo al Día; 1937, pp. 89 y 90.

En 1887, su íntimo amigo, paisano y admirador, general Marceliano Vélez, mientras regía los destinos de este Departamento, le patrocinó el libro *Compendio de Geografía del Departamento de Antioquia,* extractado fielmente de algunos apartes de su *Geografía*, publicada en París dos años atrás. Esta deferencia lo salvó de la ruina, y con el pago pudo salvar, en parte, su deficiente situación económica. El sabio llegó a decir: "me arruiné con él". Sobre este libro, en su nota introductoria Uribe Ángel hace una aclaración sobre la ubicación de algunos Distritos en unas regiones que, cuando lo escribió estaban en una jurisdicción y que, por cambios legislativos, ya pertenecían a otras provincias: "Estas indicaciones deben ser hechas por los maestros a los niños, a fin de evitar errores en la enseñanza. Por nuestra parte manifestamos que la falta cometida depende de haber escrito en un momento de transición política"[25], aclaró.

En su amado Envigado

Su cuna natal fue para el médico antioqueño el remanso de paz y de descanso de su agitada existencia; cada vez que las posibilidades se lo permitían buscaba a los suyos y lo que lo hizo grande:

> *Es una casita (muy grande) de recreo —recordó su amigo Luis E. Villegas—, a donde va el doctor Uribe por allá una vez al mes, a vivir una hora o dos entre parásitas y trepadoras, entre rosas y claveles, entre hortalizas y naranjos, entre mangos y cafés, entre eras y acicates, entre hojas y troncos, entre perfumes y flores*[26].

Envigado le debe al sabio Uribe Ángel gran parte de su esplendor: la construcción de su bella iglesia de estilo toscano, la fundación del hospital y el diseño y construcción de la carretera que comunicó al municipio con Medellín por el sector de El Poblado. La Ciudad Señorial en 1912 le dio su nombre a un colegio, lo mismo que al hospital; cuando hubo ferrocarril, la Estación Envigado también lo homenajeó; y de forma concluyente lo honró con la colocación de un busto suyo en el parque, con motivo del centenario de su nacimiento, obra del artista Francisco Antonio Cano.

25. Uribe Ángel, Manuel. *Compendio de Geografía del Departamento de Antioquia*, Medellín: Imprenta Republicana; 1887, p. III.

26. Echeverri, Camilo Antonio. "Envigado", *La Balanza* 1880 abril 29, N° 57.

En unas olvidadas memorias del popular intelectual liberal antioqueño Camilo Antonio Echeverri, se encuentran algunas referencias pueblerinas que evocan a nuestro inolvidable sabio antioqueño.

> *Envigado* —escribió Echeverri— *era y es la tierra de las mujeres hermosas, de los hombres de tres yardas, de los matrimonios fecundos, del cielo de poetas y del paisaje celestial* (...) *porque Envigado goza hoy de santo ministerio de médico y filántropo; porque Envigado tiene, por ti solamente por ti, un templo al cual miran el de Zipaquirá con envidia y el de Bogotá con celos. Porque tú, Uribe A. (no con tu dinero sino con tu virtud e influencia) has dotado con un hospital europeo a la ciudad de tus padres, porque tú, modesto, profundo y humilde sabio, soplaste sobre esa comarca el viento de la transformación; porque eres un revolucionario no a la enciclopedista sino a la cristiana, no a la Voltaire sino a la Chateaubriand, no a la Mahoma sino a la Cristo. ¡Sublime, santo y bendito creador de una sociedad que no existía sino en la presencia o en los sueños del Eterno!*[27].

Uribe Ángel recibió en su quinta de Envigado al ilustre intelectual y político colombiano Ricardo de la Parra, casi moribundo; allí lo arropó y cuidó hasta su muerte a causa de una cruel lepra elefanciaca en 1873.

En otros aspectos

Le cupo el honor de cofundar en 1887, con otros ilustres médicos antioqueños, la Academia de Medicina de Medellín, con el fin de asesorar al gobierno en materia científica para la regulación de la salubridad y la higiene; allí fungió como primer Presidente; en su seno había médicos, cirujanos, especialistas y científicos competentes, pero ninguno como el doctor Uribe Ángel, colega servicial y sin egoísmos, maestro de maestros, amigo e impulsor de todo lo que implicara progreso.

Manuelito era como el rey Midas, todo lo que tocaba lo convertía en oro. Dan fe de ello las academias de Historia y Medicina, de las cuales fue fundador, lo mismo que la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia en 1871; el Museo de Zea, hoy de Antioquia; asimismo, en compañía del coronel Martín Gómez, fue promotor, en 1881, de la creación de la Biblioteca de Zea. Cuando

27. *Ídem*.

ocupó algunos cargos públicos, como su escaño en el Congreso de la República, propuso y aportó sus conocimientos políticos para llevar a feliz términos dos leyes, una para crear la Escuela de Minas de Antioquia y otra para elevar a la categoría departamental la Casa de Locos de Medellín.[28] Instituciones todas que siguen en pie y son gloria y honor de la región.

Estanislao Gómez Barrientos, amigo cercano, así lo describió:

> (...) *cuerpo de recia contextura, bien configurado y esbelto; pecho levantado; anchas espaldas; cabeza grande y bien modelada; frente saliente y abultada; rostro de conjunto escultural; cara larga, barba suave y poblada; ojos grandes y garzos, de mirada escrutadora, sagaz y penetrante; nariz larga, recta, casi perpendicular y perfilada; boca de corte amplio, en armonía con una bella dentadura; sonrisa fácil y espontánea y muy adecuada para expresar los más opuestos sentimientos del ánimo, desde la simple simpatía, la benevolencia, el cariño y la fervorosa amistad, hasta la chanza, la burla, el sarcasmo, la cólera, la indignación, a veces acompañada de un gesto amenazador y terrible; la piel blanca y sonrosada; la cabellera rizada, larga y abundante, propia para completar el aspecto venerable de su rostro inteligente y atractivo; su andar era garboso y firme.*
>
> *Inteligencia vasta y bien cultivada; imaginación rica y lozana; memoria privilegiada; espíritu investigador; fino criterio; observador atento de las bellezas de la creación; afición a las flores y en general a la estética; extensa erudición; voz llena y armoniosa; palabra y ademanes expresivos y elocuentes; gusto por la sociedad; afabilidad y discreción; caballerosidad y cultura de maneras; conversación atinada y amena y siempre instructiva y provechosa*[29].

Su mano, siempre atenta al progreso, sirvió para que, en compañía del inolvidable ingeniero inglés Mr. Tyrel Moore y del empresario y colonizador yarumaleño Cástor María Jaramillo, cedieran, gracias a su "generosidad y desprendimiento", pedazos de terreno en la antigua plaza de Villanueva, luego de Bolívar, para ensanchar y ofrecer a los antioqueños un parque digno de la raza.[30]

28. Suárez Quirós, J.A., *Op. cit.*, p. 172.

29. Gómez Barrientos, Estanislao. "Uribe Ángel Manuel" En: *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia 1904 julio; 11 (23), p. 684.

30. *Repertorio eclesiástico*, 1875 febrero 20. N° 79. Moore cedió la porción más grande.

En la industria también incursionó nuestro multifacético sabio envigadeño. Gracias a su fortuna familiar y a sus bien ganados estipendios como profesional de la medicina, logró adquirir algunas minas de oro en el Nordeste. También, en compañía de su inseparable amigo el tuerto Echeverri, participó en la elaboración de los primeros estudios estadísticos de la industria minera de la Provincia de Antioquia, "estudio que encierra de una manera indudable el conocimiento de la situación presente y la cuestión de porvenir", y para lograr ese cometido, en febrero de 1856 imprimieron un cuestionario que entregaron a diversos empresarios mineros de los ámbitos público y privado, que contenía entre otros campos: nombre, número de minas de veta y de oro corrido, número de peones y de molinos, costo del jornal, dirección de la mina y producción.

No fungió como militar, pero sí como médico de algunas campañas de las guerras civiles de su época. Estuvo en Yarumal cuando Pedro J. Berrío se enfrentó al ejército liberal de José Antonio Plaza, en pleno parque y en las calles de esa población.

Allí, Uribe Ángel apoyó a los liberales. Así recordaba ese episodio: "En enero de 1864, cuando la cosa de Yarumal, fuimos a aquel Distrito para cortar piernas y brazos, sacar balas y curar enfermos, de los infelices que cayeron en la acción"[31].

En 1880 viajó a Panamá y le cupo el honor de ser testigo presencial de la unión de los océanos Pacífico y Atlántico, con la apertura del Canal de Panamá. Es por eso que la noticia del "robo" de Panamá en 1903, luego de la Guerra de los Mil Días, sería tan dolorosa para él.

Fue un cristiano a carta cabal, cumplió a cabalidad los mandamientos y practicó a pie juntillas las obras de misericordia:

> *Buena parte de sus rentas* —recordó don Luis Eduardo Villegas—*, cuando era rico, y la mitad de su pan, cuando fue pobre, pasaban de manos del Dr. Uribe A. a las de los menesterosos por vía de limosna o regalo, y esto sin ruido, sin ostentación, sin humillar al que recibía la merced. Recetaba gratuitamente a los pobres, y les costeaba muchas veces las medicinas*[32].

31. *El Índice* 1865 abril 1°. N° 2.

32. Villegas, Luis Eduardo. *Boceto, piezas oficiales, artículos, discursos y otras publicaciones relativas al ilustre antioqueño*. *Op. cit.*, p. 22.

Le gustaban los cigarrillos, y a ellos debía, según sus palabras, su buena memoria. Los guardaba en una petaca y los consumía ávido, acompañados a veces de un trago de jerez, un ron de la costa o un guaro antioqueño, sus favoritos. Le encantaban los fríjoles con chicharrón.

Amó entrañablemente a su familia y fue para todos ellos como un padre; a sus hijos adoptivos Luis G. Johnson y Elías Uribe Latorre les posibilitó ingresar al colegio de Georgetown, primero, y luego al de Nueva York, Estados Unidos; y a sus sobrinos Pedro Antonio y Rafael Uribe Arteaga, de Carolina del Príncipe, los vinculó al mundo de los negocios en Medellín, brindándoles ayuda económica para establecer en el primer piso de su casa de habitación *La Botica,* establecimiento de farmacia que antes era del señor Modesto Molina:

> (...) *nadie más competente que ellos, por sus conocimientos y larga práctica en el asunto, para desempeñar tan delicado trabajo. No dudamos que su botica será de las más acreditadas de esta ciudad, y de las que inspiren mayor confianza*[33], puntualizó el editor de un periódico de la época.

En la muerte

Su deceso fue un acontecimiento apoteósico y marcó un hito en la historia de los antioqueños, por el movimiento social y por lo que significó el personaje para los nuestros.

Poco antes de morir, en el año 1899, el pueblo de Medellín celebró su cumpleaños con toda pompa; la niña María Henao, al momento de imponerle una encomiástica medalla de oro al ilustre anciano, recibió de él esta respuesta en verso:

> *¡Carísima niña mía!*
> *¿Una medalla me brindas?*
> *A fe que no se ofrecía,*
> *a Júpiter la ambrosía,*
> *por unas manos más lindas*. [34]

33. "Rafael Uribe Arteaga". *El progreso*, 1884 agosto 30. N° 27.

34. Garcés Escobar, Sacramento, *Monografía de Envigado*, 3a ed. Medellín: s.e. s.f., 1986, p. 111.

Su casa de habitación, una de las más célebres de la Villa de la Candelaria por tener tres pisos, estaba ubicada en todo el centro de la ciudad, con nomenclatura actual: carrera 50 (Palacé) con calle 51A (Calibío); a ella acudían decenas de paisanos que, como abejas al panal, visitaban al ilustre sabio en busca de datos precisos o de anécdotas insólitas, de su original y peculiar forma de ver la vida y el mundo en que le tocó actuar. Al momento de su fallecimiento, dicha propiedad fue avaluada en la nada despreciable suma de $1'275.000.

Hacía siete años que estaba ciego cuando murió. Por épocas era ayudado fielmente por jóvenes, quienes hacían de amanuenses y organizadores de su archivo y su legado; don Gabriel Arango Mejía, futuro genealogista y estudioso de la historia, lo acompañó desde el año 1892.

En los últimos meses de vida sufrió mucho. Un cáncer en la lengua, que fue extirpado y se reprodujo luego en el estómago, acabó con su meritoria existencia a la una de la mañana del jueves 16 de junio de 1904. Su funeral fue apoteósico; pocas veces se ha visto uno más concurrido en la historia de Antioquia; se contaron 210 coronas fúnebres y su misa en la iglesia catedral de la Candelaria, en el Parque Berrío, estuvo colmada de honores, de salvas y cañonazos, con el pabellón enarbolado que llevaban junto a sus restos mortales. Oraciones y sentidos discursos acompañaron a sus deudos, amigos, pacientes y compañeros que estuvieron cerca de él en ochenta y dos años de luchas, derrotas y victorias. El cementerio de San Pedro lo recibió de puertas abiertas; el pueblo, en un desfile conformado por mujeres, hombres, niños, ancianos de todas las clases sociales, quiso llevarlo en hombros desde la entrada del Camellón del Llano, cuando lo sacaron del coche mortuorio, para sentir de cerca por vez postrera al ilustre médico y noble amigo de todos. Se expidieron en su honor una Ley de la República, una Ordenanza, Acuerdos Municipales, Decretos, Resoluciones, y cuantas loas y manifestaciones se pudieron publicar en periódicos y leer en bandos municipales y en plazas públicas.

Entre los escritos que se hicieron en su honor se cuentan múltiples prosas y poesías, entre las que cabe destacar: *El gran montañés,* de Antonio J. Cano, que lo retrata como *el pastor del pueblo antioqueño*; *el ciego blanco* llamó Samuel Velásquez a este "viejo querido"; el doctor Pachito Uribe Mejía destacó el don del consejo del Dr. Manuelito, "que usaba con aquella suavidad y aquella prudencia que siempre lo caracterizaron"; el futuro Presidente de Colombia Dr. Carlos E. Restrepo, escribió:

Al recordar los últimos años del Dr. Uribe Ángel y contemplar sus cabellos albos; nívea, muy nívea la barba; las mejillas blanquísimas; cándida, inmaculada el alma, y el corazón como vestido siempre de primera comunión, cree uno que aquél puede entrar a la posteridad con el nombre de el anciano blanco[35].

En la poesía y en la prosa

Fue un hombre dulce y de agradable trato, a la usanza de la época; muchos escritos y poemas le fueron dedicados. El primero de que se tenga noticia data de 1846, obra del popular Emiro Kastos, seudónimo de Juan de Dios Restrepo:

A mi amigo el doctor Manuel Uribe Ángel, profesor en medicina, residente en la actualidad en Quito:

Vuelve presto a la patria do te espera
de un cielo tropical la luz divina,
de Medellín la mágica pradera,
el agua trasparente y la colina.

Esperante el hogar en que naciste,
de la tierra natal la dulce brisa,
y un amigo que sufre si estás triste
y goza si en tus labios ve la risa. [36]

Posteriormente, escritores, poetas y artistas dedicaron rimas y muchas páginas en su honor; Epifanio Mejía, Tomás Carrasquilla, Aureliano Jaramillo F., Julio Vives Guerra, Severo Escobar R. y Jesús María Trespalacios, por citar solo algunos.

Uribe Ángel tiene una faceta inédita: la poesía, la cual abordó más por su increíble admiración por el célebre salto de Guadalupe en Carolina del Príncipe y que, salvo error y omisión, es el único poema salido de su magín que se conserva. Veamos:

35. Luis Eduardo Villegas, *Boceto, piezas oficiales, artículos, discursos y otras publicaciones relativas al ilustre antioqueño*. *Op. cit.*, pp. 47-180.

36. *El Amigo del País*, 1846 agosto 1°. N° 16.

Te veo al fin, ¡oh río tormentoso!,
y absorto, contemplando tu grandeza,
prefiero la inmortal naturaleza
a las obras del hombre vanidoso.

Te ofreces ante mí como un coloso,
lleno de majestad y de belleza,
y a tu vigor sublime y tu fiereza,
unidos van lo bello y lo espantoso.

Si te miro rodar de tumbo en tumbo,
romperte con furor de roca en roca,
saltar de catarata en catarata,

pienso que intentas demarcar el rumbo
que con fragor intenso y rabia loca,
a impulso de tus ondas se dilata. [37]

Su capacidad para la prosa no tuvo rival. Era elegante, hacía un uso adecuado del lenguaje y gozaba de una facilidad innata para contar historias con fluidez y agrado.

Casi todas sus piezas literarias están constituidas por biografías históricas, cuentos, novelas cortas, artículos de costumbres, apuntes de viajes ricos en descripciones geográficas auténticas y colmadas de nombres de personajes que ya comenzaban a ser leyenda.

Entre sus publicaciones más destacadas contamos sus olvidados *Apuntes sobre un viaje por el nordeste de Antioquia,* publicado originalmente por entregas, a partir del 1 abril de 1865, en el periódico *El Índice*, de Medellín. En él hace un increíble recorrido pasando por San Pedro y Santa Rosa de Osos, que no deben su existencia "a una circunstancia deliberada y de cálculo fijo, sino más bien a la necesidad que hubo de extraer el oro de sus cercanías", dijo. En su camino divisó el famoso peñón de Entrerríos, que "se alcanza a distinguir, erguida y majestuosa, corpulenta y tranquila, una gran masa moreno parduzca", y dijo que en este "lugarcito (se refiere a Entrerríos), reina una calma, una quietud, un silencio que haría honor a la gran Cartuja"; cruzó luego hacia Carolina del Príncipe, apacible

37. Uribe Ángel, Manuel. "El Guadalupe", *El Espectador* 1904 agosto 20. N° 748.

pueblo donde vivía la familia de su hermano Evaristo Uribe Ángel y cuna de su admirado salto de Guadalupe:

> *(...) actores mudos, visitadores silenciosos, permanecimos en aquel alto proscenio, contemplando admirados el golpe de vista que teníamos al frente y a los flancos* (...) *el descenso para nosotros debió ser, con la sola diferencia impuesta por la sensibilidad, poco menos que lo es para el río Guadalupe —rápido, tormentoso, terrible—. Qué vereda, qué precipicios, qué pasaje! la escalera de Jacob* (...) *Ya en el borde del torrente giramos la cabeza en rededor y fuimos seriamente conmovidos por el espectáculo* (...) *En la parte alta, sobre la planicie de Carolina, el líquido corre manso y tranquilo, juguetea y se encorva muelle, blanda y dulcemente sobre sí mismo; más ya en el borde de la cordillera, se desprende con velocidad, se desliza como el lampo de la centella, por el plano inclinado de la roca, formando una rápida elegante. Es como la carrera preparatoria de quien intenta hacer un poderoso salto. Terminada la rápida, como a ciento diez metros, el torrente, recogido en un solo cuerpo, se lanza en cascada ruidosa y atrevida. A veinticinco o treinta metros más de esta segunda parte, el agua parece dar contra una punta saliente de pedernal, y el choque la repercute sobre la parte superior en forma de espuma tan blanca como la nieve. Esos copos espesos y colosales imitan la cabeza y cuello de un gran caballo blanco que intentara escalar la chorrera, como si el líquido en rebelión con su forzada caída, o temeroso de la que le espera, pretendiera volver sobre sus pasos* (...) *Visto de lejos, El Guadalupe en su chorrera tiene cierto aire apacible; pues pierde mucho el influjo que alcanza con su índole salvaje y bravía cuando se le contempla de cerca* (...)

Avanzó posteriormente hasta Amalfi, capital de la región del nordeste antioqueño, de la que se expresó así:

> *Roma es la ciudad de las siete colinas; Amalfi podrá ser alguna vez la ciudad de las cincuenta montañuelas* (...) *el plano para edificar la villa fue dispuesto y ordenado por don Carlos Segismundo de Greiff; las calles son regularmente anchas, tiradas a cordel, planas y cortadas en ángulo recto de ciento veinte varas* (...) *en Amalfi todo se humedece y se pudre cuando no hay bastante cuidado. El calzado se enmohece de un día para otro, la ropa blanca se mancha, la de paño se pela, los sombreros se ablandan y destruyen, los libros se mojan, los cigarros se empapan y el cuerpo deberá seguir, poco más o menos, la misma suerte y sentirá sin duda alteradas sus funciones vitales* (...).

Terminó su periplo en Remedios, donde compró minas de oro y dejó recuerdo inolvidable en un niño que, años después, sería su biógrafo, el doctor Eduardo Zuleta. De esta población, Uribe Ángel dejó consignado:

> *Sin ser una ciudad importante, es Remedios caserío pintoresco en altísimo grado* (...) *contemplado durante las mañanas claras y las tardes despejadas desde la colina misma que sirve de asiento al lugar, es positivamente abierto, extenso, enorme y bello sobre toda ponderación*.

Como algo inédito hasta la fecha, vale la pena transcribir íntegramente la breve, enérgica y sincera manifestación que hizo don Manuel Uribe A., en momentos aciagos para la seguridad y tranquilidad de la Provincia, al momento de tomar las riendas de ésta el 9 de abril de 1877, que además de mostrar su faceta como político, nos enseña una bien elaborada y diciente página de la historia de Antioquia, no en su faceta como historiador, sino como actor de la misma historia:

> *¡Compatriotas! El éxito de las armas, feliz para la causa del Gobierno general, ha producido un nuevo orden de cosas en todos los ramos de la Administración local.*
>
> *Yo he sido llamado como Jefe accidental de Antioquia en momentos de transición, a fin de ver si se puede evitar al país un número mayor de sufrimientos que los que hemos experimentado hasta ahora.*
>
> *Si yo tuviera que confiar únicamente en mis propias fuerzas, estoy cierto que nada haría en bien de la sociedad; pero felizmente me encuentro animado por la inmensa confianza que tengo en el carácter moral y político del pueblo.*
>
> *A nombre de Dios y de la patria, tan acongojada en estos momentos, reclamo la eficaz ayuda de mis conciudadanos para de este modo poder prestar un importante servicio a mi querida Antioquia, a la cual, en la esfera de mis pocas facultades, he dedicado siempre el empleo de todas mis fuerzas.*
>
> *La más urgente de mis recomendaciones, la más ardiente de mis súplicas a todos los ciudadanos de Antioquia, consiste en aconsejar en estos instantes la más esmerada prudencia y la más firme resolución para conservar el orden público.*
>
> *Corto será el tiempo que yo deba permanecer en mi destino; pronto habrá que poner el Estado bajo la dirección del vencedor; más si en este pequeño tiempo yo tuviere la fortuna de evitar algunas lágrimas y de conservar una gota siquiera de la sangre antioqueña, mis votos serán cumplidos y mi conciencia quedará satisfecha.*

Unámonos todos para comenzar a poner un poco del bálsamo sobre las profundas heridas del país[38].

Muchos de sus escritos históricos y biográficos son ampliamente conocidos; no así sus cuentos y novelas cortas, algunas de las cuales, con el paso de los años, se han ido recopilando en afortunadas selecciones. De esos cuentos olvidados hay uno entrañable e histórico, *Rafaelito Garcés,* dado a la luz pública por primera vez en la revista *Sábado,* hace exactamente cien años. Allí describe el sabio Uribe Ángel cómo era la vida musical de los antioqueños, hacia 1840; veamos un fragmento:

Los bailes a que me refiero eran deliciosos; y para hacerlos, teníamos siempre a nuestra orden a Rafaelito Garcés, mozo de nuestra edad, admirable y diestro en procurarnos casa, músicos, licores y parejas (...).

Te narraré lo ocurrido en uno de estos bailes. A nuestra llegada, ya los músicos estaban instalados en la galería, a un lado de la puerta de entrada al salón. Cuatro alcayatas, provistas cada una de ellas de dos largas velas de sebo, ardían y daban luz suficiente a la estancia. Sobre grandes tarimas habían tomado asiento las señoritas danzantes; y sus madres formaban alegres corros en las alcobas, donde no faltaba animado cuchicheo, prueba de que las lenguas un tanto murmuradoras de las viejas picoteaban a su sabor en la reputación de los concurrentes. En los ángulos de la sala había cuatro mesitas con frutas, bizcochos, conservas, agua y licores variados, para obsequiar a los bailarines, según que el apetito o el calor fuesen reclamando alimentos o bebidas.

Garcesito, por su parte, dirigía como bastonero del festín, y se paseaba muy orondo de largo a largo, apretando cordialmente la mano de los hombres, haciendo corteses reverencias a las damas, lanzando a todos oportunas chanzonetas y señalando a cada cual el puesto correspondiente. Los instrumentos músicos de aquel periodo no eran muchos, ni de gran mérito los que los manejaban: el arpa, que no había concluido aún su gloriosa carrera; el violín, maltratado a más y mejor; el triángulo de varillas de hierro, que nunca alcanzaba a dar oportunamente el compás; la guitarra, entonces en su apogeo; las castañuelas y el bombo, el estrepitoso bombo, de ordenanza.

Los bailes de la época, en la ciudad de Antioquia, comenzaban a entrar por el camino de la civilización: la mazurka y la polka no habían nacido aún, y el fandango, "la pisa", "la caña dulce" y los "bundes" costeños estaban relegados a los campesinos, para seguir, con su dudosa armonía, festejando bodas, veladas de muerto,

38. *Manuel Uribe Ángel Jefe Civil Provisorio del Estado, a los antioqueños*, Medellín: Imprenta del Estado; abril 10 de 1877.

fiestas de San Pedro y de San Juan y otros acontecimientos, en los llamados bailes de garrote: por manera que la contradanza española y la cuadrilla francesa, invasora ya, eran los bailes de que echábamos mano en los holgorios de medio pelo, como eran los nuestros.

Cuando todos los invitados estaban reunidos y las parejas unas en frente de otras, un ruidoso golpe de bombo anunció el principio del jaleo.

Como mucha de la sangre de los concurrentes era mestiza, y se sabe que el oído de los mulatos es mucho más perfecto que el de los blancos, las piezas se bailaron con admirable corrección.

En el primer intervalo libre, que ocurrió a eso de las nueve de la noche, los hombres salieron al corredor y a los patios, para departir y fumar sendos cigarros.

La música anunció otra pieza, y los hombres entraron atropelladamente al salón. Como las parejas estaban convenidas de antemano, pronto se pusieron en actitud de principiar la danza. Alas abajo, alas arriba, media cadera, y todos los movimientos de regla se ejecutaron sin que se faltase ni aún en el más leve punto ceremonial. (...)[39]

Bibliografía

Archivo Histórico de Antioquia. Fondo Manuel Uribe Ángel.

Biblioteca Universidad de Antioquia. Fondo patrimonial.

Garcés Escobar, Sacramento. *Monografía de Envigado,* 3a ed., Medellín; 1986.

Lenis Ballesteros, César Augusto, y Jaramillo, Roberto Luis. *Manuel Uribe Ángel Viajero y observador 1867-1892.* Medellín: Universidad de Antioquia; 2017.

Montoya Moreno, Orlando. *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*. Medellín: Estrategia ecoprint SAS; 2019.

39. *Sábado*, revista semanal, 1922 septiembre 2. N° 61.

Suárez Quirós, Jorge Andrés. *Manuel Uribe Ángel, 1822-1904, promover y difundir: biografía de un modernizador antioqueño,* Medellín: Pulso y Letras; 2022.

Tamayo O., Dora Elena, y Botero R., Hernán, *Manuel Uribe Ángel, narrador,* Medellín: Universidad de Antioquia; 2000.

Uribe Ángel, Manuel, *El Prefecto Civil y Militar del departamento del Centro, al General en Jefe del Ejército del Sur, Jefe civil y militar del Estado Soberano de Antioquia*, Imprenta del Estado, Medellín; 1877.

_____, *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia.* París: Imprenta de Victor Goupy y Jourdan, 71, calle de Rennes, 71; 1885.

_____, *Compendio de Geografía del Departamento de Antioquia, Medellín: Imprenta.* Republicana; 1887.

Villegas, Luis Eduardo. *Boceto, piezas oficiales, artículos, discursos y otras publicaciones relativas al ilustre antioqueño*, Medellín: Imprenta Oficinal, 1904 [*sic*].

Zuleta, Eduardo. *Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época.* Bogotá: Talleres Mundo al Día, 1937.

Periódicos

Boletín de Historia y Antigüedades, Bogotá, 1904.

Boletín Histórico de Envigado, Medellín, 1978.

El Amigo del País, 1846.

El Centinela, Medellín, 1878.

El Espectador, Medellín, 1904.

El Índice, Medellín, 1865.

El Liberal Ilustrado, Bogotá, 1914.

El Medellín, Medellín, 1901.

El Noticioso, Medellín, 1879.

Las Novedades, Medellín, 1877.

El Oasis, Medellín, 1869.

El Progreso, Medellín, 1884.

La Balanza, Medellín, 1880.

La Juventud, Medellín, 1901.

Las Novedades, Medellín, 1877.

La Junta Roja, Imprenta de Balcázar, Medellín, 1855.

Repertorio Eclesiástico, Medellín, 1875.

Repertorio Histórico, órgano de la Academia Antioqueña de Historia, Medellín, 1905, 1925.

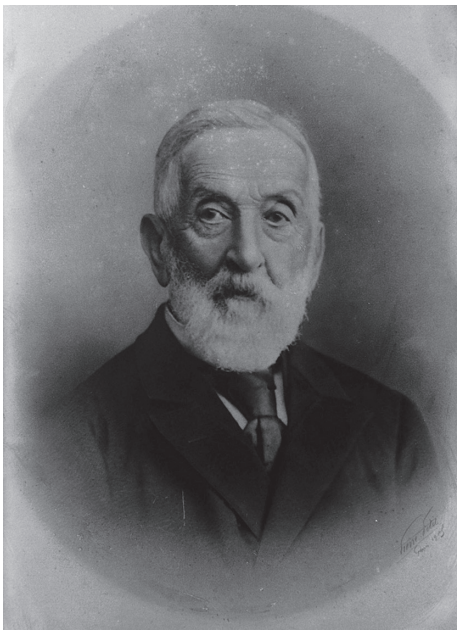
Sábado, Medellín, 1922.

Fragmento de "La Medicina en Antioquia"

Este trabajo, dedicado por Manuel Uribe Ángel a la Academia de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá en febrero de 1881, trata de la Medicina tradicional antes de la llegada de los primeros médicos con estudios universitarios

Por Manuel Uribe Ángel

Era don José Nicolás de Villa y Tirado un sujeto que frisaba en los setenta y cinco años de edad, y evidentemente hombre de sangre azul, pues así lo revelaban sus facciones, irreprochablemente caucásicas. Su busto era alto y derecho; ni obeso ni flaco, si bien tenía ese ligero abultamiento ventral propio de sus años. Su cabellera gris, desaliñada, caía sobre las sienes y nuca en mechones desordenados. Tenía los ojos claros, pequeños, vivos y penetrantes como puntas de dardos. La nariz recta, alargada, terminaba en un pequeño truncamiento como el vértice recortado de un cono. De pequeña boca y de labios no muy gruesos, disponía de una sonrisa ocasional que mortificaba por lo sardónica y maliciosa. Era rico de barba, que afeitaba semanalmente, y que gris, como la cabellera, no dejaba al descubierto sino un par de pómulos rosados y enriquecidos por una sangre rutilante y bermeja. Su vestido era de una negligencia y pobreza lastimosas. Tenía camisa de género listado de algodón, que no abotonaba en el cuello y que dejaba, por tanto, una parte del pecho al oreo, parte vellosa como la piel de un oso. Vellosos eran también los brazos y la parte dorsal de sus flacas y prolongadas manos, cuyos dedos terminaban poco recomendados por el aseo. Sobre la camisa llevaba ruana pastusa, fondo rojo y fajas verdes; el pantalón era ancho, mal cortado, de mahón amarillo, y los pies iban descalzos.



Manuel Uribe Ángel. Fotografía s.f.

En el hábito externo de este hombre había una cosa permanente y peculiar, y era que llevaba siempre un gran pañuelo de algodón engarzado en el cuello de la ruana, mitad por dentro y mitad por fuera. De esta última se servía para asuntos propios de esta pieza. El día a que he acabado de referirme, cuando tocó el turno de mi despacho, me dijo el anciano: —¿Sabes escribir, pilluelo? A la contestación afirmativa me hizo sentar y escribir bajo su dictado, veloz como una locomotiva de ferrocarril, la receta para mi hermano, y salí apresuradamente en cumplimiento de mi encargo y en busca de mi almuerzo.

En los días posteriores iba a hacer el mandado con menos disgusto porque comenzaba a interesarme el carácter del buen viejo. En su lenguaje tenía palabras, períodos, frases y locuciones enteramente propias, muchas de ellas del español antiguo, que formaban todas ligero contraste con los neologismos traídos por los albores de la república. En vez de ahora decía *agora*; en vez de aunque decía *magüer*; en vez de hombre decía *home*, y en lugar de pícaro decía *bellaco*. Por este tenor don Nicolás exhalaba un pequeño aroma semejante al de las *leyes de partida* y al de todos los anteriores escritos peninsulares.

Llamábame no poco la atención el oírle responder, cuando algún compadre o algún amigo íntimo de los contornos le preguntaba al saludarlo: —"¿Qué tal, señor, qué hace usted?"— "Aquí mundeando, *home*", respuesta singular para un sujeto que no salía jamás de la casa.

La curiosidad de don Nicolás era inagotable, y tanto averiguaba por las vidas ajenas, que para instruirse en la crónica general del país no había necesidad sino de platicar con él, y digo platicar, porque la palabra plática le era exclusiva, y nunca la de conversación. Jamás cobraba honorarios por su trabajo profesional, y a veces montaba en cólera cuando se le pedía una cuenta. Recibía en raras ocasiones algún regalo como manifestación de gratitud; pero entre los obsequios de esta clase estimaba mucho más que cualquiera otra cosa, un gallo o una gallina de raza inglesa, para cría, o bien un ternero o una novilla para echar a pacer en la pequeña pero fértil pradera que formaba su heredad.

En los días en que estaba de gorja se chanceaba mucho con los clientes. Una vez consultado por una sencilla campesina, le decía:

—Pues bien: explique usted lo que tiene.

La pobre mujer, con algún embarazo, respondía:

—Es una cosa aquí en el vientre y en el pecho, que como que me sube y como que me baja.

—Perfectamente; haga usted como que pone y como que no pone unas gotas de nitro dulce en una pulcetilla de agua de azúcar, y después haga como que toma y como que no toma, y quedará buena.

La memoria fue facultad grandemente desenvuelta en mí en la niñez, en la juventud y aun en la edad adulta. Ya la voy perdiendo.

Pues sucedió que en virtud de aquella facultad y por tener un poco de agilidad en la mano, llamó un tanto la atención del señor De Villa mi manera fácil de seguir su dictado al tiempo de escribir las recetas. No sé bien si por fortuna o por desgracia, esta circunstancia hizo que el hombre cambiara de método en la elección de secretario, y me estableciera en calidad de tal de una manera perpetua. Sin duda alguna fue por desgracia, porque las consultas, en tiempo de epidemia, se prolongaban a veces hasta la una de la tarde, hora hasta la cual mi infantil estómago, exigente cual lo es siempre en la niñez, quedaba sin recibir un bocado. La situación se hacía tormentosa por cuanto el médico era un glotón de fuerza hercúlea, y por cuanto hacía siempre su almuerzo en mi presencia, sin cuidarse de ofrecerme la menor participación en él.

Oigo hablar frecuentemente de inteligencia y de talento, y veo con extrañeza que estas dos palabras se toman en significación sinónima, cuando tan diversas cosas deben expresar. Consiste la inteligencia en tener la facultad perfecta para la percepción de las impresiones y para el arreglo exacto de las ideas, que es su consecuencia. Consiste el talento en la fácil manifestación de las concepciones y en la práctica sensata y provechosa de los actos que ellas reclaman. El hombre puede tener inteligencia careciendo de talento; pero no puede tener talento careciendo de la primera. Podemos tener ambas facultades a la vez, y eso puede ser considerado en ocasiones como la base del genio. La aplicación del talento a las operaciones de la vida, cambia tanto como ellas en su naturaleza. En los pueblos esencialmente mercantiles y especuladores, el talento que no conduzca a la riqueza es talento estéril o del malo; el que lleva a la fortuna, es talento del bueno. Por eso vemos ricachos imbéciles y sabios torpes.

Don Nicolás de Villa y Tirado tenía inteligencia y talento; inteligencia, porque sabía concebir; talento, porque sabía ligar; pero ambas facultades estuvieron en él sin esmerado cultivo. El discurso habitual de mi compatriota era fácil y ameno, especialmente cuando adolecía de una indisposición moral, que nuestros padres llamaban la *vena*, lo mismo que nosotros llamamos ahora *esplín*, para parecernos a los ingleses, mal humor o fastidio, cuarto enemigo del alma, descubierto por Emiro Kastos.

Pues, como iba diciendo, don Nicolás era un hombre hablador y divertía a sus oyentes con lo que se nos divierte siempre, es decir, con la murmuración. Para calificar los hombres lo hacía a veces con cierta dureza que rayaba en crueldad; pero, valga la verdad, la reflexión me ha hecho pensar que la severidad de aquellos juicios más estaba en la forma que en el fondo. Y no podía ser de otro modo, porque aquel aire sarcástico era empleado de una manera fugaz por un filántropo de primer orden, que consagró más de cincuenta años de su existencia al servicio de la humanidad, con desprendimiento nunca desmentido y con loable desinterés. De otro lado, ese fenómeno psicológico, que ofrece contraste entre la naturaleza íntima de un carácter y sus formas aparentes, como en visible contradicción, no es raro en el estudio del mundo y de la historia. En lo íntimo, Molière es acaso el personaje más sustancialmente silencioso e hipocondríaco. Sin embargo, nadie como él ha arrancado del pecho de la humanidad más estridentes y ruidosas carcajadas. Don Mariano José de Larra pasó su existencia en el fondo de una oscura noche de tristezas, y nadie como él ha hecho desplegar los labios con más franca y alegre sonrisa. Busca hombre con estos cambios justa compensación para los martirios de una pertinaz obsesión moral, sin que eso pruebe disimulo ni mala índole. Personajes he conocido, en el curso de mi vida, ya de severísimas costumbres, y de livianísimo trato en las palabras, ya de delicada ternura de sentimientos, aunque de terribles explosiones de ira, o ya en fin, de nobilísima generosidad, en medio de ruines y miserables manifestaciones. Así parece ser el mundo.

Dije que el médico de este boceto era filántropo y consagrado al servicio de la humanidad. De qué medios pudiera disponer para que esos servicios fuesen efectivos, es lo que voy a tratar de explicar en brevísimas palabras. Él había estudiado en su juventud lo que podían dar de sí las poquísimas obras de que podían disponer los colonos. Después, dado a la práctica, sus estudios se concentraron en la práctica misma, excelente maestra, y en la meditación asidua y constante de

las obras de Cullen, que contienen, en mi opinión, las doctrinas más avanzadas de la ciencia médica hasta la época en que fueron escritas, sobre todo en lo que se refiere a las fiebres. Estas obras fueron encontradas, después de la muerte de don Nicolás, en una caja de madera y debajo de una cuja, armazón semejante a las camas de hoy, aforrada, como las sillas de entonces, con un cuero de res sin preparación alguna.

Los conocimientos quirúrgicos de aquel tiempo estaban comprendidos en dos operaciones comunes, practicadas con harta frecuencia: hacer sangrías y extraer muelas. Amputar brazos y piernas era privilegio, casi exclusivo, de don José María Upegui, y si alguna vez se ejecutaba por otros, era asunto que se colocaba en la categoría de las rarezas. La sonda para el cateterismo no era conocida, y por ende toda enfermedad que ponía obstáculos a la emisión de los líquidos del cuerpo humano, era mortal; el mal de orina sobre todas. Las demás dolencias que hoy corrigen felizmente nuestros cirujanos, se hallaban en la misma situación, y como las boticas, la farmacopea y los principios de la terapéutica, cosas todas que arreglan y dan conocimiento sobre la preparación y administración oportuna de los remedios, eran materias totalmente ignoradas, se comprende que los recursos de que podían disponer los curanderos de entonces eran sobradamente exiguos. En tal caso se encontraba Nicolás.

En compensación, aquellos médicos disponían anchamente del almacén botánico de nuestra rica flora tropical. Ellos no alcanzaban sobre esto lo que alcanzan hoy los sabios. Su nomenclatura estaba lejos de ser científica; sus conocimientos no estaban basados en el análisis químico; sus calificativos eran vulgares, y las virtudes de las plantas les llegaban más bien por tradición empírica que por otro camino. Malva, malvavisco, bledos, perejil, hinojo, toronjil, grama, espadilla, borraja, cerraja, poleo, hierbabuena, naranjo, quina, zarza, china, vendeaguja, botoncillo, eneldo, etc., etc., formaban la base de un repertorio vegetal, más cuantioso todavía, de que se hacía uso llegada la ocasión. Estos recursos eran auxiliados por los que brindaban otros de más alta jerarquía, como el nitro, el maná, el crémor, la miel de abejas, la raicilla, la jalapa, el ruibarbo, el tártaro, el espíritu de nitro y otras drogas con que comenzábamos a familiarizarnos.

Entre todos estos elementos rodaba la medicina práctica de don Nicolás. El razonaba poco delante de sus clientes, formaba su diagnóstico con rapidez y

formuIaba con prontitud. A todo tabardillo administraba frescos en su principio y calientes al fin. Por medicina fresca se entendía todo lo que hoy es aperitivo y emoliente, y por medicina caliente todo lo que hoy conocemos como reconfortante y tónico.

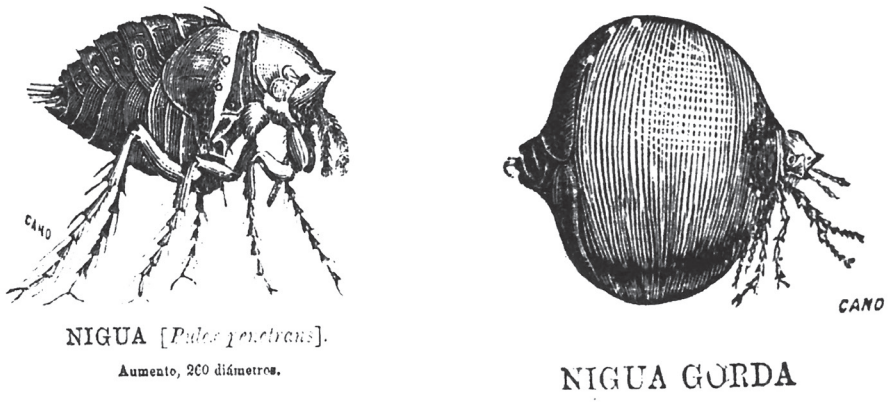
Había en eso el principio de la clara visión de que en todo movimiento inflamatorio se debe buscar la calma del organismo y de que en toda debilidad orgánica se debe tratar de levantar la fuerza. Eso era ya algo; pero se chocaba con eI tropiezo de que los agentes curativos eran empleados a diestro y siniestro, con poquísimo discernimiento y malísimo criterio.

En las fiebres tifoideas, el señor De Villa había notado que una de ellas asumía forma lenta, con altos y bajos, con veleidades diarias de gravedad y mejoría, y a ésta dio en llamar *la fullerita*, calificación un poco pintoresca, pero de errónea etimología, por cuanto la fiebre no hace ni puede hacer trampas al juego, que sería en rigor el verdadero significado de la palabra. Por otra parte, él no hacía con esto sino tributar homenaje a la corrupción que hemos introducido en nuestra habla provincial.

Del rico acopio de hierbas de que podía disponer hacía uso y abuso en grande y prodigiosa escala. Algunas de sus fórmulas tenían como ingredientes indispensables hasta veinte plantas distintas, por manera que, llegado el papel a casa de los dolientes, necesario era que una falange de comisionados anduviese por huertas y jardines, por prados y rastrojos, por bosques y colinas, por cerros y por breñas; éste en busca de la aristoloquia, aquél en la de la cascarela y el otro en indagación de la zarzaparrilla.

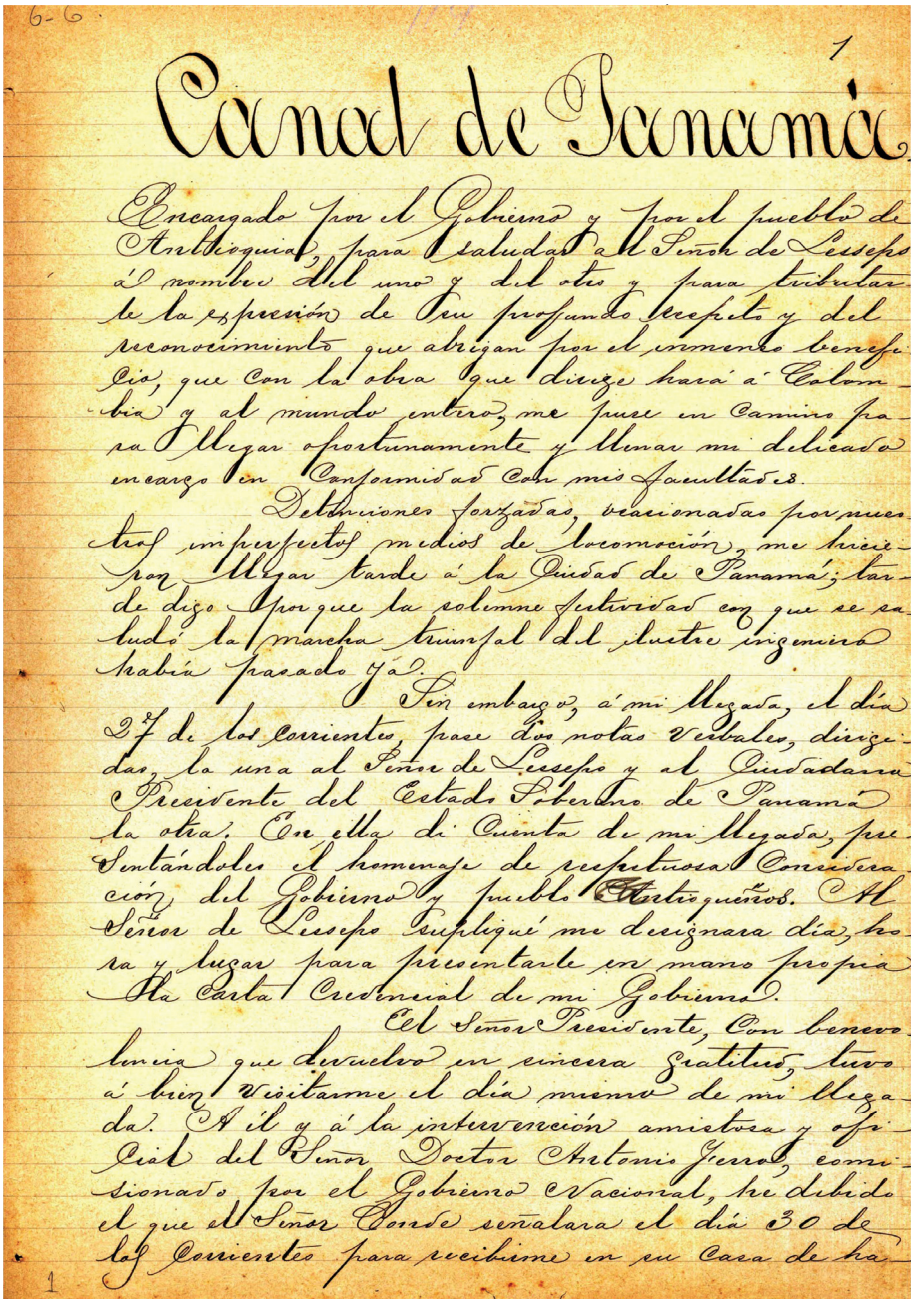
Al paso que sucedía lo anterior, el cuerpo de domésticos quedaba íntegramente ocupado en la preparación de las medicinas. Multitud de vasijas eran puestas sobre la lumbre. Aquí clarificaban suero, allí preparaban almíbar, allá hervían una tizana, acullá sazonaban un calilas allá confeccionaban un clisterio. Todo era movimiento y actividad, todo ocupación y lidia, todo laboriosidad y fatiga, y en cuanto al infeliz enfermo, su suerte era desastrosa: apósitos por centenares, emplastos por decenas, fricciones, unturas, lavativas, vomitivos, purgantes y, sobre todo, bebidas en cantidades monstruosas, y tan complicada era esa polifarmacia, que los dolientes daban con frecuencia en terminar sus penas bajo la siniestra influencia de una hidropesía.

Fatigado por la práctica, como todo médico anciano, pero sin disminuir la multiplicidad de sus drogas, nuestro doctor había terminado por uniformar sus prescripciones, y por no cambiarlas ni modificarlas sino en ocasiones que él miraba como solemnes. Nada tiene eso de extraño: el doctor Cheyne hacía lo mismo en sus últimos años, y así lo practican casi todos[40].



"Las niguas", 1889. Grabados de Frarncisco Antonio Cano, para el texto *La nigua*, de Manuel Uribe Ángel. Anales de la Academia de Medicina de Medellín, Medellín, año 2 (8, 9, 10, 11), octubre y noviembre 1889, p. 295.

40. Entre el buen don Nicolás, que por lo menos había leído a Cullen, autor de las doctrinas más avanzadas sobre fiebres a finales del siglo XVIII, como nos informa don Manuel, los otros yerbateros, aun más ignorantes, y los flamantes médicos, el contraste no podía ser mayor.



6-6

1

Canal de Panamá

Encargado por el Gobierno y por el pueblo de Antioquia, para saludar al Señor de Lesseps á nombre del uno y del otro y para tributarle la expresión de su profundo respeto y del reconocimiento que abrigan por el inmenso beneficio, que con la obra que dirige hará á Colombia y al mundo entero, me puse en camino para llegar oportunamente y llenar mi delicado encargo en conformidad con mis facultades.

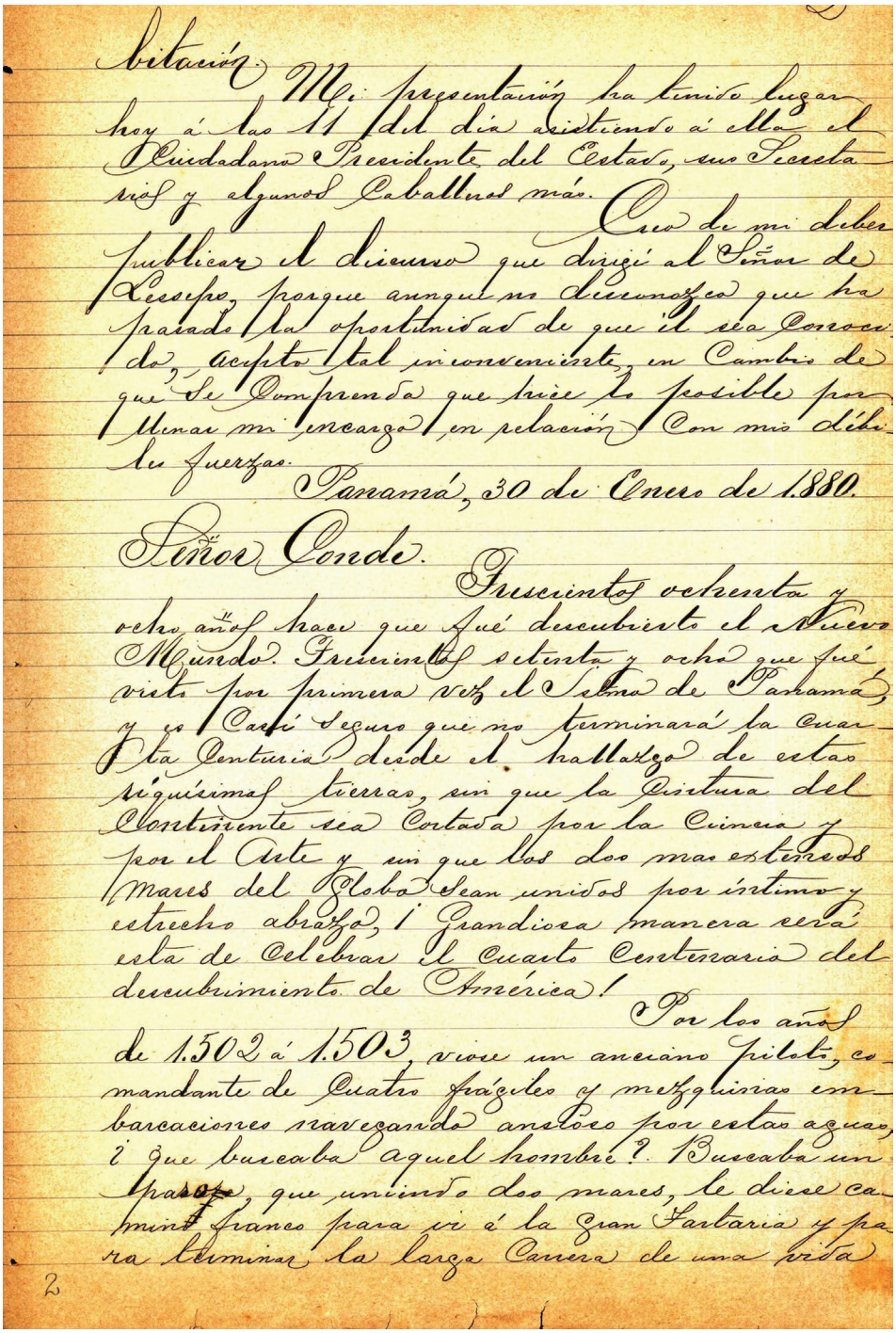
Detenciones forzadas, ocasionadas por nuestros imperfectos medios de locomoción, me hicieron llegar tarde á la Ciudad de Panamá; tarde digo porque la solemne festividad con que se saludó la marcha triunfal del ilustre ingeniero había pasado ya.

Sin embargo, á mi llegada, el día 27 de los corrientes, pase dos notas verbales, dirigidas, la una al Señor de Lesseps y al Ciudadano Presidente del Estado Soberano de Panamá la otra. En ella di cuenta de mi llegada, presentándoles el homenaje de respetuosa consideración del Gobierno y pueblo Antioqueños. Al Señor de Lesseps supliqué me designara día, hora y lugar para presentarle en mano propia la carta credencial de mi Gobierno.

El Señor Presidente, con benevolencia que devuelvo en sincera gratitud, tuvo á bien visitarme el día mismo de mi llegada. A él y á la intervención amistosa y oficial del Señor Doctor Antonio Ferro, comisionado por el Gobierno Nacional, he debido el que el Señor Conde señalara el día 30 de los corrientes para recibirme en su casa de ha-

1

41. Uribe Ángel viajó en 1880 a Panamá y estuvo presente en la iniciación de los trabajos de construcción del Canal. Sus apuntes sobre este viaje se transcriben en facsímil en las páginas que vienen a continuación (57-64). El original se encuentra en el Archivo Histórico de Antioquia.



Visitación

Mi presentación ha tenido lugar hoy á las 11 del día asistiendo á ella el Ciudadano Presidente del Estado, sus Secretarios y algunos Caballeros más.

Creo de mi deber publicar el discurso que dirigí al Señor de Lesseps, porque aunque no denuncio que ha pasado la oportunidad de que él sea conocido, acepto tal inconveniente, en cambio de que se comprenda que hice lo posible por llenar mi encargo, en relación con mis débiles fuerzas.

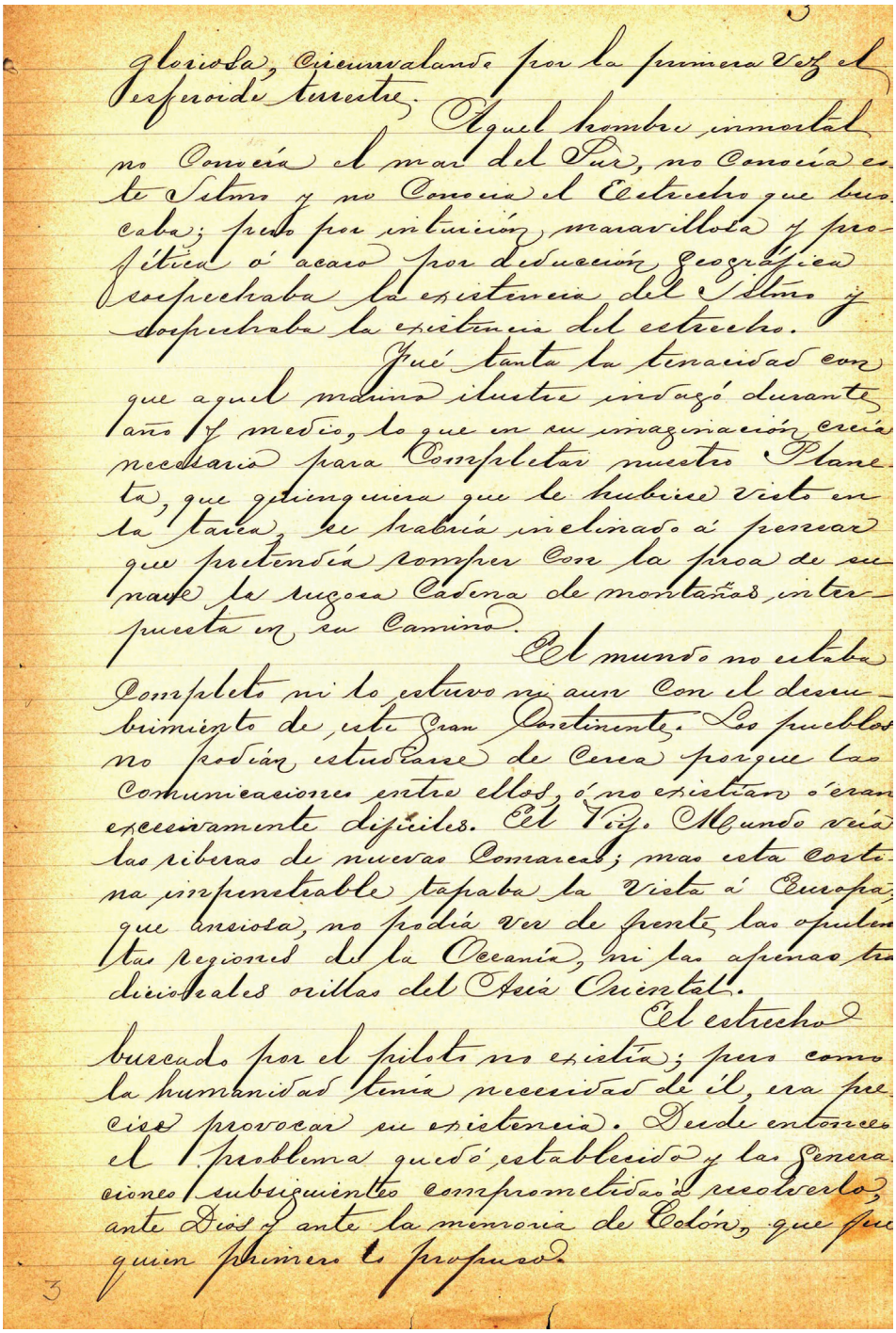
Panamá, 30 de Enero de 1880.

Señor Conde.

Trescientos ochenta y ocho años hace que fué descubierto el Nuevo Mundo. Trescientos setenta y ocho que fué visto por primera vez el Istmo de Panamá, y yo creí seguro que no terminará la cuarta Centuria desde el hallazgo de estas riquísimas tierras, sin que la Cintura del Continente sea cortada por la Ciencia y por el Arte y sin que los dos mas estensos mares del Globo sean unidos por íntimo y estrecho abrazo, i grandiosa manera sería esta de celebrar el Cuarto Centenario del descubrimiento de América!

Por los años de 1.502 á 1.503, vivió un anciano piloto, comandante de cuatro frágiles y mezquinas embarcaciones navegando ansioso por estas aguas, i que buscaba aquel hombre? Buscaba un paso, que uniendo dos mares, le diese camino franco para ir á la gran Tartaria y para terminar la larga Carrera de una vida

2



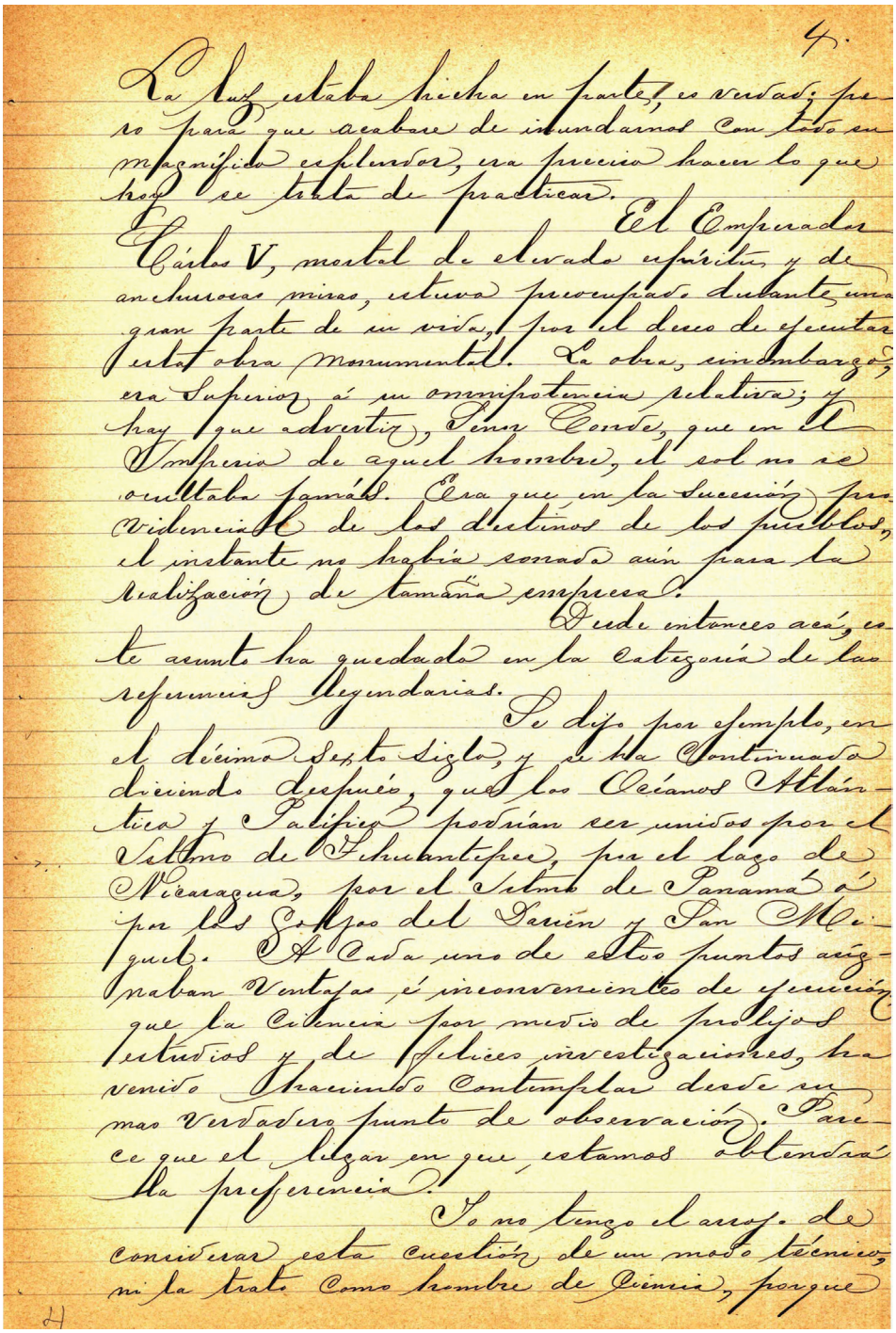
gloriosa, circunvalando por la primera vez el esferoide terrestre. Aquel hombre inmortal no conocía el mar del Sur, no conocía este Istmo y no conocía el Estrecho que buscaba; pero por intuición maravillosa y profética ó acaso por deducción geográfica sospechaba la existencia del Istmo y descubría la existencia del estrecho.

Fué tanta la tenacidad con que aquel marino ilustre indagó durante año y medio, lo que en su imaginación creía necesario para completar nuestro Planeta, que ninguno que le hubiese visto en la tarea, se habría inclinado á pensar que pretendía romper con la proa de su nave la inmensa cadena de montañas interpuesta en su camino.

El mundo no estaba completo ni lo estuvo aun con el descubrimiento de este Gran Continente. Los pueblos no podían estudiarse de cerca porque las comunicaciones entre ellos, ó no existían ó eran excesivamente difíciles. El Viejo Mundo veía las riberas de nuevas comarcas; mas esta continua impenetrable tapaba la vista á Europa, que ansiosa, no podía ver de frente las opulentas regiones de la Oceanía, ni las apenas tradicionales orillas del Asia Oriental.

El estrecho buscado por el piloto no existía; pues como la humanidad tenía necesidad de él, era preciso provocar su existencia. Desde entonces el problema quedó establecido y las generaciones subsiguientes comprometidas á resolverlo, ante Dios y ante la memoria de Colón, que fué quien primero lo propuso.

3



4.

La luz estaba hecha en parte, es verdad; pero para que acabara de inundarnos con todo su magnífico esplendor, era preciso hacer lo que hoy se trata de practicar.

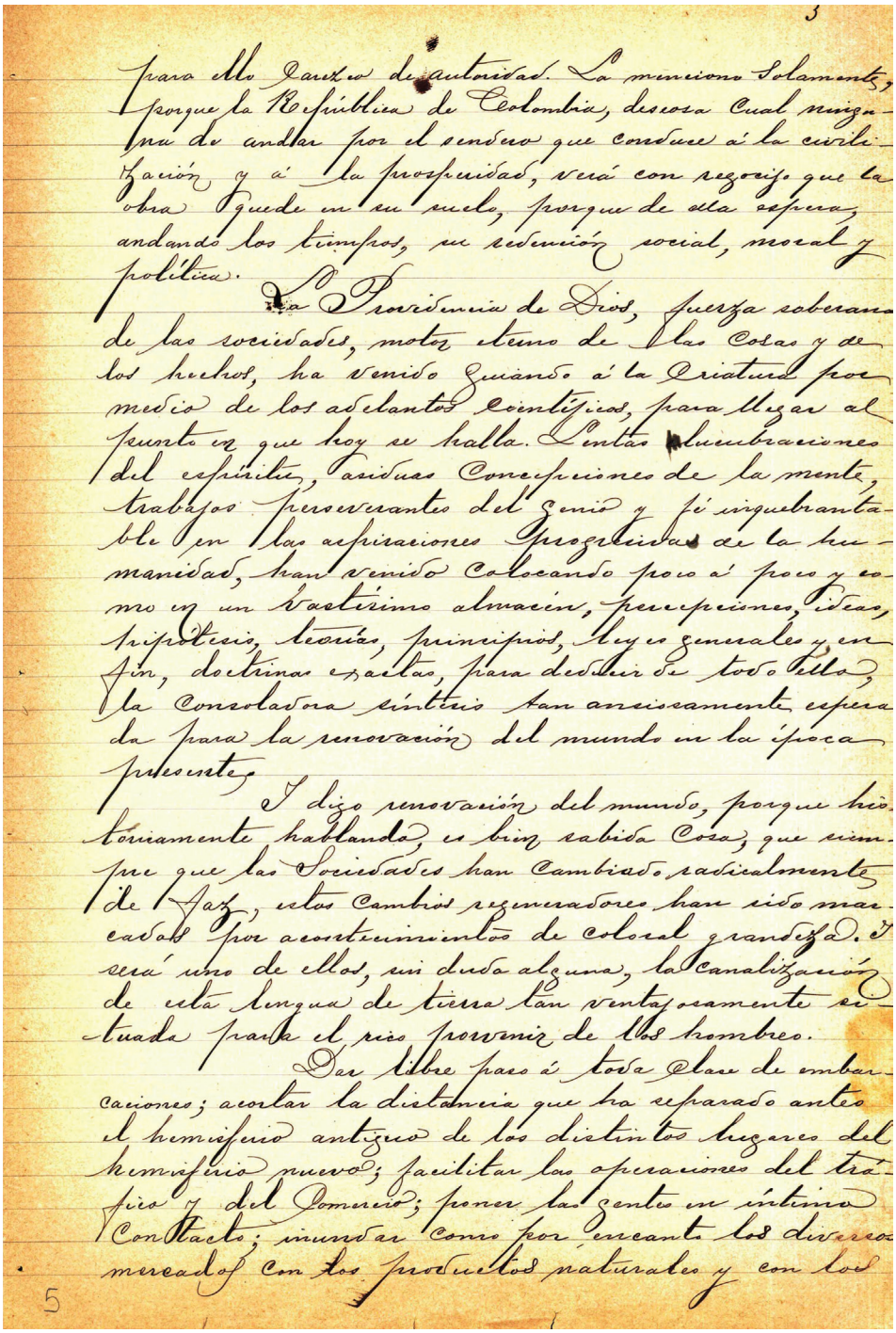
El Emperador Cárlos V, mortal de elevado espíritu, y de ambiciosas miras, estuvo preocupado durante una gran parte de su vida, por el deseo de ejecutar esta obra monumental. La obra, sin embargo, era superior á su omnipotencia relativa; y hay que advertir, Pepe Conde, que en el Imperio de aquel hombre, el sol no se ocultaba jamás. Era que en la sucesión providencial de los destinos de los pueblos, el instante no había sonado aún para la realización de tamaña empresa.

Desde entonces acá, este asunto ha quedado en la categoría de las reformas secundarias.

Se dijo por ejemplo, en el décimo sexto siglo, y se ha continuado diciendo después, que los Océanos Atlántico y Pacífico podrían ser unidos por el Istmo de Tehuantepec, por el lago de Nicaragua, por el Istmo de Panamá ó por los Golfos del Darién y San Miguel. A cada uno de estos puntos asignaban ventajas é inconvenientes de ejecución que la ciencia por medio de prolijos estudios y de felices investigaciones, ha venido haciendo contemplar desde un mas verdadero punto de observación. Parece que el lugar en que estamos obtendrá la preferencia.

Yo no tengo el amor de considerar esta cuestión de un modo técnico, ni la trato como hombre de ciencia, porque

4



3

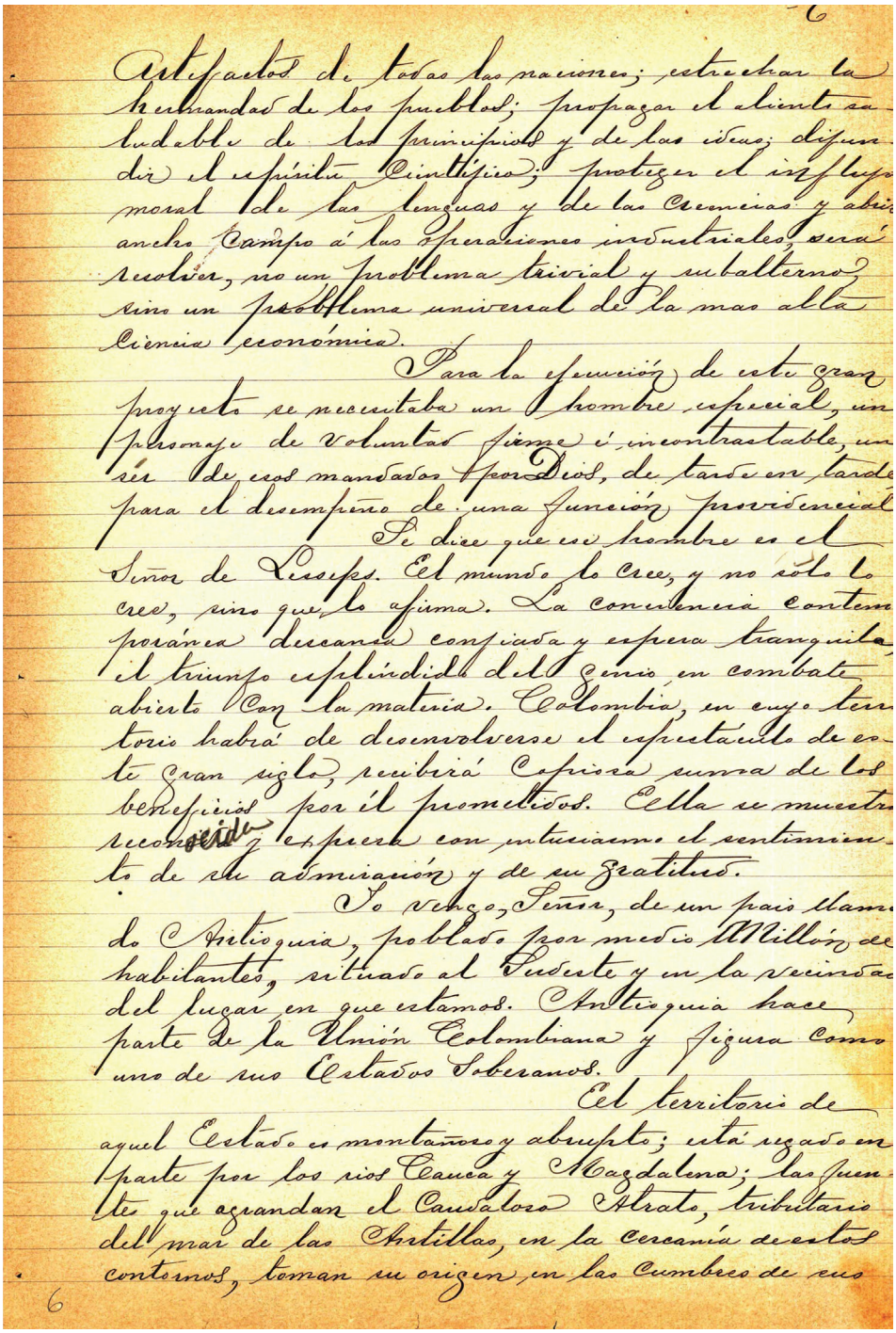
para ello carezco de autoridad. La menciono solamente, porque la República de Colombia, deseosa cual ninguna de andar por el sendero que conduce á la civilización y á la prosperidad, verá con regocijo que la obra quede en su suelo, porque de ella espera, andando los tiempos, su redención social, moral y política.

La Providencia de Dios, fuerza soberana de las sociedades, motor eterno de las cosas y de los hechos, ha venido guiando á la criatura por medio de los adelantos científicos, para llegar al punto en que hoy se halla. Lentas lucubraciones del espíritu, asiduas concepciones de la mente, trabajos perseverantes del genio y fé inquebrantable en las aspiraciones progresivas de la humanidad, han venido colocando poco á poco y como en un vastísimo almacén, percepciones, ideas, hipótesis, teorías, principios, leyes generales y en fin, doctrinas exactas, para deducir de todo ello, la consoladora síntesis tan ansiosamente esperada para la renovación del mundo en la época presente.

I digo renovación del mundo, porque históricamente hablando, es bien sabida cosa, que siempre que las Sociedades han cambiado radicalmente de faz, estos cambios regeneradores han sido marcados por acontecimientos de colosal grandeza. I será uno de ellos, sin duda alguna, la canalización de esta lengua de tierra tan ventajosamente situada para el rico porvenir de los hombres.

Dar libre paso á toda clase de embarcaciones; acortar la distancia que ha separado antes el hemisferio antiguo de los distintos lugares del hemisferio nuevo; facilitar las operaciones del tráfico y del comercio; poner las gentes en íntimo contacto; inundar como por encanto los diversos mercados con los productos naturales y con los

5



6

Artefactos de todas las naciones; estrechar la hermandad de los pueblos; propagar el aliento saludable de los principios y de las ideas; difundir el espíritu científico; protejer el influjo moral de las lenguas y de las ciencias y abrir ancho campo á las operaciones industriales, será resolver, no un problema trivial y subalterno, sino un problema universal de la mas alta ciencia económica.

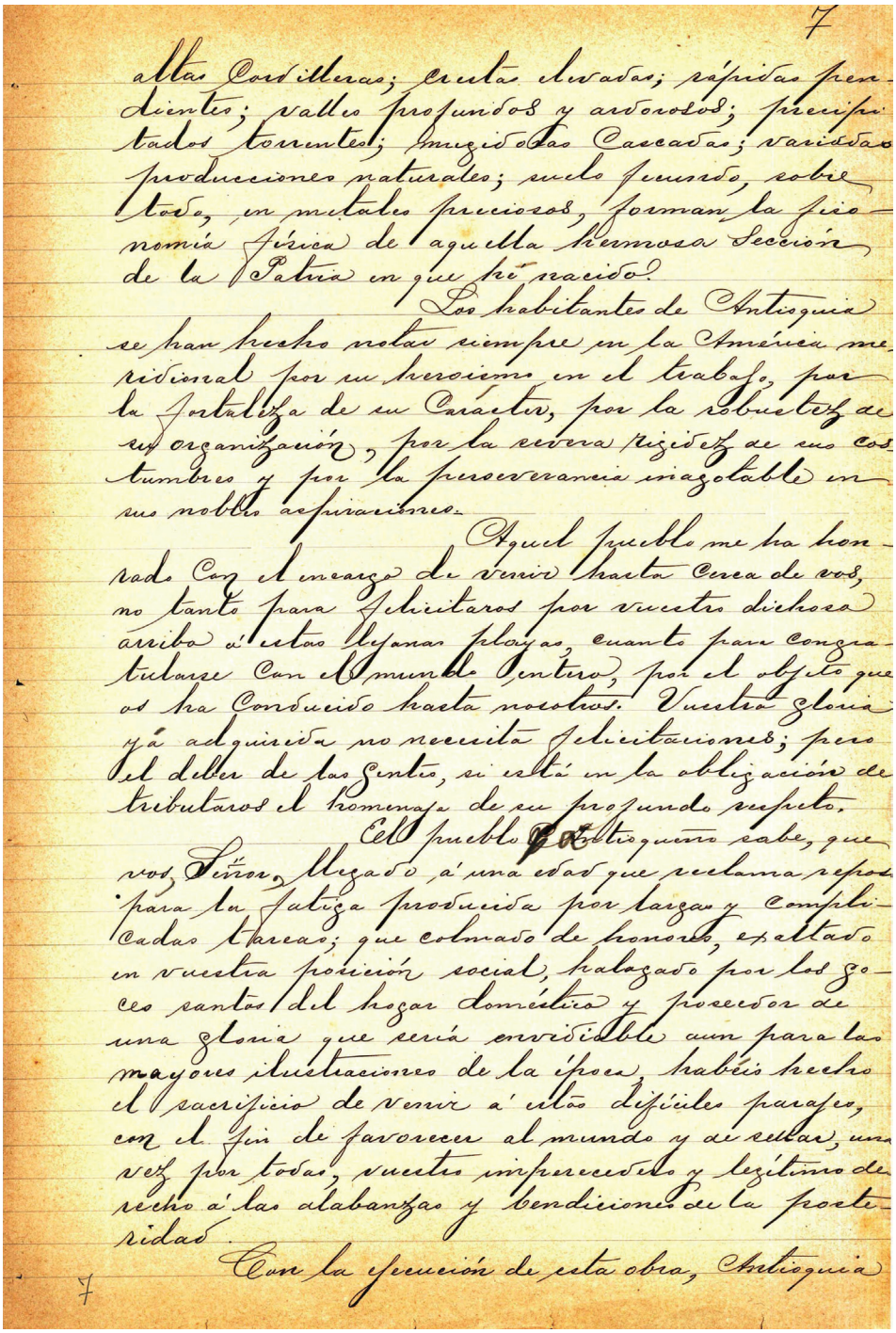
Para la ejecución de este gran proyecto se necesitaba un hombre especial, un personaje de voluntad firme é inconstrastable, un ser de esos mandados por Dios, de tarde en tarde para el desempeño de una función providencial.

Se dice que ese hombre es el Señor de Lesseps. El mundo lo cree, y no sólo lo cree, sino que lo afirma. La concurrencia contemporánea descansa confiada y espera tranquila el triunfo espléndido del Genio en combate abierto con la materia. Colombia, en cuyo territorio habrá de desenvolverse el espectáculo de este gran siglo, recibirá copiosa suma de los beneficios por él prometidos. Ella se muestra reconocida y espera con entusiasmo el sentimiento de su admiración y de su gratitud.

Yo vengo, Señor, de un país llamado Antioquia, poblado por medio Millón de habitantes, situado al Poniente y en la vecindad del lugar en que estamos. Antioquia hace parte de la Unión Colombiana y figura como uno de sus Estados Soberanos.

El territorio de aquel Estado es montañoso y abrupto; está regado en parte por los ríos Cauca y Magdalena; las fuentes que ocasionan el Caudaloso Atrato, tributario del mar de las Antillas, en la cercanía de estos contornos, toman su origen en las cumbres de sus

6



7

altas Cordilleras; cruda duradas; rápidas pendientes; valles profundos y arbolados; precipitados torrentes; inmensidades Cascadas; variadas producciones naturales; suelo fecundo, sobre todo, en metales preciosos, forman la fisonomía física de aquella hermosa Sección de la Patria en que he nacido?

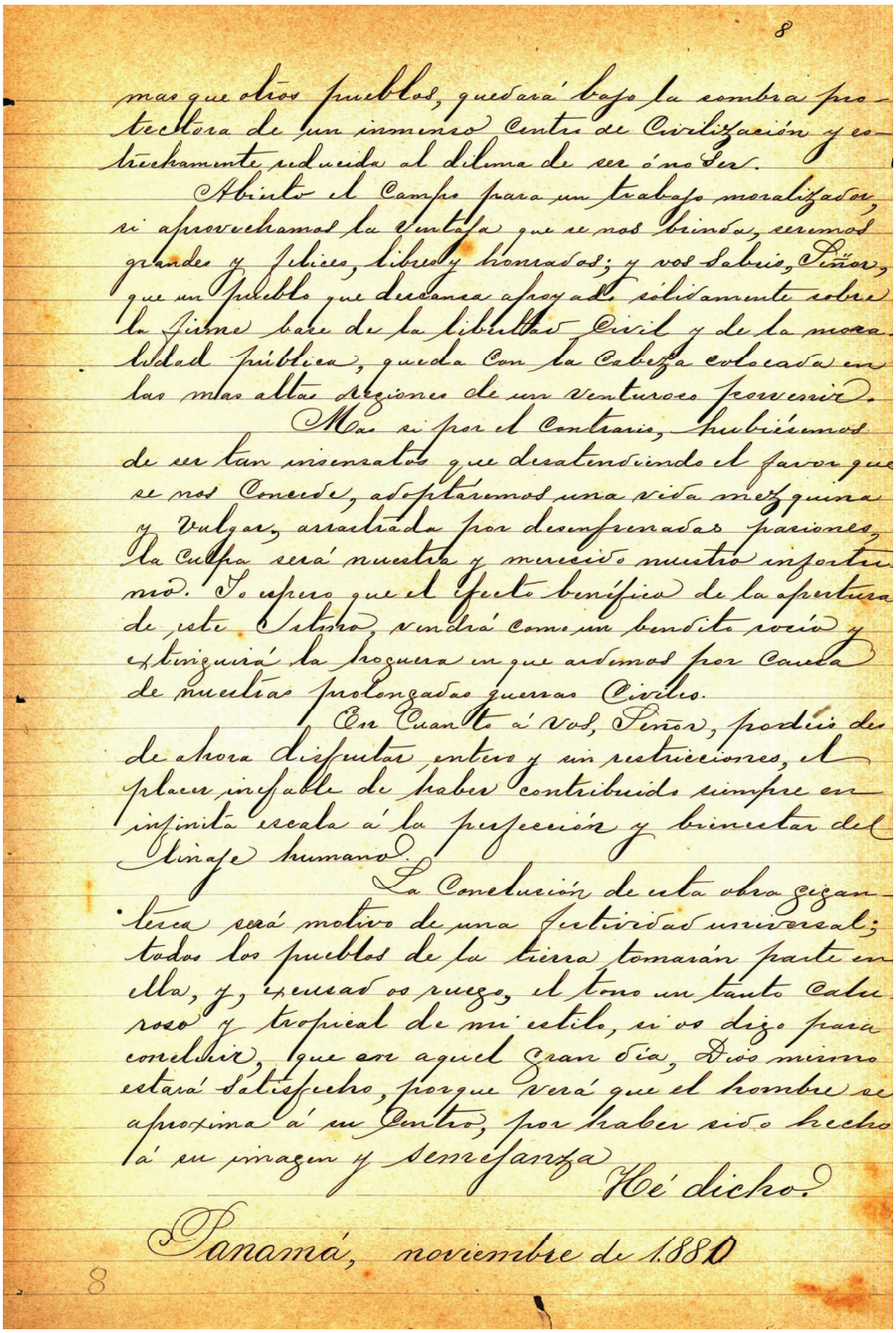
Los habitantes de Antioquia se han hecho notar siempre en la América meridional por su heroismo en el trabajo, por la fortaleza de su Carácter, por la robustez de su organización, por la severa rigidez de sus costumbres y por la perseverancia inagotable en sus nobles aspiraciones.

Aquel pueblo me ha honrado Con el encargo de venir hasta cerca de vos, no tanto para felicitaros por vuestro dichoso arribo á estas lejanas playas, cuanto para congratularse Con el mundo entero, por el objeto que os ha Conducido hasta nosotros. Vuestra gloria ya adquirida no necesita felicitaciones; pero el deber de los Gentes, si está en la obligación de tributaros el homenaje de su profundo respeto.

El pueblo Antioqueño sabe, que vos, Señor, llegado á una edad que reclama reposo para la fatiga producida por largas y complicadas tareas; que colmado de honores, exaltado en vuestra posición social, halagado por los goces santos del hogar doméstico y poseedor de una gloria que sería envidiable aun para las mayores ilustraciones de la época, habéis hecho el sacrificio de venir á estos difíciles parages, con el fin de favorecer al mundo y de cerrar, una vez por todas, vuestro imperecedero y legítimo derecho á las alabanzas y bendiciones de la posteridad.

Con la ejecución de esta obra, Antioquia

7



8

mas que dios pueblos, quedará bajo la sombra protectora de un inmenso Centro de Civilización y estrechamente reducida al dilema de ser ó no Ser.

Abierto el Campo para un trabajo moralizador, si aprovechamos la Ventaja que se nos brinda, seremos grandes y felices, libres y honrados; y vos sabeis, Señor, que un Pueblo que descansa apoyado solidamente sobre la firme base de la libertad Civil y de la moralidad pública, queda con la Cabeza colocada en las mas altas Regiones de un venturoso porvenir.

Mas si por el Contrario, hubiésemos de ser tan insensatos que desatendiendo el favor que se nos Concede, adoptaremos una vida mezquina y Vulgar, arrastrada por desenfrenadas pasiones, la Culpa será nuestra y merecido nuestro infortunio. Yo espero que el Efecto benéfico de la apertura de este Istmo, vendrá como un bendito socio y extinguirá la hoguera en que ardemos por Causa de nuestras prolongadas guerras Civiles.

En Cuanto á Vos, Señor, podeis desde ahora disfrutar, entero y sin restricciones, el placer inefable de haber contribuido siempre en infinita escala á la perfección y bienestar del linage humano.

La Conclusión de esta obra gigantesca será motivo de una festividad universal; todos los pueblos de la tierra tomarán parte en ella, y, permitidme, el tono un tanto Caloroso y tropical de mi estilo, si os dijo para concluir, que en aquel Gran dia, Dios mismo estará satisfecho, porque verá que el hombre se aproxima á su Centro, por haber sido hecho á su imagen y semejanza. Hé dicho.

Panamá, noviembre de 1880

8

Población indígena[42]

Por Manuel Uribe Ángel

Generalidades. — Lo que hemos escrito hasta el presente forma el cuadro de lo que podemos llamar Geografía física y descriptiva del Estado. Hemos hablado de lo que le es privativo por ser natural, y de lo que ha sido creado, modificado, alterado ó fabricado desde la época en que terminó la Conquista y principió la Colonia. Como complemento, y para lograr en algún modo que se conozca el teatro de las operaciones que referiremos luego, vamos á dar una relación compendiada de la división territorial y de la situación del país en el tiempo á que nos referimos.

Pobladores. —Tres grupos de indígenas, formando familias, tribus, parcialidades y naciones, viviendo a veces sobre la copa de los árboles, en ocasiones debajo de las selvas, ya en chozas miserables aisladas, o bien en poblaciones de más o menos importancia, poblaban lo que constituye hoy el territorio del Estado de Antioquia. Estos tres grupos de indígenas, o sean naciones, como se las llamó entonces, estaban separados por fronteras naturales en casi toda su extensión, y tenían entre sí los rasgos distintivos de la raza americana, aunque con caracteres bastante salientes, comparados los unos con los otros, para que podamos aceptar tres grandes familias distintas y reconocerlas con sus nombres antiguos.

Catíos. —La nación catía ocupaba el territorio comprendido entre la margen occidental del Cauca antioqueño, el curso del Atrato, la costa Atlántica y la serranía de Abibe.

Nutabes. —La nación nutabe vivía en la parte comprendida entre el Cauca y el Porce.

42. El presente texto se tomó de la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, pag. 505.

Manuel Uribe Ángel, viajero; *circa* 1879
Fuente: Archivo Fotográfico
Biblioteca Pública Piloto, Medellín

Tahamíes. —Los tahamíes ocupaban los lugares medianeros al Porce y al Magdalena, es decir, la parte oriental del Estado, debiendo advertirse para mayor claridad, que esta nación tenía un apéndice de territorio hacia la parte del sur, entre el Cauca y la cordillera central.

Si convenimos en la veracidad de lo que afirman los viejos escritos de la Conquista, deberemos creer que los pueblos en que existían estas diversas gentes eran numerosísimos; mas, por desgracia, la mayor parte de los nombres de ellos no han sido conservados por la historia. Ponemos en una de nuestras cartas lo que se salvó del naufragio producido por aquellas guerras, y lo que quedó fundado por españoles hasta el año de 1583.

La nación catía poseía algunas tribus nómades que habitaban los desiertos anegados y cercanos al golfo de Urabá. Esas tribus no tenían ni pueblos ni casas; vivían sobre zarzos que construían en el ramaje de los árboles. En los valles próximos a la cordillera de Abibe, sobre la misma cordillera, en la ramificación occidental, en sus faldas del ocaso y en las pendientes orientales que dan al Cauca, tenían muchas poblaciones conocidas con los nombres de Carauta, Cuisco, Guazuseco, Guacá, Teco, Buriticá, Ituango, Curumé, Peque y Arví y algunos otros cuya serie se aumenta con las fundaciones hechas por conquistadores, y conocidas entonces por los nombres de Muritúe, San Jerónimo del Morite, Antioquia, Caramanta, San Juan de Rodas, etc., etc.

Distribución de indígenas. —Los nutabes contaban en el valle de Aburrá, y en otras partes, las poblaciones de Bitagüí o Itagüí, Aná, Niquía y algunas más cuyos nombres fueron cambiados por la autoridad peninsular, o conservaron los calificativos de Pueblo de la Pascua, Poblanco, Sinifaná o Semifará, Las Peras, La Sal, Titiribí, Evéjico, Anorí, Cuerquia, Caruquia, Oseta, Omogá, San Andrés, Tiguirí, Cuerquisí, Ubeda, Cáceres, Pesquerías, etc. etc.

De los tahamíes se guardan aún los nombres de Cancán, Yolombó, San Antonio, Peñol, Cocorná, Maitamac, Apurimac, Arma, Pacora o Paucura, Pozo, Picara, Carrapa y Quimbaya. En esta parte los lugares ocupados por los europeos quedaron reducidos a muy poca cosa: Arma, Remedios, Zaragoza, etc. etc.

En resumen, y para mayor facilidad en la comprensión de lo que seguirá, agregaremos que había escasos habitantes en las partes bajas cercanas al mar; que abundaban un poco más en las márgenes de los ríos Arquía, Murrí, Sucio, León, Sinú y San

Jorge; que crecían en número en los sitios de clima frío sobre la cordillera occidental, desde el Chamí hasta los nacimientos del Sinú, y que eran numerosísimos en uno y otro lado del río Cauca y en las faldas respectivas de las montañas que encajonan a éste, desde la desembocadura del Chinchiná hasta su confluencia con el Nechí.

No parece muy cierto, como dicen algunos escritores, que el número de los habitantes indígenas de la región antioqueña fuese sumamente reducido, pues sin hacer cuenta de las poblaciones ya dichas, las había también en las faldas orientales de Herveo, en los valles de Sonsón, la Ceja, Retiro, Rionegro, San Vicente, y en las partes bajas inclinadas sobre el Magdalena, como en San Carlos, donde se fundó, según creemos, la primera ciudad de Remedios. Además, la referencia de los hechos militares acaecidos durante la guerra de la Conquista, demostrará perentoriamente que a pesar de todas las causas contrarias a la multiplicación de la especie humana en estos parejes, los españoles tuvieron que habérselas con un enjambre de naturales.

Costumbres. — Los miembros de la nación catía, habitadores de las selvas bajas del Chocó, eran feroces y dotados únicamente de los instintos brutales que se derivan del influjo de la carnalidad. Las pasiones hijas de un estado social adelantado les eran totalmente desconocidas. Vivían en los bosques, y se sustentaban con el producto de la caza y de la pesca. Muchos de ellos andaban completamente desnudos, o a lo más se cubrían con una ligera pampanilla que ellos llamaban *guayuco,* vestidura miserable que de ordinario fabricaban con un pedazo de la corteza de un árbol conocido con el nombre de *damajagua*.

Los catíos que habitaban las vertientes de uno y otro lado de los Andes antioqueños hasta el río Cauca, tenían poco más o menos el mismo espíritu guerrero que sus hermanos ya descritos; pero les llevaban ventaja por haber dado ya algunos pasos, aunque lentos, en la carrera de la civilización. Tenían algunas mantas y vestían con ellas, poseían armas un poco mejor fabricadas, eran dueños de numerosas poblaciones, y aunque sin liga general o mancomunidad entre sí, comenzaban a dar ligeras señales de querer definir y aceptar un verdadero pacto social.

Los indios nutabes participaban en gran manera de las calidades generales de sus vecinos los catíos; mas como sea que por aquellos tiempos el Cauca formase una barrera casi insuperable que impedía en cierto modo la promiscuidad de tales habitantes, resultó siempre que entre una y otra nación hubo caracteres distintivos bien notables.

Los nutabes, pues, que habitaban la parte central del Estado, eran bravos y esforzados en la pelea, ágiles, esbeltos y formidables para la lucha. Usaban también el veneno, aunque no tan generalmente como los primeros, y vivían de los mismos productos naturales de que hemos hablado ya, y además del rendimiento de una escasa agricultura. El arte de los tejidos les era más familiar que a sus vecinos; y fue ésta quizás la sola parte en que los conquistadores hallaron en Antioquia indios que llevasen una vestidura talar casi completa. Esos tejidos eran fabricados de algodón.

Los tahamíes eran indios más suaves y mansos de carácter, menos guerreros, más dispuestos a entrar en la vida social, propios para la servidumbre, aventajados en los ejercicios gimnásticos, corredores sueltos y veloces, luchadores insignes; pero menguados en sus facultades morales, y sin energía individual.

Razas. —Lo dicho deslinda aproximadamente los rasgos distintivos de las tres naciones que hemos convenido en reconocer históricamente como pobladoras de estas montañas; mas, como se ve, estos rasgos no impiden de ningún modo el que asignemos a los primeros pobladores él tipo distintivo y constante de la raza americana. Todos nuestros antecesores, desde el estrecho de Béhring hasta la Tierra del Fuego, y desde la punta de Paria hasta el golfo de Guayaquil, á pesar de sus variantes físicas y morales, nacidas de la localidad, presentaron y presentan la estampa uniforme y eterna de un origen homogéneo.

Ya hemos dicho cuáles eran los puntos más poblados del territorio; ahora agregamos que los pobladores estaban dotados, absolutamente hablando, de una organización harto más sólida, robusta y resistente que la de los muiscas y otros habitadores de las comarcas circunvecinas.

El origen probable y casi históricamente conocido de los indígenas antioqueños, es el caribe. Bien sabido es por todos que esa cruelísima nación, raizal de algunas de las islas Antillas, deslizaba periódicamente, mucho antes de la Conquista, sus piraguas atrevidas sobre la Tierra Firme; y por allí comenzaron sus tribus a asentar el pie, a ganar terreno y a erigir poblaciones, desde el golfo del Darién hasta más allá de las Guayanas, y aun bastante en el interior de la parte respectiva del Continente. Las facciones propias de esta gente se han conservado íntegras en algunos puntos, tanto en lo material como en lo moral, y en la época a que nos referimos los pueblos antioqueños eran de sangre pura, a este respecto. Así, el

hombre primitivo de estas montañas era de color moreno cobrizo, de pelo negro y lacio, de frente ligeramente achatada, de ojos pequeños, rasgados y negros, de nariz regular, de huesos salientes, especialmente en los pómulos y juanetes, de talón prolongado hacia atrás, de fibra muscular tensa y dura, de cuerpo suelto y ligero, más bien delgado que obeso; arrogante, duro, áspero y decidido en la expresión.

Lo anterior en cuanto a su conformación orgánica, pues en cuanto a su situación intelectual el asunto requiere pormenores.

Como la mayor parte de los naturales de América, eran amigos de teñirse ciertas partes del cuerpo con el jugo del achiote y con otras materias, así como también de ennegrecerse los dientes, para preservarlos de las caries, con el zumo de un bejuco que goza de esta propiedad.

Estado civil. —Los aborígenes antioqueños, tomados en grupo y considerados en su manera de ser social, dan muestras de haber ocupado un lugar ínfimo en la escala relativa de la civilización, puesto que en su mayoría eran antropófagos o comedores de carne humana, hacían prisioneros en sus combates parciales, los devoraban con ansia espantosa en sus festines, y —cosa más extravagante aún— los engordaban a veces como cerdos y los sacrificaban luego para saciar su imponderable apetito. Es conveniente notar que, de ordinario, las víctimas de esta inhumana costumbre recibían con frialdad, y aun con gusto, el golpe de gracia que las privaba de la existencia, pensando acaso que obedecían, buena, simple y sencillamente, a una trivial exigencia de la fatalidad. Muchos de estos hombres convertidos en bestias, eran escogidos no sólo de entre los prisioneros, sino también de entre los individuos pertenecientes a la parcialidad que los devoraba.

Para engordar estos hombres, construían en varias partes corrales formados de gruesos maderos, y allí los alimentaban con abundancia y esmero; y para el sacrificio, que según parece tenía un ligero carácter religioso, los sacaban al campo, y con la cara vuelta al naciente y el cuello ligeramente encorvado, descargaban una enorme maza con fuerza descomunal sobre la nuca, y el asunto quedaba concluido.

La antropofagia en el Continente americano al tiempo de la Conquista no era de un uso exclusivamente peculiar a los naturales antioqueños; existía en otros muchos lugares, aunque sí es verdad que la gran mayoría de los indios había salido ya

de este error abominable. Nosotros nos atrevemos á pensar que en estas comarcas el canibalismo se mantuvo en una vigencia cruda y horrible, debido en parte no solo á la ceguedad de un estado casi primitivo y de naturaleza, sino también á la índole un poco esteril de un terreno casi completamente impropio para abastecer de víveres á hombres que ignoraban las ciencias y las artes, especialmente la agricultura, y que por tanto se hallaban siempre hambrientos y necesitados.

Lenguaje.[43] — Por lo poco que se nos alcanza sobre algunos vocablos de su idioma, comprendemos que éste se hallaba todavía en completa penuria y escasez de voces. Tenían muchos nombres compuestos, la mayor parte con significación apenas material, había falta completa ó casi absoluta de palabras de sentido moral y metafísico, abundaban las interjecciones, las imágenes y alegorías, las figuras groseras alusivas á las ideas, los gritos, las gesticulaciones, los movimientos para la expresión de sus situaciones de ánimo, y los demás giros de construcción gramatical que en su conjunto revelan el atraso de un lenguaje.

Religión. — En religión poseían las siguientes nociones: creían en un ser equivalente á Dios, autor único del Universo, que arreglaba y ordenaba el movimiento y manera de ser de todas las cosas creadas. A este ser apellidaban los catíos *Abirá*, que en su idioma quiere decir sumamente bueno, y á los primeros españoles *Airá*, que significa hijo de las entrañas de Dios.

Reconocían también un ser ideal, antagonista en sus calidades y carácter del *Abirá*. A este otro lo llamaban *Canicubá*, que significa enteramente lo contrario, es decir, sumamente malo.

Reverenciaban un poco el principio del bien, simbolizado por su Dios tal como ellos lo comprendían; temían al diablo ó *Canicubá*, pero no lo hacían propicio con sacrificios sangrientos como en otras partes de América.

El culto tributado á Dios era menguado, y reducía sus prácticas religiosas á poquísimo, puesto que no tenemos tradición alguna sobre sus templos, y los pocos ídolos encontrados en los santuarios parecen haber sido más bien objetos de veneración doméstica, que de adoración pública.

43. Consúltese el vocabulario puesto al fin de este capítulo.

Después de su primera y noble creencia en un Ser Supremo, adornado con altos atributos de poder, venía también para ellos la idea de tributar algún respeto religioso al sol, la luna y las estrellas, lo que prueba que un pequeño rudimento de sabeísmo entraba por algo en sus atrasadas teogonias.

El fetichismo no era extraño á la imaginación y entendimiento de aquellas pobres gentes, al menos si hemos de juzgar por la significación probable de las figuras de algunos ídolos encontrados en sus sepulcros.

Había en los naturales una idea vaga y confusa sobre la anterior existencia de un diluvio universal; y hasta se reconoció algo en sus tradiciones habladas, que hacía alusión al modo como se preservó el género humano y el resto de los animales de la anegación total, por recurso de una grande arca, cosa no muy extraña si se reflexiona que diversas tribus del Orinoco, sumidas en una barbarie más profunda que éstas, conservaban una tradición semejante.

Condecoraciones militares y armas. — De la rana sacaban, y sacan aún, un licor venenoso que usaban y usan en la caza y en el combate. La estampa de este animal se halla bastante bien grabada en varios de sus muebles, y especialmente en algunas láminas circulares de oro fino, que por su forma y otras circunstancias parecen haber sido tenidas por ellos, no tanto como imágenes sagradas, sino más bien en calidad de condecoraciones militares [44]. En todo caso, las estampas parecen revelar la gran importancia de que estos animalitos gozaban entre los indios.

Usaban en los combates la armadura común de los indios americanos: macana, maza, carcax, flecha, honda y piedra. Empleaban también como venenos los jugos de algunas plantas, como el curare, y un aceite resinoso sacado de la corteza de un árbol que nos parece pertenecer á la tribu de las uráceas, más enérgico en sus propiedades que el *ajuapa*.

44. En un libro de valor inapreciable por su mérito, publicado el año de 1881 por el Sr. Liborio Cerda, en Bogotá, hemos vísto que el autor dice que la rana era tenida en gran veneración por los muiscas, porque la consideraban como anunciadora de la venida de las aguas para el arreglo de sus sementeras y cosechas.
Sin disentir de la respetable opinión de nuestro compatriota y amigo, y pensando que tal era entre los chibchas la representación simbólica de ese animal, creemos que entre los indígenas de Antioquia no sucedía lo mismo, y que la rana era simplemente la representación de la caza y de la guerra

Los indios guerreros, y sobre todo para los días de combate, acostumbraban llevar coronas de plumas sobre la cabeza, y además cubrían con las mismas plumas la parte alta de los brazos, la cintura y los muslos. Esas plumas eran escogidas de entre las más bellas, brillantes y lucidas que quitaban á las lindas aves de sus florestas; las disponían ingeniosamente unas con otras, de donde resultaba un tejido abigarrado, vistoso y por todo extremo galano para ellos. Cuando esos mismos indios, pertenecientes á la jerarquía militar, eran ricos, agregaban á los arreos de su persona, es decir, á los colores diversos con que se teñían, á su pampanilla, á sus armas y á sus adornos de pluma, algunas piezas de oro bruñido, lo que realzaba no poco el lujo y magnificencia de su apostura bélica.

Superstición. —Sospechaban, y aun entendían algo, acerca del curso de los astros y de sus movimientos.

Creían en brujos, *mohanes,* hechiceros, *jaimanaes,* etc., pero tenían gran aversión a los individuos que se entregaban a estas prácticas, para ellos diabólicas, y llegaban en ocasiones a dar muerte a los pretendidos adivinos.

Creían en una vida eterna, posterior a la terrenal, para su cuerpo y para su espíritu, pero pensaban que la resurrección se haría en alma y en materia; y por esto, la mayor parte se hacían sepultar con armas, muebles, tesoros y aun alimentos, creyendo hacer uso ulterior de todos sus haberes. Hay razones para creer que algunos se hacían enterrar con sus mujeres y con sus siervos; y pudo suceder así, porque la esclavitud absoluta estaba en práctica entre ellos.

Vida doméstica. —La poligamia era moneda corriente entre estos naturales, y tantas mujeres propias podía tener un solo indio, cuantas fuera hábil y suficiente para mantener.

Los matrimonios se hacían con un ceremonial enteramente particular. Era negocio casi exclusivamente doméstico; los padres los arreglaban a su antojo; había testigos, festividades, y cosa rara, tocaba a la hembra la función de cortejar y dirigir al varón.

Mitología. —Los indios catíos decían que sus antecesores habían tenido la fortuna de vivir con una mujer providencial, llena de atributos celestiales; que esta mujer se llamaba Dabeiba; que era joven, bellísima y llena de sabiduría; que este

genio benéfico les había enseñado a labrar los terrenos, a construir habitaciones y pueblos, a fabricar tejidos, a mantener económicamente el hogar; y que cuando la obra de la civilización estuvo ya iniciada y propia para ser continuada por el hombre, aquel ser tutelar había subido a lo más empinado del Cerro León, en donde despidiéndose de la tierra se había elevado airosamente al cielo y desaparecido; pero que aun así no los abandonaba con su protección y ayuda. Agregaban que era ella la que con su inmenso poder presidía al cumplimiento de los grandes fenómenos naturales como la lluvia, el granizo, el trueno, el rayo, los huracanes, las borrascas y los terremotos.

El rasgo mitológico que antecede, parece demostrar que estos incultos pueblos mecían ya un poco su imaginación en los senos fantásticos de la fábula y de la alegoría, para dar solución a cuestiones indescifrables para ellos, visto el atraso en que se encontraban. Un denso velo encubre el origen de esta raza americana.

Gobierno. —Los diversos pueblos colocados sobre todo el territorio antioqueño reconocían jefes directores de familias y aun de parcialidades, que bien pudieran llamarse caciques como en otras partes; pero las tres naciones de que hemos hablado, vistas en conjunto o separadas, no conocían nada que pudiera llamarse jefe supremo, gobernador, presidente o rey, a cuyo mandamiento autocrático estuviesen sometidos. Había sólo entre ellos jefes de tribu, padres de familia con poca jurisdicción, lo que en nuestro sentir equivale a demostrar que su gobierno en lo doméstico, en lo civil, en lo político, en lo religioso y en lo militar, apenas había alcanzado las condiciones de la magistratura patriarcal. Empero, en ocasiones solemnes, como en las ocurrencias en que los pueblos se hacían guerra los unos a los otros, las parcialidades, las familias, y aun los individuos entraban en liga, se entendían, nombraban un caudillo y se sujetaban a sus órdenes con estricta y severa disciplina.

No tenían lo que pudiera llamarse un código especial de leyes, por lo mismo que las corporaciones parciales estaban casi completamente desunidas y con poca conexión civil; pero como el tipo general de su carácter fuese idéntico, así como también muy grande la similitud de sus diferentes prácticas de vida, se puede decir que sus costumbres eran sus leyes.

Industria. —Había muchas tribus nómades, pero gran parte de la población era entrada ya en vida civil de asociación, o por lo menos en los primeros rudimentos

de ella, pues tenían agrupadas sus habitaciones, formados sus caseríos y reconocídolos como pueblos. Sus casas eran de mezquina construcción, escuetas en su mayor parte, pajizas, estrechas y reducidas en sus dimensiones.

Cultivaban el maíz, las yucas, las arracachas, los ajíes, el palmacristi y una especie de albahaca enteramente semejante a la europea. Tenían también pequeñísimos huertos de arboloco, borrachera, curubas, pepinos y unas pocas más de las plantas que viven naturalmente en el país, y que exigen por consiguiente poco esmero para su mantención. El plátano, el aguacate, y algunos árboles frutales más, eran tenidos en gran consideración por ellos.

Como la mayor parte de sus ríos no eran navegables, estaban muy atrasados en el arte de construir embarcaciones, pero en compensación eran nadadores insignes.

Minería y joyería. —No conocían el uso del hierro, ni de otro metal de los que se aplican generalmente en auxilio de la industria, a no ser quizá la mezcla con que ejecutaban la soldadura de sus piezas de oro y de tumbaga.

Buscaban, recogían y explotaban el oro con algún cuidado, y lo trabajaban para sus joyas y adornos con una perfección relativa. Conocían la liga propia para soldarlo, lo fundían, lo forjaban, y por medio de instrumentos de pedernal que imitan bruñidores, cinceles, buriles, martillos, etc., lo modelaban en piezas propias para su recreo y ornamentación. Los brazaletes, jarras, botellas, *chagualas*, pulseras, cintillos, collares, diamantes, arillos, argollas, ídolos, vasos, cinturones, petos, anzuelos, juguetes diversos y figuras de animales, fabricado todo con este metal, ya fino, ya en liga para formar tumbaga, prueban con evidencia el grado de adelanto a que habían llegado en esta materia. Hay algunas de estas piezas de un mérito verdaderamente indisputable.

Cerámica. —La cerámica, o arte de modelar la tierra, era bastante conocida por nuestros antepasados.

De tierra fabricaban muchos utensilios para los usos domésticos, gran número de figuras extrañas, y juguetes que anuncian en cierto modo la noción de algunos fenómenos de física experimental', sobre todo en asuntos de hidráulica y de acústica. El anticuario sacaría gran provecho del estudio detenido de todos los objetos que en este género se presentan diariamente a nuestra contemplación.

Eran muy adictos a representar en sus vasijas, muebles y joyas, figuras de ranas, águilas, caimanes, lagartos, etc.; y se nota que en todos sus artefactos se halla no poca similitud con objetos del mismo género manufacturado por los antiguos egipcios, tales cuales se ven en los museos de arqueología.

Escritura. —Parece que no conocían el arte de la escritura, cosa que sin embargo no puede afirmarse absolutamente, pues los sepultureros han extraído de las *guacas* planchas de oro y tabletas de tierra con varios caracteres enigmáticos, que acaso tuvieron entre ellos alguna significación convencional.

Carácter. —En sus tratos y contratos eran francos, abiertos, veraces y muy cumplidores de su palabra. En sus maneras y acciones eran altivos, orgullosos y fanfarrones: se tenían personalmente en mucho, y hacían alarde de menospreciar las facultades físicas de los españoles, creyéndose, aunque sin razón, muy superiores a ellos en los combates.

Los hombres eran un poco ásperos de genio, robustos y sufridos; las mujeres aseadas, hacendosas, sumisas, y en general bastante bellas.

Los esposos amaban tiernamente a sus consortes; pero, por una anomalía difícil de explicar, la carga ruda y pesada de las faenas del hogar abrumaba de preferencia al bello sexo.

El parto, que la civilización moderna ha ido elevando progresivamente, con el refinamiento de las costumbres, a la penosa categoría de enfermedad, era para las indias una función fácil, sencilla, trivial, enteramente fisiológica. La mujer padecía un poco, es verdad; pero padecía como cumple al desempeño de este acto naturalmente doloroso, mientras que, por un contraste raro, el marido disfrutaba de la parte ventajosa de la situación, guardando un poco de dieta y comiendo los mejores manjares.

El adulterio, por común acuerdo, era mirado con horror por estos bárbaros; los hombres eran celosos de su honra; las mujeres generalmente honestas; pero como quiera que a pesar de esto se deslizasen de vez en cuando algunos desacatos conyugales, el esposo quedaba autorizado de hecho para tomar venganza adecuada al ultraje recibido. Para los demás delitos, la sanción moral era sobradamente floja y tolerante.

La situación social de la mujer formaba otro punto de contradicciones y anomalías, porque tratada en parte como bestia de carga, en cuanto al desempeño de ciertos oficios, alcanzaba bajo otros respectos consideraciones de estimación harto distinguidas. Aunque fieros, audaces y temerarios por carácter, las circunstancias especiales que acompañaron la invasión española, aniquilaron de tal manera su energía, que muchas tribus, en vez de lidiar como valientes, preferían ahorcarse con sus propias mantas por temor del enemigo.

Patios de indio. —Para el trabajo de muebles y adornos de oro, tenían obradores especiales, conocidos hoy con el nombre de *patios de indio,* en donde suele encontrarse, para comprobación de su destino, mucho oro en granalla, tejos fundidos, joyas empezadas a trabajar, cinceles, regatones, restos de crisoles, tiestos y trazas de carbón.

Fuera de los instrumentos y útiles ya mencionados hechos de piedra, tenían también cajas, lápices y algunos otros objetos que parecen haber servido para su escasa agricultura y para su imperfecta minería.

Tal era en compendio la situación del pueblo indígena de Antioquia a principios del siglo XVI, época precisa en que los primeros viajeros españoles comenzaron a tener noticia cierta de su existencia, y en que los primeros buques que cruzaban en distintas direcciones el mar de las Antillas, registrando los rincones del nuevo mundo, comenzaron a tirar el ancla en las aguas del golfo del Darién, punto que debía servir de paso a los conquistadores de Antioquia.

Debiéramos, llegados a este punto, entrar redondamente en la narración histórica de los acontecimientos que se sucedieron durante el sometimiento de los naturales, objeto especial de nuestra tarea; pero, para ser más lógicos, pensamos que después de haber delineado el teatro físico en que tuvieron lugar los hechos que narraremos, y después de haber retratado al pueblo conquistado, será bueno exponer algunas generalidades sobre su estado actual, para pintar luego el pueblo conquistador, y decir algo sobre las causas que presidieron a ese inmenso movimiento de regeneración social, simbolizado por el descubrimiento de América[45].

45. Las láminas que acompañan este capítulo facilitarán un poco la inteligencia de él y le darán alguna importancia

Vida actual de los indígenas. —Lo dicho hasta aquí se refiere un poco a la historia primitiva de los aborígenes antioqueños. Después que la raza conquistadora hubo civilizado un tanto los restos que sobrevivieron a la matanza en algunas parcialidades indígenas, éstas, aunque en cortísimo número, quedaron naturalmente divididas en semisalvajes y en completamente bárbaras; mas no tanto que por el forzoso contacto con los invasores, colonos o individuos de la misma raza, no hayan venido alterando sus viejas costumbres, hasta presentar hoy una especie de mezcla singular de lo que han conservado de sus hábitos y lo que han adquirido de los de sus vecinos.

Como todo lo que se refiere a estas tribus va desapareciendo rápidamente, pensamos que si no por grande utilidad, sí por ser asunto curioso, debemos presentar un cuadro sucinto sobre las últimas prácticas de estos infelices moradores de la tierra.

Los restos a que nos referimos viven hoy en Caramanta, Murrít Chontaduro, Juntas, Musinga, Uramá-grande, Uramita, Pital, Rioverde y Monos, la mayor parte de ellos hacia el noroeste del Estado y en los distritos de Urrao, Frontino y Cañasgordas.

Son estos naturales poco o nada inclinados al trabajo; viven de la caza, de la pesca y de reducidas sementeras de mató, caña y plátaño. Por ser cazadores y pescadores cuidan un poco sus bosques para tener siempre en ellos pájaros y otros animales.

Con el poco maíz que cosechan, ligeramente tostado y molido para imitar lo que en el Ecuador y el Perú llaman *maisca,* se mantienen en sus correrías, pues todos ellos son nómades, y cambian constantemente el sitio de sus habitaciones. Ese maíz reducido a un polvo impalpable lo disuelven en agua, y así convertido en una especie de caldo, lo toman con placer para restaurar sus fuerzas.

Con el mismo grano molido y fermentado, hacen el vino de su tierra, llamado como en otras partes *chicha*, y a sus repetidas y abusivas libaciones se entregan con muchísima frecuencia, hasta quedar completamente embriagados. Tienen también señalada afición a los licores introducidos de otras partes; mas no tanto como a la chicha, que es su delicia. Este hábito de la embriaguez parece haber tomado cuerpo entre ellos después de la Conquista, y lo pensamos así porque

siendo de origen catío, sabemos por la tradición que aquella gente no se daba a las borracheras.

Las habitaciones en que viven estos indios son pajizas y de techo cónico, lo que propiamente se ha llamado por los historiadores *bohío.* Para armar éste, lo levantan sobre fuertes estacas de madera, poniéndole un zarzo a uno y medio o dos metros de altura, entablado con troncos de palmas u otras maderas propias. Algunas de estas casas son escuetas, y por tanto penetradas por el viento en todas direcciones. A otras las resguardan con débiles canceles enramados o cubiertos con hojas de *bihao* o de palmera. Dividen algunas en dos piezas, una para oficios diarios y otra para dormitorio. El sitio de estas habitaciones es completamente transitorio, con especialidad cuando muere alguno de la familia, caso en el cual entierran el cadáver debajo del zarzo, y mudan de puesto, por tenerle gran miedo a la muerte.

Siempre eligen para alojarse lugar cercano a un río, tanto con el objeto de poder pescar en él, cuanto para verificar sus habituales abluciones, en las cuales son constantes y aun abusivos. Antes de amanecer se dan un baño, y en el curso del día, tantos cuantos pueden.

La dentadura de estos indios es permanente, y para preservarla la ennegrecen con el jugo de un bejuco o corteza que mascan con frecuencia. La cara, los brazos y las piernas van teñidos de un color amarillo oscuro, extraído de cierta planta que denominan *bijua,* sobre el cual ejecutan dibujos simétricos, con líneas de una tinta de color negro azulado producida por una fruta que denominan *jagua.* Esta fruta es pequeña y semejante al caimito morado, con la diferencia de que tiene la pulpa enteramente negra.

El único vestido que llevan los indios es una faja llamada *antea,* para cubrir con ella las partes naturales. Está hecha con la corteza de un árbol llamado *damahagua* o *mahagua.* Esta faja parte del vientre y va sujeta atrás con un cordón que siempre llevan ceñido a la cintura. Usan además un manto de lienzo a manera de capa. Algunos de ellos, cuando son ricos, traen sobre esta faja otra de chaquiras, que, a manera de faldellín, cae desde la cintura hasta la mitad de los muslos.

Las indias se visten con un faldellín o delantal también de lienzo y de la misma tela, y llevan un pequeño manto, más angosto que la capa del indio, en forma de chal.

Tanto los indios como las indias, se adornan el cuello con sartas de cuentas, ya en manojos tejidos en forma de collares, ya en hilos aislados. Gastan además un espejo pequeño, pedazos de corteza del árbol llamado bálsamo, vainillas preparadas, y ramos de albahaca, a la cual llaman *yerba del buen querer.*

Como del licor, gustan del tabaco; y en cuanto a su comercio común compran lienzo ordinario, liencillo fino, chaquiras, escopetas, anzuelos, perros y, en general, todo lo que puede servir para la caza y para la pesca.

Los trabajos domésticos están desigual y bárbaramente distribuidos entre los hombres y las mujeres. Sin hablar del parto, función forzosa, fácil y natural para ellas, están obligadas a preparar los alimentos, cosechar los frutos, cargar los niños y conducir los fardos en los viajes. Los varones talan el bosque para las siembras, riegan el maíz, llevan la cerbatana o la escopeta, pescan, cazan y duermen a la bartola el resto del tiempo.

Las indias son en general tímidas y taciturnas; pocas veces se dejan mirar de frente, hablan poco, y por lo regular estén colocadas a espaldas de los indios, circunstancias que parecen debidas a que los varones son extremadamente celosos y enemigos de que las hembras traten con los civilizados, sin que en esto les falte alguna razón. Los indios son al parecer de carácter débil y comunicativo, mas, estudiándolos un poco, es fácil descubrir en ellos cierto espíritu de desconfianza y malicia. Por lo general son muy ingratos, cosa que, unida a las ya dichas, puede ser explicada satisfactoriamente por el mal tratamiento que han recibido de sus huéspedes, por la tiranía que ha pesado sobre ellos y por los fatídicos recuerdos de las crueldades practicadas en tiempo de la conquista y después de terminada. Por estas mismas razones es sin duda por lo que aman la soledad de los bosques y por lo que temen la vida civilizada. Un indio de esos de que tratamos, en presencia de los hombres civilizados, libres o vestidos, como los llaman, revela siempre mucha inquietud; tiene el ojo listo y vagaroso, errante la mirada, y el ademán temeroso. Son por lo general vivaces, y algunos, aunque pocos, manifiestan ligera inteligencia para las letras.

El matrimonio tiene, como todo lo anterior, el tipo de mezcla entre las viejas y las nuevas costumbres que hemos asignado a las precedentes. Las hembras viven rigurosamente sometidas a la autoridad paterna, y aun se les prohibe tener amor hasta la época de su emancipación, ceremonia que celebran hoy con el nombre

de bautismo. Para practicarlo reúnen en una de las casas o tambos de la familia, a todos los indios de las comarcas vecinas. La casa, edificada como hemos dicho, se prepara de antemano para la fiesta, adornándola con hojas de palmera y flores silvestres. Un cuartico independiente del salón en que se halla la lumbre, se destina para guardar el sueño de la joven en las últimas horas de la fiesta.

Reunidos todos los convidados, vestidos y pintados tan lujosamente como les es posible, empieza la función. Los invitados forman una rueda a la cual sirve de centro la indiecita que quieren bautizar, y tomándose de las manos danzan y cantan en rededor de ella, la cual también danza y canta al compás de un tamboril. En este baile, y bebiendo sin cesar, permanecen hasta que la india está completamente embriagada, y es entonces cuando la llevan a dormir. Duerme hasta la aurora del siguiente día, para salir al campo en ejercicio de la libertad que por esto adquiere, y se une en ese instante al primer indiecito que le sale al paso.

Con los varones se hace una fiesta semejante aunque con naturales diferencias, consistentes en tirar maíz a lo alto para que salga buen sembrador, ejercitarse en el manejo de la cerbatana para que cace bien, etc. etc.

Sus pocos artefactos están reducidos a la fabricación de canastos, trastos de barro, y tejidos hechos con chaquiras. Las indias desempeñan todas estas faenas.

Esos pocos indios no practican hoy ningún culto religioso; tienen vaga idea de Dios y del Cielo, y llaman al primero *Calagaví* y al segundo *Paja.* Carecen de ídolos, creen en el diablo, a quien denominan *Antomiá,* y lo temen, no por el mal eterno, sino por el daño temporal que pueda causarles.

Respecto a Gobierno, no tienen sino uno rudimentario, propio de ellos en parte, y propio del establecido por los españoles y por la República por otro lado. Consiste este simulacro de Gobierno en la institución de un mandatario a quien llaman Gobernador y de algunos subalternos a quienes llaman capitanes o jueces. Ninguna regla formal que pueda parecerse a ley, impera entre ellos. La voluntad de sus jefes obra de una manera despótica. Las únicas penas correccionales que existen entre ellos, son multas o prisión transitoria, aplicadas sin juicio anterior.

BREVE NOTICIA

Sobre los restos del lenguaje hablado actualmente por algunas tribus de Antioquia y del Chocó.[46]

Español	Indígena
1	Abá
2	Omé
3	Ompea
4	Quimane
5	Juasomá
6	Juasomá-abá
7	Juasomá-omé
8	Juasomá-ompea
9	Juasomá-quimane
10	Omé-juasomá
11	Omé-juasomá-abá
12	Omé-juasomá-omé
13	Omé-juasomá-ompea
14	Omé-juasomá-quimane
1 5	Omé-juasomá-juasomá
	Y así hasta 100

46. Estas listas de palabras y frases utilizadas por los indígenas de Antioquia y Chocó en tiempos de Uribe Ángel y recogidas por él, se transcriben en este libro por su interés para el lector actual. No constituyen un glosario completo del habla indígena, ni indican los lugares exactos donde se empleaban. Lo que sí advierte don Manuel es que las lenguas indígenas de la región guardaban grandes similitudes entre ellas. Algunas de esas palabras pasaron a enriquecer nuestro lenguaje cotidiano

Español	Indígena
A	
Aire	Naún
Azul	Pampara
Anoche	Ensabuide
Ayer	Nueda
Anzuelo	Tuá
Algodón (lana de balso)	Pudá
Amargo	Chasía
Aguacate	Beo
Aguacatillo	Chamí
Ají	Piná
Armadillo	Ichurrú
Aberturas de las orejas	Yuruuiría
Aberturas de la nariz	Cunguiría
Alimento	Cocó
Agua	Pania ó bania
Arbol	Pacurú
Anana ó ananas	Pamukerá
Arracacha	Pacucarrá
Abeja	Quemí
Alboroto	Jará
Abuelo	Ancouechoroná
Abuela	Janá choroná
Abajo	Urú
Arriba	Itané;
Amaneció	Hevechía
Ardilla	Arquitá
Aviso	Bichicaima
B	
Bollo	Quirna
Bueno, sabroso	Piporara
Brazo	Juarru
Bonito, hermoso	Billaquirí
Bodoquera (cerbatana)	Ugú

Español	Indígena
Beber	Todallí
Banco (asiento)	Anjaú
Barriga	Bi
Barbas	Iracara
Bosque	Pambá
C	
Cola	Chitrú
Cielo	Inmuanta ó Bajá
Calabaza	Jictaú
Cordilleras	Ea
Camino	O
Casa	Te
Corteza	Ema
Comida	Caidá
Caña	Sunsú
Conejo	Curijuía ó Curigía
Culebra	Tamá
Caracol	Casidí
Colmena	Cunambecí
Cuñado	Bayadé
Cuñada	Bayadé uena
Calor	Tia ó Janataguasí
Cabeza	Boro
Cabello	Buda ó Bura
Cejas	Taubirú ó Taucorá
Cara	Jiraní
Cuanto	Sam
Cuando	Sambaque
Como	Cai
Comer	Collí
Caminar	Uandullí
Cazar	Pedallí
Conocer	Unuadullí
Canoa	Jampua

Español	Indígena
Candela	Tibullá
Cobija	Gua
Caucho	Ibudú
Cacao	Cacagua
Columna vertebral	Esburi
Caratejo	Cardosa
Calabazo	Guiataú
Chucha ó Raposa	Busay ó Bosaín
Chontaduro	Tengá
Charco	Tomá
Chicha	Ituá
Chico	Chaqué
D	
Dedos de la mano	Juachaqué
Dedos de los pies	Jinichaqué
De donde	Samarama
Dormir	Caisidallí
Destilar	Todé mambullí
Dulce	Ampadudo ó Cortelloso
Doradilla	(Chí) su ken
Damahagua (vestido)	Lúa
Duro	Chichamé
Dientes	Quidá
Diostedé (ave)	Quingualá
Decir	Jaraballí
E	
Estrella	Cacaña
Espalda	Acarra ú ometo
El oro	Ne ó Ni
Escopeta	Paguá
El, la, lo	Che (es artículo y pronombre posesivo)
Este	Ca ó nan
En donde	Sama

Español	Indígena
Estoraque	Vidu-kerá
Escuchar	Tenteguatallí
Esposa	Jima
F	
Flor	Nefono
Fruta	Fa
Fea (malo)	Cachiruma
Feo	Cachiruma
Frente	Taucurú ó Tajurú
Fogón	Etabarré
Frío	Cunesá
G	
Guacamayo	Pagorá
Grande	Churumá
Granizo	Juetá
Gallina	Eteré ó Jeremá
Gallo	Etermuquina ó Jerré
Gallinazo	Ancosó ó Ancusú
Grasa	Chi tra
Guagua	Peroná ó Beroná
Gallineta	Chocorró
Garganta o cuello	Usurrú
H	
Hablar	Berrichí
Hombre	Muquirá
Hijo	Can
Hija	Uenacán
Hermano	Ambá
Hermana	Ambá uena
Hermoso	Pia quidó
Hambre	Jarbichí
Hacha	Chagorá
Huevo	Etermí ó Heterremú
Harina	Poó

Español	Indígena
Harina (tostada)	Moniá
Hueso	Bere
Hoja	Quituá
Humo	Nani
Hormiga	Jaburrá
I	
Idioma	Jarasiá
Ir	Undallí
L	
Lazo	Too
Labio	Ji
Lengua	Quiramé ó Jeramé
Leche	Juda
Leña	Culbú (apenas suena la l)
León	Ibamá furrú
Loro	Caré
M	
Mujer	Uena ó Bera
Marido	Jayú
Madre	Taná
Muchacho	Uuarrá
Muchacha	Vacorosa
Muelas	Quidá carrá
Mano	Jua
Mío	Mere
Malo	Cachirí
Mediano	Quiruma ó Manguiribú
Mucho	Aluaro
Mayor	Nambema
Menor	Cadebú
Morir	Piullí
Mentira	Zetama
Machete	Neco
Muerte	Piusié

Español	Indígena
Mañana	Nandé
Mar	Puschá
Maíz	Pe
Maduro	Cucha
Murrapo	Unjatú
Murciélago	Tesinú
Mono	Chifurrú
Marimonda	Hierré
Marrano	China
Mariposa	Quimbarré
Malo, maluco	Cachiruma
Marcha, nos vamos	Juanday
Monte	Bajurrú
N	
Negro	Nior ó Cumbasá
Nutria	Bebaramá
Nariz	Cung
Nada	Bari
Nadar	Juidallí
Navegar	Jompuallí
O	
Ombligo	Bi ó Cumiá
Ojo	Dau ó Tau
Oro	Siballí
Orejas	Turú
Oso	Ui
Oso hormiguero	Anto rabi
P	
Por aquí	Namacá
Perro	Usá
Perico ligero	Ayurá
Pollo	Terchiqui
Pava	Suayá
Paují	Buibuiré

Español	Indígena
Pisco	Sumibi
Pato	Patú
Pollo	Eterchaqué
Puerco, desaseado	Conoa
Padre del cielo	Umuantatatay
Perro de monte	Munïmuni ó Cusacusá
Padre	Anconé
Pobre	Chúburi
Puerco	Canoa
Pescuezo	Osoró
Pies	Zïni
Porque	Sain
Pequeño	Chaqué
Por allá	Namaná
Pescar	Toadallí
Parir	Uuartollí
País	Truadé
Pueblo	Sietó
Piel	He
Piedra	Mo
Puente	Libaná
Pájaro	Ipanachaque
Peñón	Mojarra
Plátano	Fata
Petaquilla	Petachaqué
Plátano guineo	Ampurrumia
Pringamos a	Uueca
Palmicho	Ayaitá
Palo (bastón)	Tuma
Perdiz	Surchaqué
Perico	Muchitá
Pampanilla	Antea
Q	
Quien	Cai ó Caibá

Español	Indígena
Quemar	Pebatallí
Quebradas	Tochaqué
R	
Rabo ó cola	Tru
Río	To ó Do
Raíz	Pacucarrá
Rojo	Turrú
S	
Sabroso	Pipoarara
Sudor	Juaturá
Sangre	Ua ú Oa
Sacerdote	Parri
Serpiente verrugosa	Birrí
Serpiente rabo de chucha	Ibato
Sucio	Mienta
Sed	Obisí
Suyo	Bidibidí
Secar	Poallí
Sardina	Amparruchaque
Sal	Tang
Saliva	Idota
Zahino	Pidué
Sapo	Basú ó Basó
T	
Tumbar monte	Bajurutuyá
Tierra	Iurú ó Ioro
Totuma	Sau
Tuerto	Tauberre
Tú	Bichí
Tuyo	Bichiá
Tocar (música)	Chastridallí
Tórtola	Chocó
Trueno	Pa
Tambor	Tonó

Español	Indígena
Traje	Peté
Tallos	Caidá
Troje	Peté
Tigre	Ibamá
Tatabro	Pidué
Tortuga	Sipi
Tagua	Antá
U	
Uña	Tisí
V	
Venado	Biguí
Venga acá	Acatrúa
Vello (pelo)	Mecará
Veneno	Niará ó Neará
Viejo	Choroná
Vieja	Choroná uena
Vientre	Bi
Viajar	Truadallí
Vender	Nentollí
Virotes	Ugida
Veneno de rana	Basuneorá
Vejiga	Siba
Vainilla	Suya kerá
Y	
Yo	Mü
Z	
Zarza	Itaré

FRASES

Español	Indígena
¿Habla U. la lengua india?	¿Emberá bedé berrieda?
No la sé	Atán ma
Sí hablo la lengua india	Emberá bedé berriema
¿Cómo se llama Ud?	¿Tai vichi trin?
Yo no tengo nombre	Mi i trin aimá
Me llamo Saigama	Mü trin Saigama
¿A dónde va Ud.?	¿Sama uanda?
Voy al Chamí	Chamí de uainja
¿Cuándo vuelve?	¿Sa caide uche ma?
Vuelvo mañana	Nande uche ma
Vete á casa de Azama y dile que venga aquí	Mamá tuida jaraballa urubia muiné embora urubia Azama
¿En dónde mató ó cogió al oso?	¿Ui caiba pesma?
Lo mató en el río	Toi du peese (Río en cogí)
¿Quién mató al oso?	¿Uí caiba peesmo? (¿Oso quién mató?)
Panchí mató uno	Panchí aba pesma (Panchí uno mató)
¿Es éste su muchacho?	¿Pichi narra ca? (Su muchacho este)
Yo no tengo muchacho	Müa uarra udima (Yo muchacho no tengo)
Tráeme una bodoquera	Ugu aba tes (Bodoquera una trae)
Mañana se la traeré	Mü mande enéllama (Yo mañana traeré)— (El infinitivo és en ellí)
Traiga el cuero de oso para comprárselo	Ui he ta enciama mua nentollí (Oso piel tráeme á mí comprar)
Yo lo estoy secando, cuando esté se lo traeré	Müa poa bida ullí poa veese etollí (Yo secando ahí, cuando seco esté traer)
¿Es grande el cuero del oso?	¿Ui he chi churumá? (Oso piel es grande)
Es un poco grande	Taibe quirumá (Cuál es hermoso)

Español	Indígena
¿Tenía mucha grasa?	¿Chitrá atuara voasina? (Manteca mucha contenía)
¿A dónde vais á llevar ese fardo?	¿Bichi saima ato burrimó carra? (¿Ud dónde lleva cargado fardo?)
¿Cómo llaman el pájaro que está cantando?	¿Cane ihanachaque birumambude? (¿Cómo pajarito está cantando?)
Perdiz	Surchaque vidá
Es ya tarde	Quinsí
¿Como le vá ó como está Ud?	¿Burarijá?
Me voy	Uandaya
¿De dónde viene?	¿Jarmamimá?
Me marcho	Barriamán
¿Quién es?	¿Bichicaima?
¿Es casado Ud?	¿Quimadausca?
Sí, soy casado	Quima
Estoy enojado	Tuimamiani
Estoy contento	Uichirí
Barbechar ó rozar para maíz	Featuriba
Casa de habitación	De
El sol	Umantá
Ser que consideran los indígenas como director del sol y como director de ellos	Umantautay
El rostro	Quimandarra
Harina de maíz	Fu
Rana de la que extraen veneno	Coecúe
Serpiente equis	Damá
El mediodía	Unatipanumúa
Río crecido	Doibuenumbúa
Río seco	Doenibúa
Mujer bonita y blanca	Vera piebúa jorrona
No quiero	Qui cachirumá

Español	Indígena
A	
Agua	Bamira ó Pania
Agua buena	Bania fiade
Agua mala	Banía nihi
Azul	Paarabí
Adiós	Muiraba
Armadillo	Tao
Águila	Nejumbi
Avispa	Nintir
Abeja	Ceraderr
Abejorro	Ambuima
Arador	Arador
Arriba	Aramiada
Abajo	Basiade
Adelante	Umiade
Atrás	Basimiade
Anzuelo	Tuuguiá
Arracacha	Muindú
Árbol	Enmá ó Pacurá
Amigo	Chimerá
Alto	Antaidé
Alma	Jause
Arepa	Becá
B	
Bálsamo	Bidoquera
Blanco	Torbulá ó Torbuná
Bonito	Biadiruade
Bajo	Suquiruade
Balsa	Arrá
Bejuco	Ungeará
Bodoquera (cerbatana)	Ugú
Virote	Tquida
Boca	Yi

Español	Indígena
Brazo	Jua
Barriga	Jenú
Bueno	Piade
Bajada	Edabaé
C	
Camino	Coó
Canoa	Jambá
Casa	Deé ó Teé
Cuidado	Caubaruá
Camera (guagua)	Peragana
Culebra	Damá
Conejo	Curebá
Cucarrón	Tambucá
Chinche	Chinche
Caranga	Caranga
Cucaracha	Queembené
Canasto	Tambará
Cielo	Pajá
Calabazo	Pegales
Garniel	Chagara
Chico	Chichaquí
Cabuya	Cabuya
Chicha	Ituá
Caña de azúcar	Chagó
Cañaveral	Chia
Chocolate	Chocolate
Colmena	Chacurú ó Urrá
Cuerpo	Capuí
Cabeza	Bourú
Cutis	Cará
Colmillos	Chidacuididá
Caucho	Husoporo
Cumbamba (barba)	Chidatú

Español	Indígena
D	
Diablo	Antomiá
Dios	Untré, Calgari ó Calgavi
Dulce	Dulce
Dientes	Chidá
Dedos	Juajerundi
Día	Evari
E	
Estrellas (constelaciones)	Chidáu
Enfermedad	Callaviade
Estrella	Chindago
Escopeta	Punga
Espalda	Ecarrá
F	
Feo	Cachiruaverbué
Flecha	Enentiera
Frísol	Nuangasú
Frente	Tatruí
Fuego	Jemedillí
Flores	Nefondó
Frutas	Netá
G	
Gallinazo	Ancoró
Gallo	Heterré
Gallina	Tequerré
Grande	Chidrumá
Gracias	Piade
Gavilán	Nejembú
Gurri (especie de pavo)	Suaya
Golondrina	Barduaidá
Gusano	Calagamia
Grande	Chichurrumá
Guacharaca	Guacharaca

Español	Indígena
H	
Helecho	Purapurá
Hamaca	Juaabá
Hormiga	Pischumá
Hombre	Chumaquirá
Hambre	Garrapichú
Hoja	Chiduá
Hombros	Puuá
Hermano	Humempea
Hermana	Naabecau
Hijo	Muibarra
Hija	Muicao
I	
Indio	Iberá
J	
Joven	Chichaqué
Jaguar	Ibamá
L	
Lora	Caaré
León	Ibamá purr
Lagarto	Bisoiscamia
Lechuza	Pusadomia
Lobo	Uecaarú
Lazo	Unjeará
Luna	Jedeco
Loro común	Neé
Loro real	Caré
Lengua	Chirame
M	
Mujer	Chiuguera ó Chiguera
Madre	Papá
Maíz	Pee-petaqué
Muerte	Pensiade

Español	Indígena
Medicina	Jaibaná
Médico	Jaibaná
Malo	Cachiruade
Marrano	China
Marrana	China uena
Mula	Mula
Mosca	Chindago
Murciélago	Curengú
Mariposa	Adichichi
Machete	Neco
Murrapo	Tangá
Mejillas	Chirandar
Muelas	Chidamogará
Molledos	Uapotó
Manos	Juará
Muslos	Bajará
Mico	Jerú
Mono	Irirá
N	
Nigua	Biruchichaqui
Nutria	Bebaramá
Negro	Cumbasá
Nariz	Queembué
Noche	Deamas
Nieblas	Jarará
Nuevo	Chividi
O	
Oso	Hui
Oro	Neé
Ojos	Tabué
Olla	Cugarú
P	
Padre	Cesé

Español	Indígena
Perro	Usá
Perro chico	Usataquí
Polla	Eteré surumá
Pollo	Etersaquí
Pescado	Vetá ó Tacubá
Perico	Cunitarra
Perico-ligero	Gebará
Pichanche (pájaro)	Ibamansaquí
Pava real	Usiaara
Piojo	Tuey
Pulga	Birú
Perro de monte	Cusacusa
Pava chillona	Tuscifí
Petaca	Petradruma
Plátano maduro	Patacorá
Plátano	Patá
Papa	Muindú (como la arracacha)
Paja	Chiduá
Pelo	Pudá
Pecho	Trua
Pauji	Charró
Piedra	Mugará
Plata	Ne (como el oro)
Palma	Arrá
Pequeño	Naimia quirú
Puente	Andá
Piernas	Genujiba
Q	
Quebrada	Tonsaquí
R	
Ratón	Cadó
Río	Doó
S	
Sabaleta	Toa

Español	Indígena
Sol	Himantago ó Humandago
Serpiente	Tamá
Sueño	Tapuca
Sombra	Curasá
Sepulcro	Jonyadé
Subida	Eya churumá
Sal	Saá ó Taá
T	
Tatabro	Bidoré
Toro	Pacá chumaquirá
Ternero	Pajeataqui
Tigre	Ibamá
Tórtola	Pusira
Turpial	Chiacoro
Totuma	Sambué
Tabaco	Adé
V	
Venado	Vegüí
Vaca	Pacá
Vainilla	Inguequerá
Veneno	Neará
Viejo	Chicorá
Viento	Nanguna
Y	
Yuca	Yuca

NUMERALES

Los numerales varían también mucho según las tribus, y eso conforme á la pronunciación y la manera de escribirlos; pero conservan siempre un grado notable de semejanza. Así, por ejemplo, en las últimas tribus de cuyo lenguaje venimos tratando, se dice así:

1	Abá
2	Umé
3	Umpea
4	Quimare
5	Huechumá
6	Juaquiranamá
7	Juaquiranamá umé
8	Juaquiranamá umpea
9	Juaquiranamá quimare
10	Juaquiranamá juechuma

Y se dice también entre los mismos indios:

1	Ará
2	Umé
3	Umpea
4	Chimane
5	Jeochomá
6	Joaquinaramá
7	Joaquinaramá ará
8	Joaquinaramá umé

Combinando el número 6 con los anteriores, cuenta hasta el que más.

FRASES

Está lloviendo	Cuetahabué
Está bonito	Viechibuen
Quebrar algo	Arita buyama
Buenos días	Viachiruca
Para servir á U.	Viachimade
¿Me quieres?	¿Promumiquiara?
Mano derecha	Muansaqui ó Juguará
Mano izquierda	Duansaqui ó Juguiaquiá
¿El río es cerca?	¿Doó caitá?
Muy lejos	Guabará
Quiero beber agua	Banía pollá ó visía
Tengo sed	Ovisiavicade
Tengo hambre	Jarravichaviade
Quiero tratar con U.	Gua entonie
Me gusta mucho	Muy quiralla
La madre ama á su hijo	Muy papá mi biachaque
El hijo es amado por su madre	Muy papá quiraña quisiade
Voy á dormir	Muy caiballade
Su mujer sanó de la enfermedad	Puiquina vesicalla callabade
Mi amigo murió	Michimera peu pachi
Llueve mucho	Cué surumá
Va á llover mucho	Cue piullí
Comí ayer	Uubeda casiadé
Se fué	Namabá manciadé
Venga pronto	Utu puadé, me
Hay agua	Pania biguiadé
No hay	Nihadé
No sé	Tatuadé
Hace mucho calor	Tía so bi
El agua es muy fría	Panía chicurasa

CATÁLOGO

Del lenguaje que hablaban los indios del Chocó en la provincia de Quibdó ó Citará.

Se pone á continuación este corto vocabulario para que, comparado con los dos anteriores, se vea que es una misma su estructura; una misma su raíz.

Español	**Indígena**
A	
Abuelo	Tatá
Abuela	Chaoné
B	
Boca	Quimanta
Barba	Quidatrú
Brazos	Hua
Barriga	Bi
Bagre	Oihos
Bejuco flexible como barba de ballena	Matamba
Bueno	Biborá
Bueno está	Bisbaribasí
Blanco	Capú mia
Bravo	Guaichaqué
C	
Cabeza	Nojó
Cabellos	Pudá
Costados	Oro
Orejas	Tacuara
Corva	Corocona
Calcañal	Jerrupiabidá
Costillas	Buburí
Color rojo (bijua)	Canchí
Cuñada	Nuera
Canoa grande	Mambá

Canoa chica	Saqué
¿Cómo está?	¿Casá?
¿Cómo se llama U?	¿Pichitió caibé?
Vamos á comer	Chicojo uchí
Casa	Te
Cazar	Bidé
D	
Dientes	Quidá
Dedos	Ituapichí
Dedos de los pies	Enzaqué
Dios	Chaog-né
Diablo	Tumiá
¿Dónde vas?	¿Samaba?
Déme un besito	Queramé sonda
E	
El cuerpo	Cacuá
Espalda	Viguiá
Espinazo	Ejara
Especie de collar	Curuzú
Estoy encinta	Guarrá
Está parejo	Sevaitá
Embustero	Tauchigá
Estoy malo	Cachiruma
Es buena moza	Pijiri
Está grande	Mechoroma
El mono	Perré
Especie de gato	Bichichí
F	
Frente	Tetrú
Frisoles de árbol	Chochos
G	
Garganta	Ositadó
Gritón, gritona	Ingaougaví

Grande	Zenán
Gallina	Tequerré
Gobernador	Ornandó
H	
Hombros	Etzuu
Hombre grande	Orzenam
Hombre, ven acá	Meme, uchi bidá
Harina	Po
Hacha	Zazara
Hombre amigo	Memé
Hijo	Pichichí
L	
Luna	Jedeco
Lanza	Peapuí
León	Anchobe
Lengua	Quirame
M	
Mejillas	Quinanta
Manos	Ituachaque
Marido ó mujer	Quima
¿Me quiere?	¿Usmé quiriñá?
Mi padre	Ajoré
Madre	Tana
Mujer	Juen chaqué
Mate (totuma)	Saú
Muchacho	Orchaqué
Máquina para subir á los árboles altos y pasar los ríos	Tarabita
Muy pobre	Chupurí
Maíz	Pe
N	
Nariz	Quembú
Niño pequeño	Chichaqué

No sé	Ba tu ama
O	
Ojos	Tapuí
Orejas	Cuburú
Oro	Ne
P	
Pechos	Toá
Pantorrilla	Xeponto
Pierna	Xenububurá
Pie	Genuhuá
Plata	Plata
Paruma de oro	Neguá
Puerco	China
Paují (especie de pavo real)	Lamó
Pava silvestre	Tusí
Palabra injuriosa	Mecobé
Palabra más injuriosa	Mepuriniguí
Pequeño	Tor
Pescado	Beté
Plátano	Parta
Plátano maduro	Parta cuara
Perro	Usa
Padre	Tané
Padrastro	Asusú
Pescar	Tusuyú
Q	
Quiero	Quiriñama
¿Qué es eso?	¿Janiga?
Quita de ahí	Guase si
Querido	Quiriñama
R	
Rodillas	Chinambú
Rico	Camboi duonma

Río de nutrias	Bebaramá
Río de maíz	Bebará
Río de plátano	Partadó
Río de palos	Pacurcundó
Río	Dó
Río de anta (especie de palma)	Antadó
Río de guadua	Chigorodó
Rionegro	Paimadó
Río barbudo (pescado)	Baudó
Río de sal	Tadó
Riogrande	Dochoroma
S	
Sobacos	Metroso
Sol	Pisica
Sapo	Pocorró
Si	A
Si no	Gasi
Saino ó Zahino	Pidó
T	
Tengo mucho calor	Japerú janiguí
Tengo mucho frío	Júa pitú tai du
Tostado	Guaña
Truenos	Pua
Trae candela	Jiburgacanduchí
Tigre	Pimaná
U	
Uñas	Pichiví
Una cosa mala	Cachiruma
V	
Viene aguacero	Cué burema
Vámonos	Guanda cuan dá
Válgame Dios	Caí caté
Viejo, vieja	Chona, chontra

OBSERVACIONES

Sobre las muestras de palabras indígenas que anteceden

No es posible representar con exactitud por medio de los caracteres de nuestro idioma, la pronunciación verdadera que usan los naturales. Ellos hacen de dos ó más consonantes una sola sílaba, en la cual la vocal embebida toma un sonido explosivo 6 soplado. En esto se parecen un poco las lenguas americanas á algunas asiáticas.

K, l, b se pronuncian de manera que la *k* y la *l* suenan apoyando la lengua contra el paladar, mientras que la *b* final deja percibir al fin una *e* explosiva.

P, *b*, *t, d, h,* y á veces la *m*, se confunden con frecuencia al tiempo de hablar: *panía*, *agua*; *bania, agua*.

Según el Dr. José Vicente Uribe, las conjugaciones de los verbos se hacen entre los indios por medio de afijos y prefijos; pero por las voces apuntadas se caerá en la cuenta de que en el idioma que ellos hablan, el infinitivo, terminado en *illi*, si no único modo del verbo, sí es el más usado, y de aquí procede que, de ellos, los que aprenden el español, jamás dicen: *No sé compadre,* sino, *No saber* compadre.

Como se verá por la comparación, los indígenas del Chocó tenían el mismo idioma que los chamíes, caramantas, frontinos, cañasgordas etc., etc. Las variaciones que se notan hoy en las palabras, y acaso en los giros gramaticales, prueban que en esta parte de América había numerosos dialectos; pero tan semejantes entre sí que el proporcionarse intérpretes era cosa fácil para los conquistadores.

El origen de esta lengua es completamente ignorado; pero si, como se cree, es cierto que la población era de descendencia caribe, caribe debió de ser el idioma.

No faltan voces de origen quichua, lo que demuestra que alguna influencia debió tener la conquista que los Incas hacían de sur á norte, al tiempo del descubrimiento del Continente: guasca. *guaca, quingo, chácara, tola* etc., más ó menos desfiguradas, son de aquella procedencia.

Lo que nosotros hacemos para contar por medio de las diez primeras unidades, lo hacen ellos unas veces con cinco y otras con seis: con cinco, los que cuentan altos guarismos, y con seis, los que más atrasados no cuentan sino hasta doce. El mecanismo de esto so comprenderá fácilmente, echando una mirada sobre los nombres numerales puestos en el catálogo.

Casi todas las vocales al fin de palabra llevan acento.

Hay muchos nombres compuestos, y se ve que la composición es sencilla y clara; pocas voces tienen significación metafísica; la mayor riqueza se debo á sustantivos de cosas; las ideas morales carecen de signos representativos, ó los tienen apenas rudimentarios; las interjecciones y el lenguaje de acción entran por mucho en la expresión del pensamiento, con especialidad en los casos en que las personas que lo hablan, lo hacen bajo el estímulo de una pasión: señal manifiesta de que su lenguaje está en armonía con el atraso de su civilización.

La parte del vocabulario que se refiere al dialecto que hablan los indios de Rioverde, Mutatá, Dabeiba, Frontino y Cañasgordas, que debemos á la generosidad del inteligente joven Tomás M. Peláez, contiene muchos vocablos alterados por el influjo de la lengua castellana.

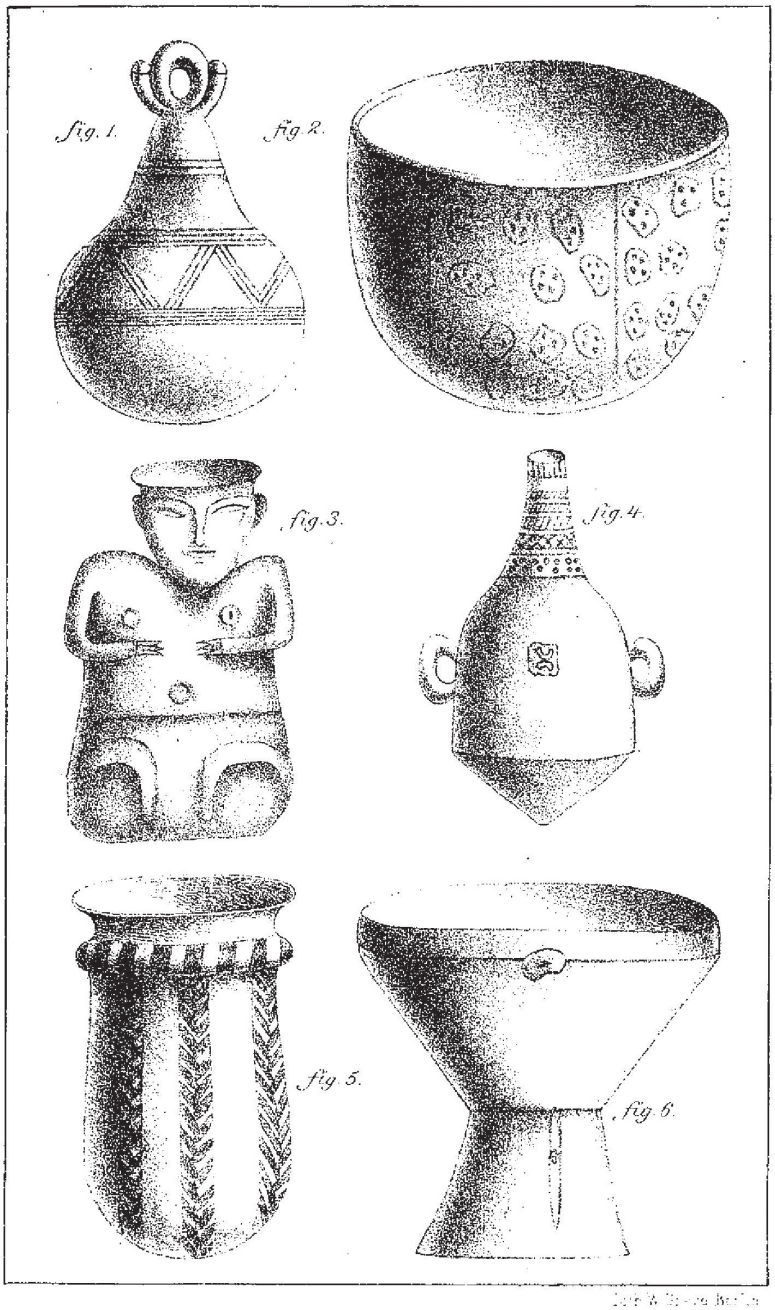
Se parece este dialecto al francés en los sonidos nasales, y en la suavidad con que se pronuncia la *ch*, mientras que por lo aspirado de la *h* tiene cierta analogía fonética con los idiomas del Norte.

La *c*, en las palabras en que debiera sonar con fuerza, tiene pronunciación gutural; de manera que parece oírse la *g* distinta y clara, como en *angcoro, ungcará* no distinguiéndose cuál de las dos suena de preferencia.

En la palabra *pacá*, la *p* parece confundida con la *f,* pues suena como *fpacá*, aunque en ocasiones parezca que este último sonido sea producido por la fuerza con que pronuncian la *v*.

La *s* en medio de dicción es tan prolongada que parece más bien un silbido.

La *h* es tan aspirada que suena como *j*; v. g.: *hedeco, teherremo,* que algunos pronuncian jedeco y tejerremo.



CERÁMICA.

Láminas de arte precolombino y su explicación [47]

CERÁMICA

Lámina primera

1. — Ánfora con dibujos lineales en el cuerpo y cuello, boca provista de dos tubos adheridos al asa.

2. — Taza de tierra cocida con dibujos caprichosos al exterior. Fondo rojo, dibujos blancos punteados de negro.

3. — Ánfora del mismo material. Representa una persona sentada, y está adornada con colores distintos, pero poco notables.

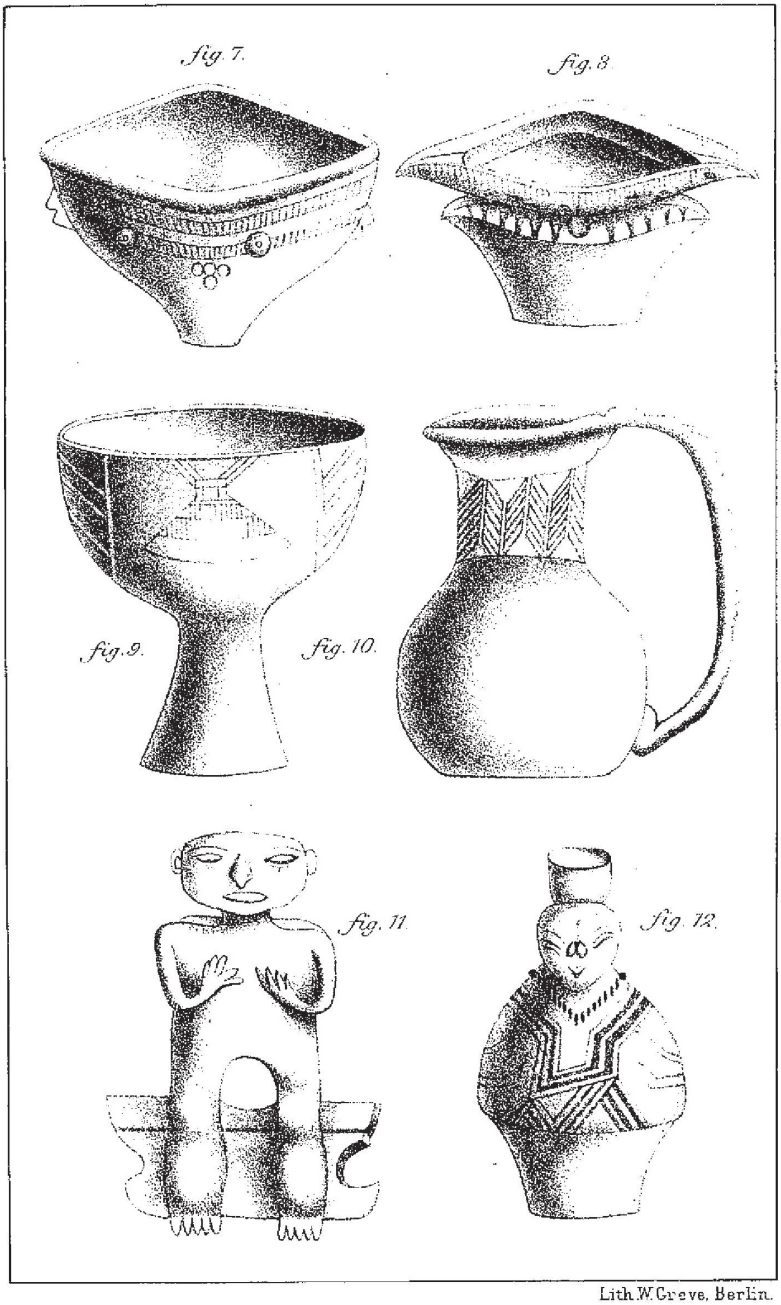
4. — Botella de forma regular. La base es cónica, dibujos lineales en el cuello, dos asas á los costados, y, en el intermedio de éstas, dos botones como adorno.

5. — Gran vasija de color negro de sepia, con líneas bastante regulares en el cuerpo, divisiones entre las partes lisas y dibujadas. Hay objetos de éstos que ofrecen partes lisas entrantes y salientes en forma de melón.

6. — Copa de tierra cocida, de forma elegante, destituida de adornos. En la parte inferior, á los lados opuestos, tiene una ranura angosta, hecha sin duda para dar mejor sonido á las bolitas de tierra compactada que se hallan en el interior. De estas piezas hay muchas variedades, tanto en la forma, como en los ornamentos.

47. El presente texto se tomó de la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, pag. 769.

Lámina II.



CERÁMICA

Lámina II

7. — Taza de color negro y de adornos lineales de dos órdenes, el uno bajo el borde superior y el otro paralelo é inferior á él. Lleva en los costados orejas agujereadas como para pasarle una cuerda y colgarla.

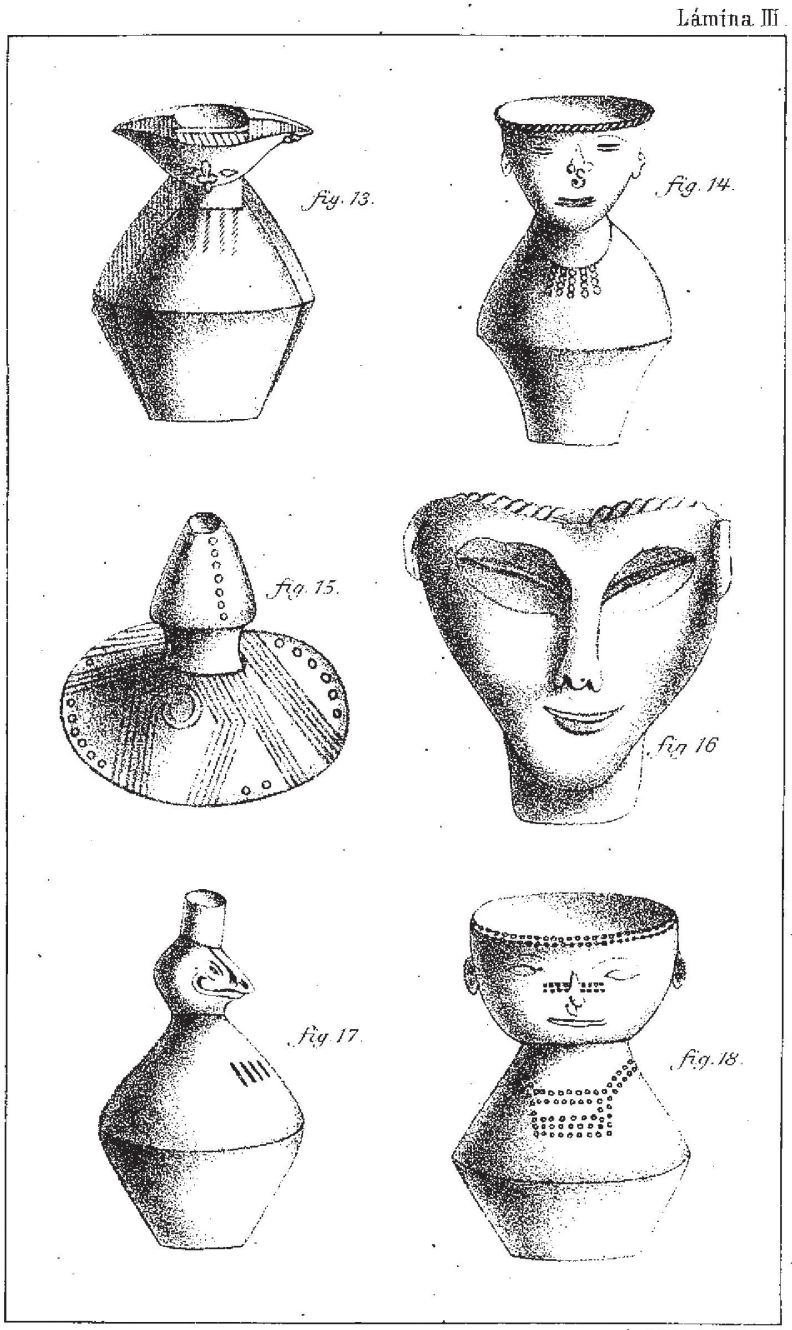
8. — Imita un barquichuelo con adornos de relieve en la parte inferior del borde superior, y otros simplemente lineales en éste. Al frente y por detrás tiene dos adornos á manera de florones con sus agujeros, para el mismo destino que los de la anterior.

9. — Copa de forma elegante, de color rojo con dibujos blancos y perfiles negros.

10. — Jarra de color rojo. Los que parecen dibujos lineales en el cuello, están formados por altos relieves, y los espacios blancos intermedios están vacíos en el interior. Junto á la boca, enfrente de la unión del asa con el cuello, hay una abertura para beber líquidos absorbiéndolos, y esto, porque en la parte inferior, el asa, que es tubular, comunica con el fondo de la vasija. Juguete hidráulico.

11. — Ídolo de color ceniciento y de forma apropiada para representar uno de los dioses lares ó penates.

12. — Ánfora que representa una india lujosamente vestida. El traje está representado por diversas líneas. Parece indudable que quisieron imitar una tela de algodón con fajas teñidas. El color es blanquecino y el tipo chinesco.



CERÁMICA.

Lámina III

13. — Cántaro de calidad muy fina. El cuerpo principal es compuesto por dos pirámides truncadas unidas por su base; la parte superior ó abertura está cargada de adornos; los ojos y narices, así como la boca, en su colocación natural; y en la parte superior donde parece que fueran las orejas, tiene dos agujeros para colgarlo.

14. — Cántaro. La parte superior imita el busto de una persona; en las orejas los huecos de estilo. Lleva los atavíos ó adornos generalmente usados por las mujeres de algunas tribus.

15. — Huso ó rueca para hilar el algodón. Los hay prolijamente labrados y con bellos adornos, de tierra unos y de piedra otros. Está horadado por el centro para introducir un ligero cilindro de madera ó imprimirle la indispensable rotación.

16. — Busto de tierra cocida. Representación de alguna Divinidad. Hizo parte de una pieza de mayor tamaño.

17. — Cántaro de color negro, bastante bien fabricado y de formas regulares. Se quiso imitar la rana.

18. — Cántaro que tiene las mismas particularidades que el de la figura 14. En esta clase hay muchas variedades.

Lámina IV.

fig. 19.

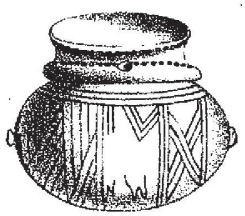


fig. 20.

fig. 21.

fig. 22.

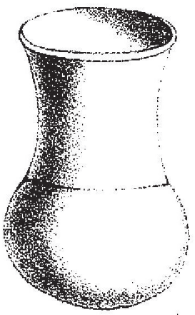


fig. 23.

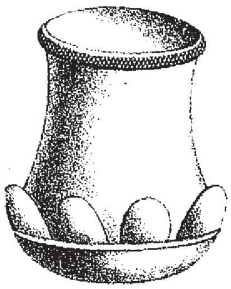


fig. 24.

Lith. W. Greve, Berlin

CERÁMICA.

Lámina IV

19. — Pieza en forma de tinaja muy fina, de color anaranjado. Tiene en el cuello una parte ovalada en forma de lista que la rodea. Esta y la abertura superior están provistas de puntos estampados. En la parte inferior al cuello hay líneas paralelas que forman tres series de dibujos, y á los costados dos botones que remedan la figura de la rana.

20. — Taza muy elegante y fina. La parte entre la abertura superior y el cuerpo es ovalada hacia adentro, y adornada con puntos y líneas de bajo relieve.

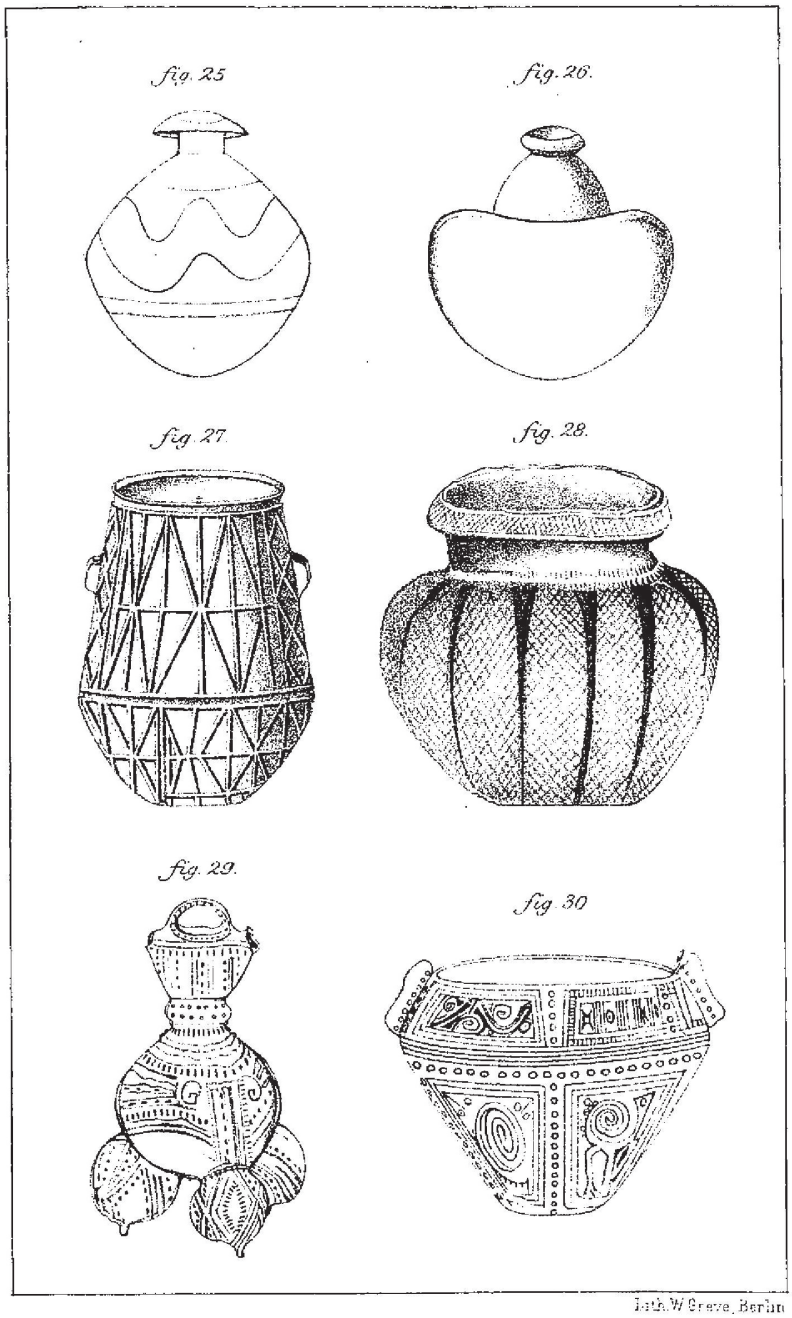
21. — Vasija por el estilo de la anterior, de gusto artístico esmerado; presenta dibujos y bajos relieves coloreados.

22. — Ánfora de forma muy elegante, de color negro y barniz pulimentado y reluciente sin adornos.

23. — Pieza por el estilo de la anterior, de loza más fina y mejor pulimentada; negra, y tiene en la base una serie de apéndices iguales alrededor, que parecen hechos para imitar frutas. Estos apéndices son huecos en el interior.

24. — Bellísimo cántaro, hecho, según parece, á torno. Hacia la parte superior está dividido en mamelones iguales de forma. Está muy bien pulimentado, es de loza fina, de color gris uniforme, y pesa muy poco. En esta clase hay muchas variedades que difieren en la forma, tamaño y colorido. Algunos tienen bajos relieves.

Lámina V.



CERÁMICA

Lámina V

25. — Ánfora trabajada con gusto artístico, é indudablemente á torno. El color de esta vasija es rojo, las líneas delgadas, negras, y tiene una banda ancha de color amarillo. Excelente pieza.

26. — Es semejante á la anterior, con el cuerpo de color amarillo y el cuello rojo.

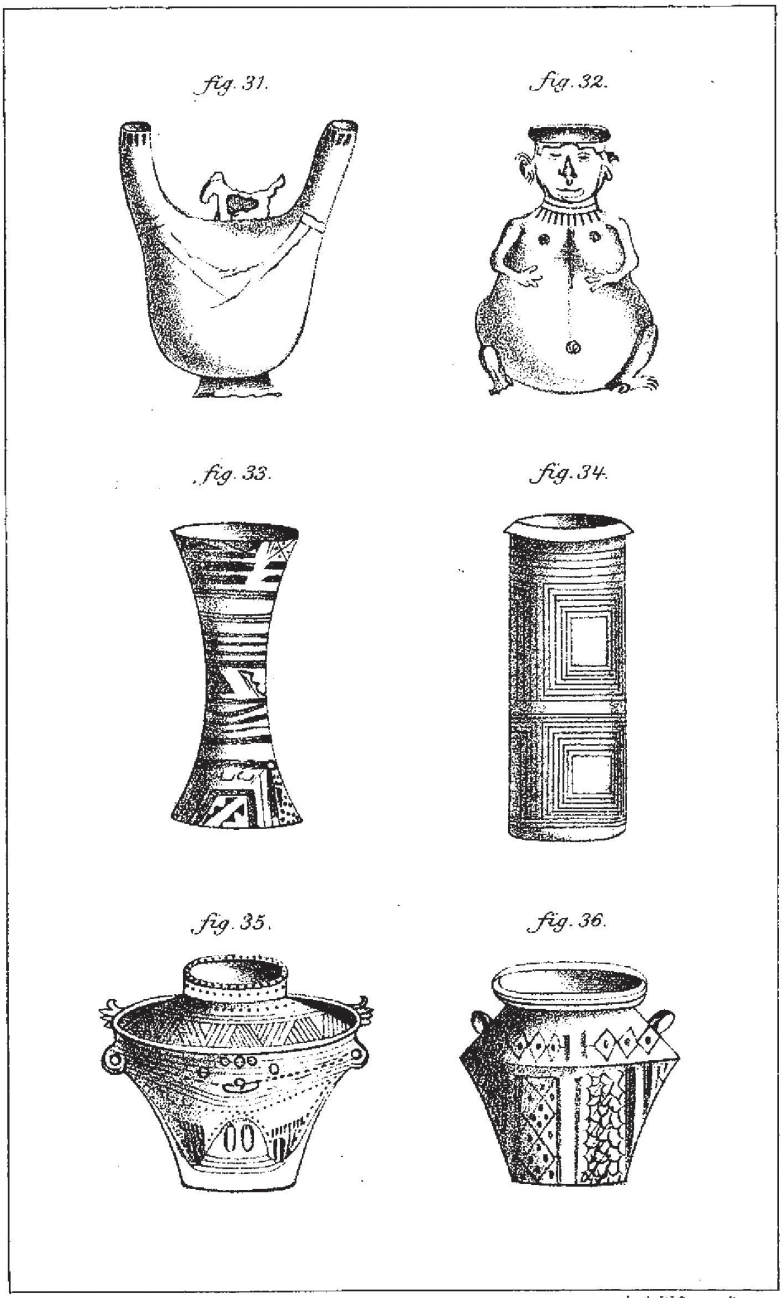
27. — Vaso de forma muy regular, con dos asas á los costados. Todas las líneas que ofrece, son de relieve y de color rojo. Las líneas imitan un enrejado, como si la vasija estuviera rodeada por una canastilla de mimbre.

28. — Especie de tinaja en forma de melón. Presenta las partes salientes cruzadas por líneas metódicamente trazadas, de la misma manera que el borde de la boca ó abertura superior.

29. — Ánfora ó botellón con figuras caprichosas. Está sostenida por un trípode que imita en cada una de sus partes terminales los pechos de la mujer. La abertura superior ó boca remata en dos huecos adheridos al asa por la parte inferior, á causa de haberse roto los tubos prolongados que la formaban. Las partes salientes representan bajos relieves.

30. — Vistosa vasija de forma angular, de color negro en el fondo y con dibujos blancos caprichosamente ejecutados.

Lámina VI.



CERÁMICA

Lámina VI

31. — Ánfora de doble cuello representado por dos tubos. Hacia la parte media de ellos, y como adorno, una figura con la cual quisieron imitar la forma de un pájaro.

32. — Cántaro de tierra cocida, muy fino, de peso ligero, de color rojo de lacre con algunas líneas blancas. Imita una mujer en cuclillas y en estado de preñez.

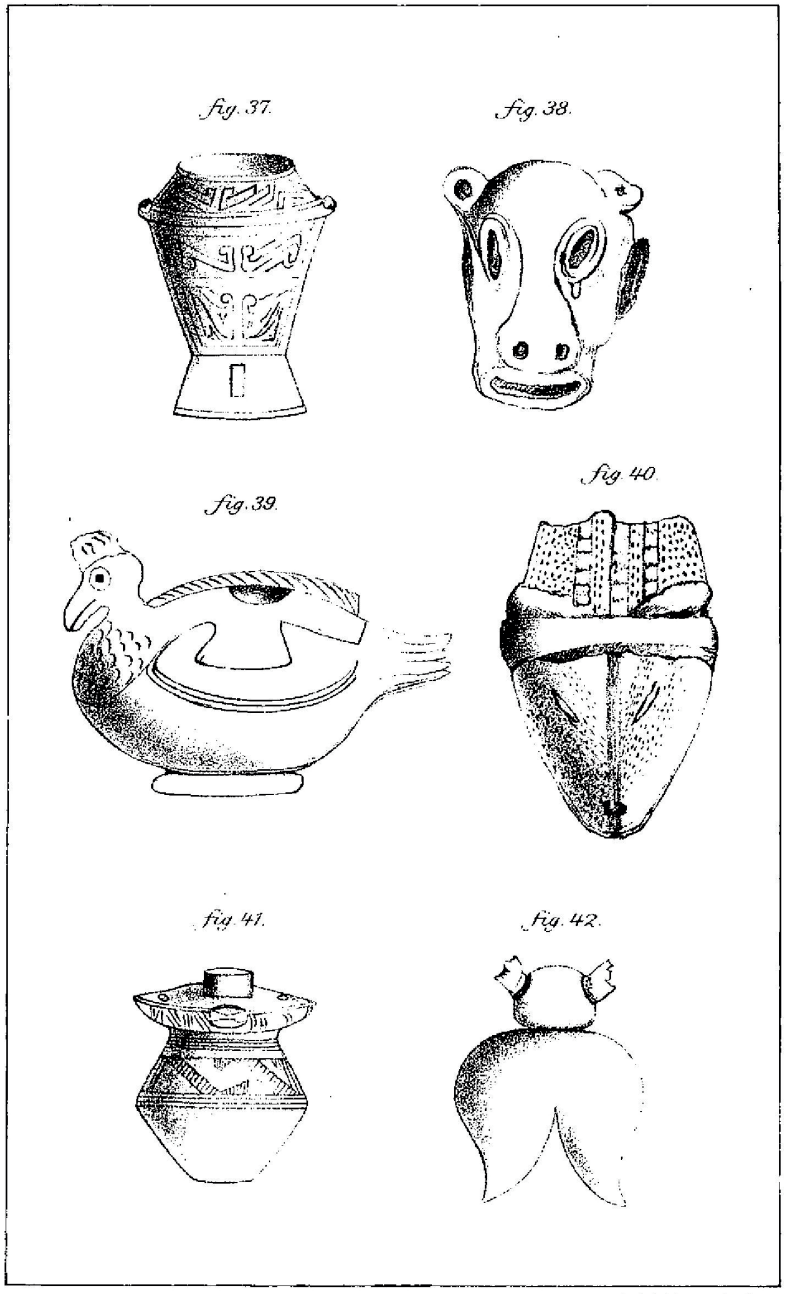
33. — Tubo de tierra cocida. Tiene muchos colores, adornos lineales y una abertura igual por ambos extremos.

34. — Vasija en forma de cilindro, abierta por un solo cabo, con adornos de bajo relieve que forman ángulos regulares. Color uniforme en toda la pieza. Las hay de distintos tamaños.

35. — Taza en forma de canastilla, bien adornada y de excelente gusto. Las paredes que vienen del pie llegan hasta cierta altura, y de la parte interior sale una cubierta en forma de arco hacia el centro. Hacia la mitad se levanta el cuello, y cubierta y cuello están adornados con líneas de colores. Tiene dos asas elegantes, y debajo otras dos con agujeros para colgarla.

36. — Taza no menos elegante que la anterior; varía un poco en la forma y carece de cubierta. Tiene bajos relieves y dos asas con sus huecos correspondientes.

Lámina VII.



Lith. W. Greve, Berlin

CERÁMICA.

Lámina VII

37. — Representa la forma de una canasta bastante perfecta; en la base tiene dos ranuras que dejan vacío el adorno. Es de bajo relieve y de color anaranjado. Hay variedades de esta clase.

38. — Busto de color gris, bastante fino, con el cual parece quisieron imitar la cabeza del mono. Es fragmento de una pieza más grande, y parece haber estado como adorno en uno de los lados de ella.

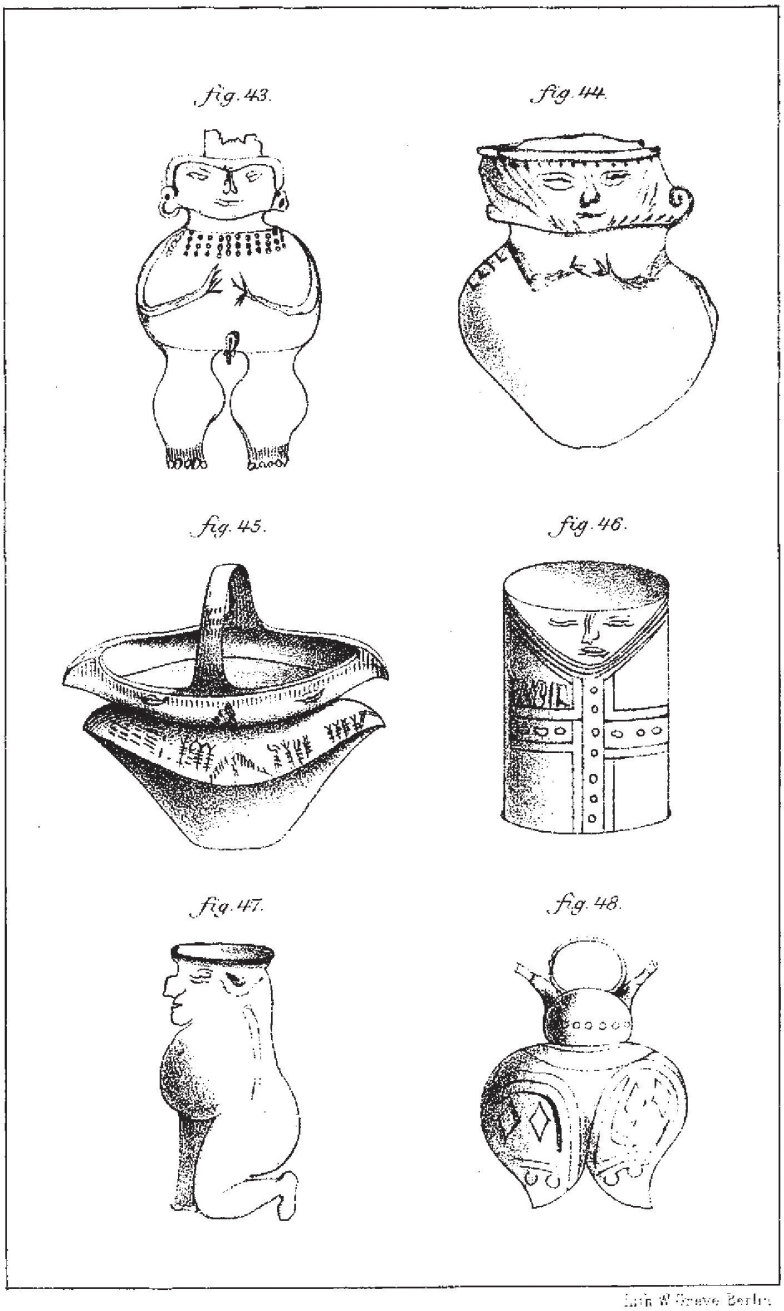
39. — Esta figura, al parecer, imita un pato y es á un mismo tiempo ánfora con abertura por encima. La loza es regularmente fabricada, el color rojo de lacre, y con los adornos en forma de líneas parece que pretendieron imitar las plumas.

40. — Pieza bastante semejante á la cabeza de un lagarto; es apenas un pedazo de otra mayor, y está fabricada con escrupulosidad y arte.

41. — Ánfora de dimensiones pequeñas. Su trabajo es perfecto. Es de loza fina y está adornada con líneas que en algunas partes son casi microscópicas. A los lados en donde están dibujados dos puntos, hay huecos que servían para suspenderla.

42. — Pieza en forma de alcarraza, bastante bien trabajada. Este utensilio doméstico está bien barnizado, tiene color rojo, descansa sobre cuatro pies, con los cuales quisieron imitar pechos de mujer. Los dos tubos superiores están rotos y carece de asas, que debió tener, como lo prueba la ruptura de ellas.

Lámina VIII.



CERÁMICA

Lámina VIII

43. — Ánfora que imita la figura de un hombre. Tiene los adornos propios de la categoría del personaje representado. Las orejas están horadadas, y la abertura superior presenta una parte rota. Mueble fino y de ligero peso.

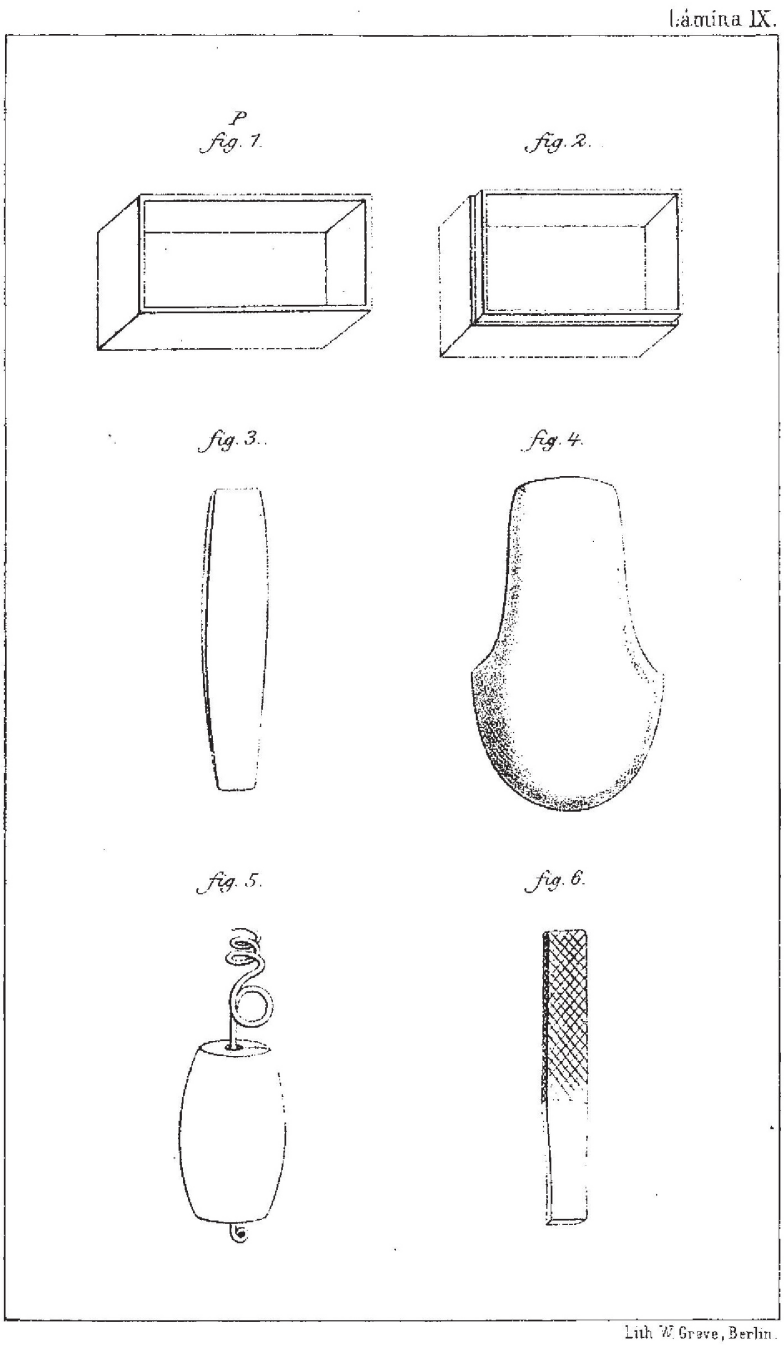
44. — El cuerpo de este mueble representa una tinaja, del interior de la cual sale la cabeza de una mujer, con facciones que revelan sufrimiento. No tiene por adorno sino algunas líneas á los lados de la cara.

45. — Taza en forma de canastilla, compuesta de dos piezas sobrepuestas y con agarradera en forma de arco en la parte superior. El color es uniformemente anaranjado. Está embellecida por líneas armónicas, y es una de las mejores muestras extraídas de los sepulcros antiguos.

46. — Un tubo con dos aberturas iguales, una para cada extremo. Presenta al frente una cara humana y está provista de líneas y puntos metódicamente colocados.

47. — Ídolo en forma de ánfora, hueco, hincado sobre una rodilla; tiene rostro humano y las orejas con los agujeros acostumbrados. Carece de adornos.

48. — Alcarraza por su forma; es de color rojo con dibujos negros. Este objeto es sumamente fino. Sobre la parte superior tiene dos tubos, y central á éstos el asa, como para juntarlos ó sujetarlos.



PIEDRA

PIEDRA

Lámina IX

1. — Una caja cuadrilonga, hecha de sienita granitoide. Es de trabajo esmeradísimo, bien pulida y artística.

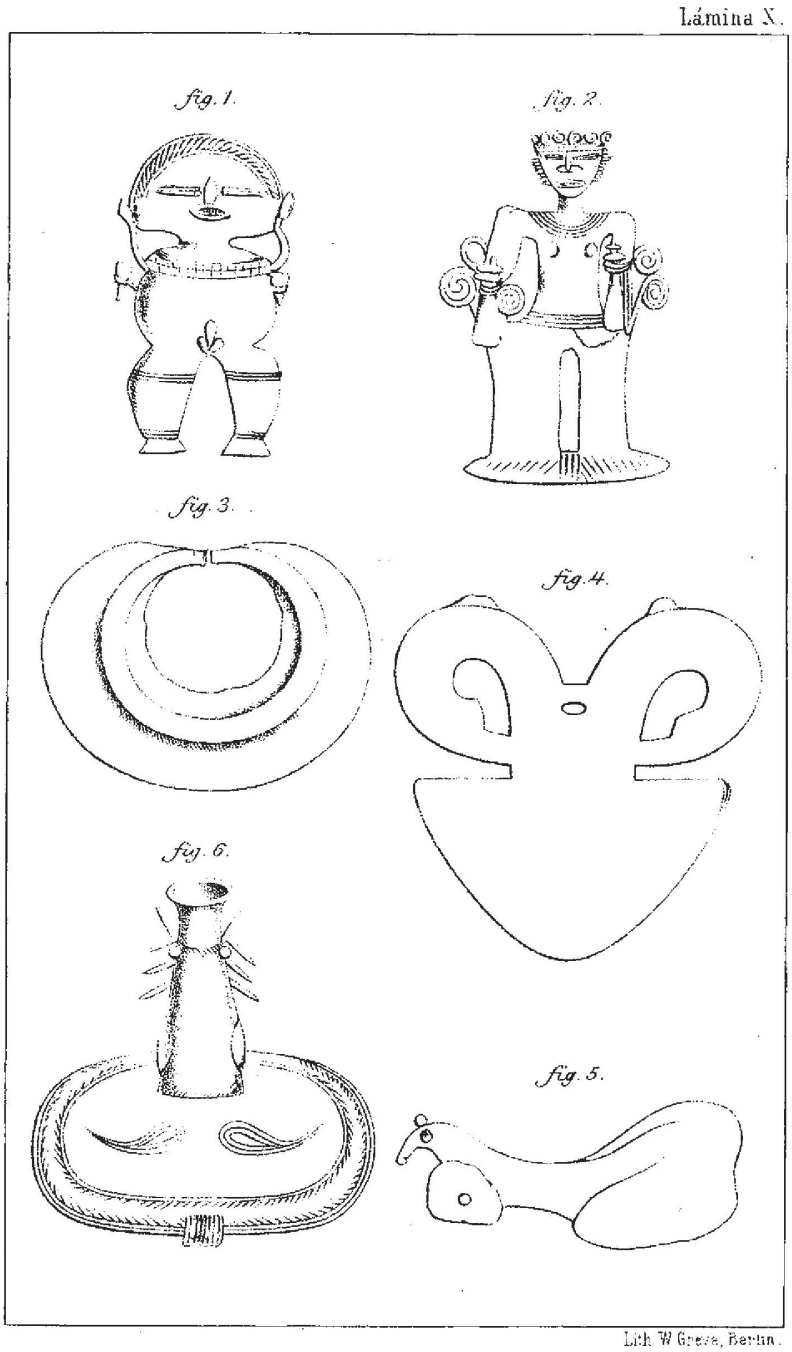
2. — Caja como la anterior.

3. — Cincel de piedra ó bruñidor. Hay de éstos construidos de esquisto cretáceo, de gres, de fonolita, de cuarzo lidio, de ágata etc., y entre ellos, algunos de perfecta ejecución.

4. — Regatón. Los hay de diversos tamaños, ejecutados de diversas rocas. Hay también hachas, escoplos, buriles, moldes y lanzas, y punzones para flechas.

5. — Cornerina roja, cilindroide, perforada por el centro, para pasar un hilo de oro y darle uso de zarcillo. Linda joya.

6. — Escofina propia para pulimentar las obras de tierra amasada.



TUMBAGA.

TUMBAGA

Lámina X

1. — Reproduce la figura de un hombre cuya cabeza está adornada con una diadema provista de líneas oblicuas simétricamente dispuestas. Los extremos de la diadema descansan sobre las orejas; líneas casi microscópicas representan la dentadura; á los lados del tronco hay dos apéndices en figura de cetros; en la parte superior del pecho una faja lujosamente franjeada; hacía las partes naturales la hoja de higuera; los muslos y piernas, ataviados con fajas ó cintillas de oro. Esta pieza parece ser la imagen de un personaje de importancia.

2. — Es una figura que parece representar la justicia. La corona, símbolo real; una pesa en cada mano; dos brazos que imitan la parte anterior de un trono, y el pecho sencilla pero lujosamente vestido.

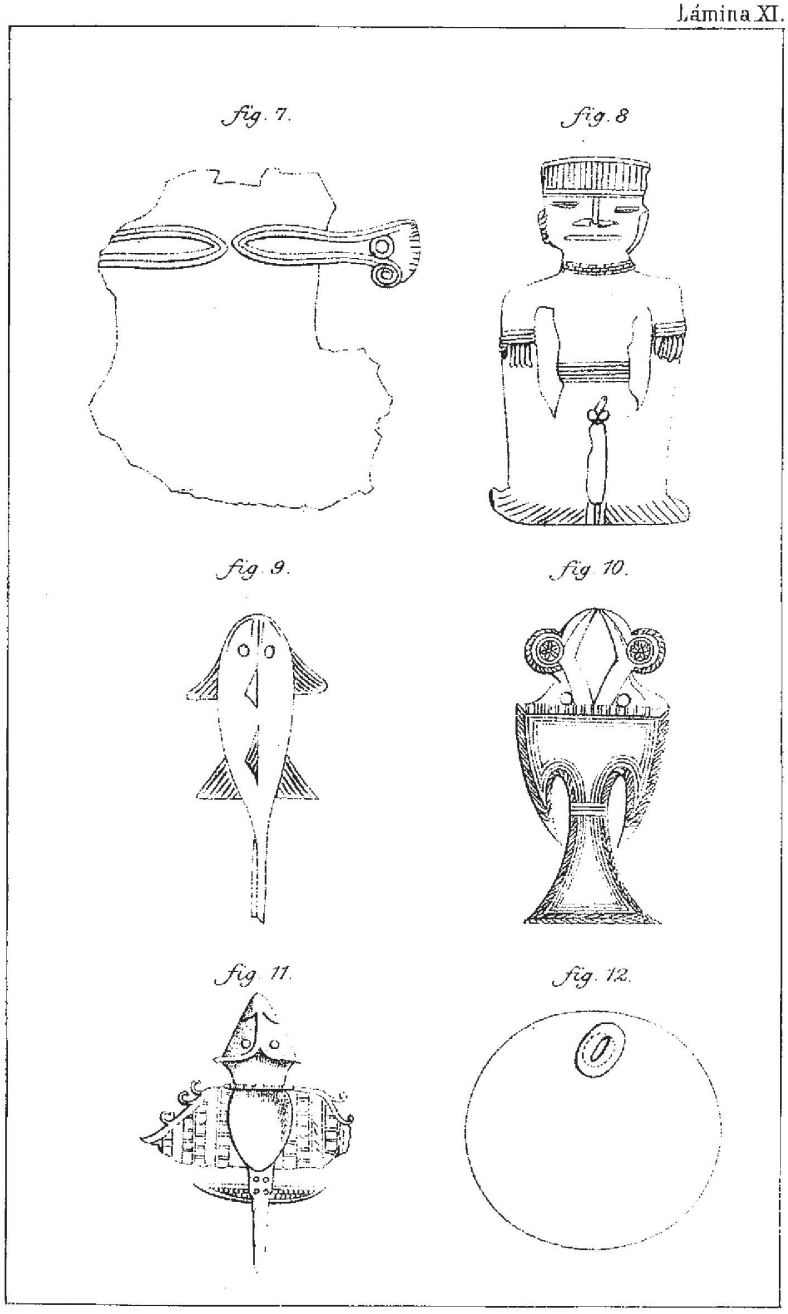
3. — Chaguala ó pendiente para orejas y nariz con un alto relieve al centro. Joya de uso común.

4. — Gran placa que debió de servir como insignia militar ó como signo de alguna otra jerarquía social. Esta lámina es muy bien pulimentada y parece haber sido extendida á cilindro, como muchas otras. Tiene ojal superior para suspenderla al pecho.

5. — Imagen de un animal semejante al perro mudo. Este objeto no parece haber sido hecho de tumbaga fundida, sino estampado en molde, como sucede con otras de oro de mayor mérito.

6. — Parece que hubieran querido representar con esta figura el hocico y parte anterior de un jabalí ó puerco montes, cuyos dientes y ojos son visibles. Tiene asas para ser llevada, y pudiera servir de candelero. Los dos relieves que están en el centro de la parte plana, imitan las cejas, lo que puede notarse mejor viendo la figura en sentido inverso.

Lámina XI.



Lith. W. Greve, Berlin.

TUMBAGA.

Lámina XI

7. — Fragmento de una pieza de mayores dimensiones, cuya interpretación parece difícil, á no ser que se tome como adorno ó insignia militar.

8. — Figura análoga, con diferencia de sexo, á la que lleva el n° 2 en esta misma serie.

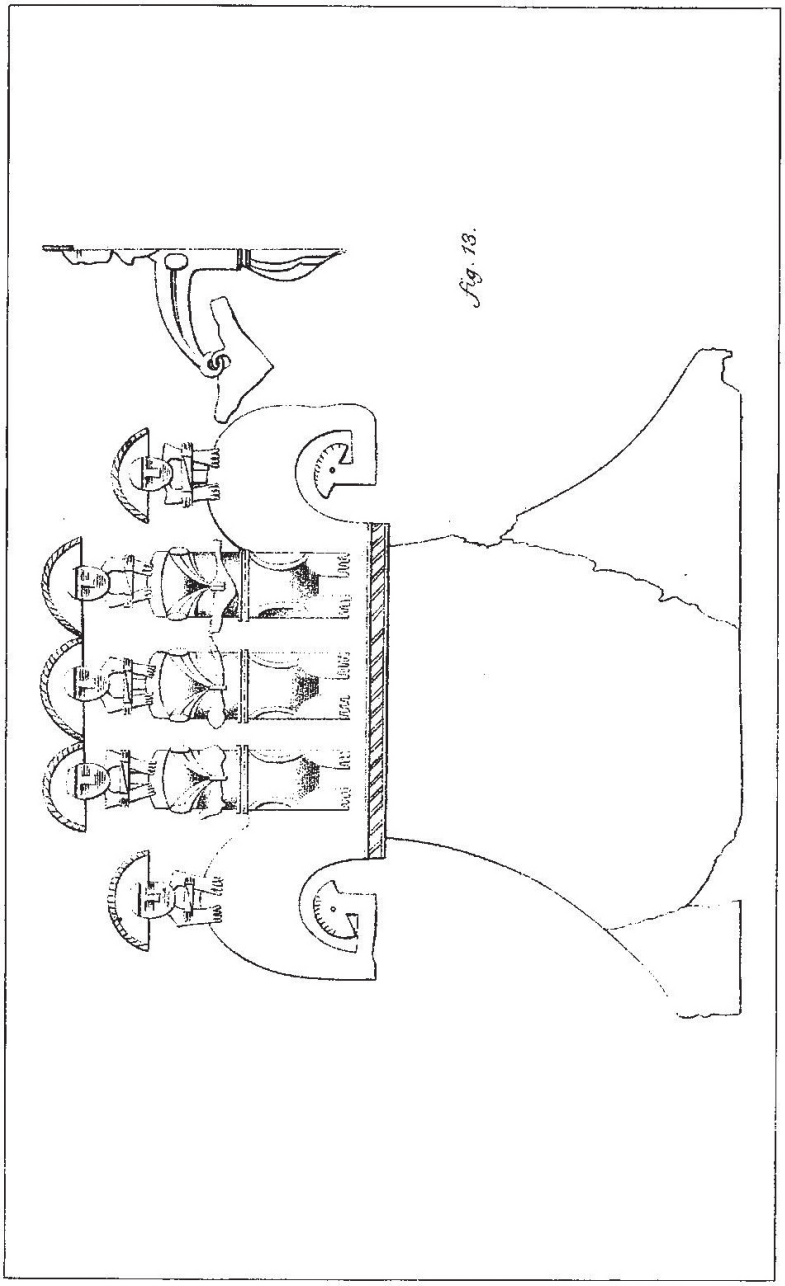
9. — Imagen de un pez de agua dulce, común en los ríos y riachuelos de Antioquia. Se le llama corroncho por lo áspero de la piel.

10. Águila de dos cabezas, sumamente bien trabajada. Resalta la semejanza viéndola á la inversa, pues parece volar de alto á bajo para coger una presa. Obra estampada. (¿Mexicana?)

11. — Pez de agua dulce, raro ó desconocido hoy en las aguas antioqueñas.

12. — Placa de figura circular, agujereada en la parte alta como para ser suspendida.

Lámina XII.



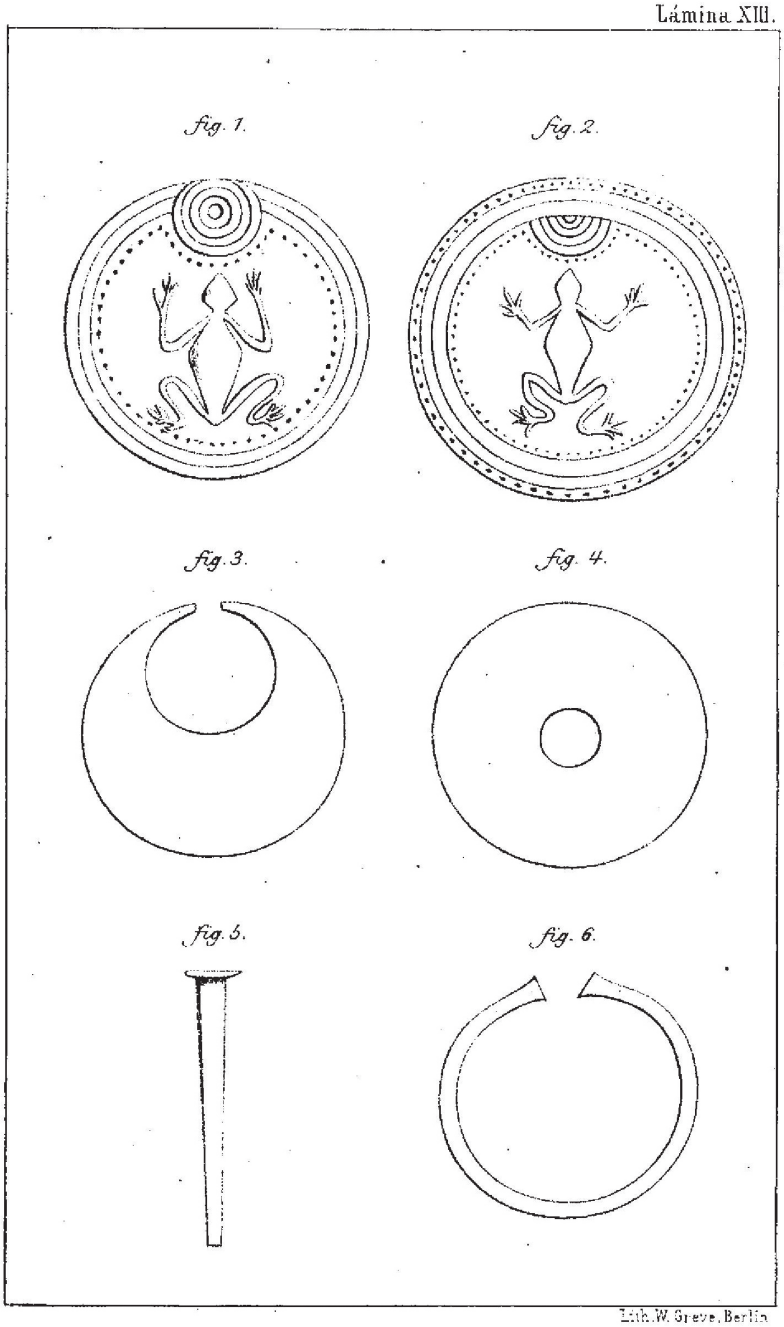
Lith. W. Greve, Berlin.

TUMBAGA.

Lámina XII

13. — Tres grandes personajes, y dos más á los lados que parecen subalternos. ¿Es cuadro de carácter religioso? ¿Es fragmento de una galería histórica? No sabemos.

Lámina XIII.



ORO.

ORO

Lámina XIII

1. — Escudo estampado en lámina de oro fino, con la imagen de una rana al centro. Horadado como condecoración.

2. — El mismo, más prolijamente ejecutado.

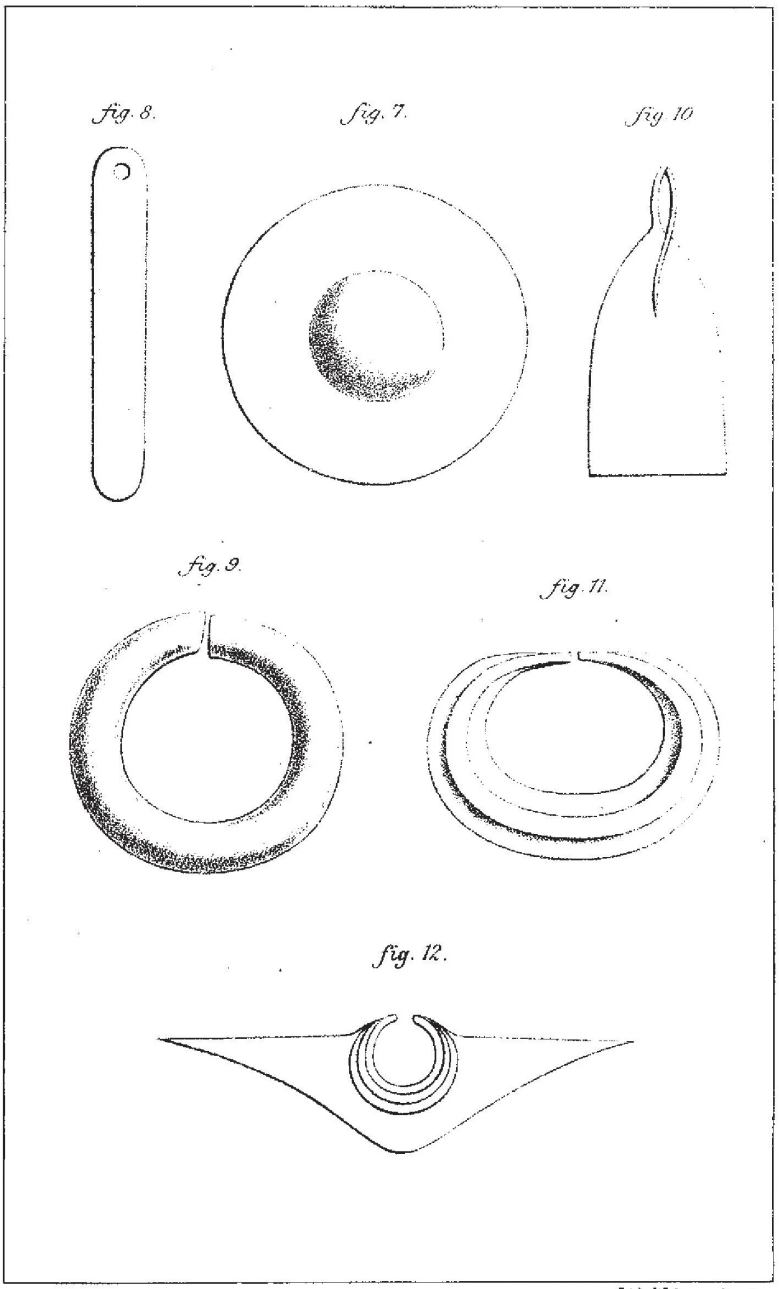
3. — Chaguala ó arillo, laminado á cilindro y de forma sencilla.

4. — Lámina circular de oro fino con abertura al centro. Adorno.

5. — Imitación de un clavo común.

6. — Chaguala ó arillo de los conocidos con el nombre de argolla; estilo común, adorno de orejas y narices.

Lámina XIV.



Lith W Greve, Berlin

ORO.

Lámina XIV

7. — Imitación de un sombrero. La faja exterior blanca imita el ala, la central sombreada es cóncava y corresponde al fondo de la copa.

8. — Figura sencilla de una laminita de oro puro perfectamente pulimentada, como lo son en general todas las de esta especie. La usaban para ponerla sobre la frente y sostener con ella la corona de plumas.

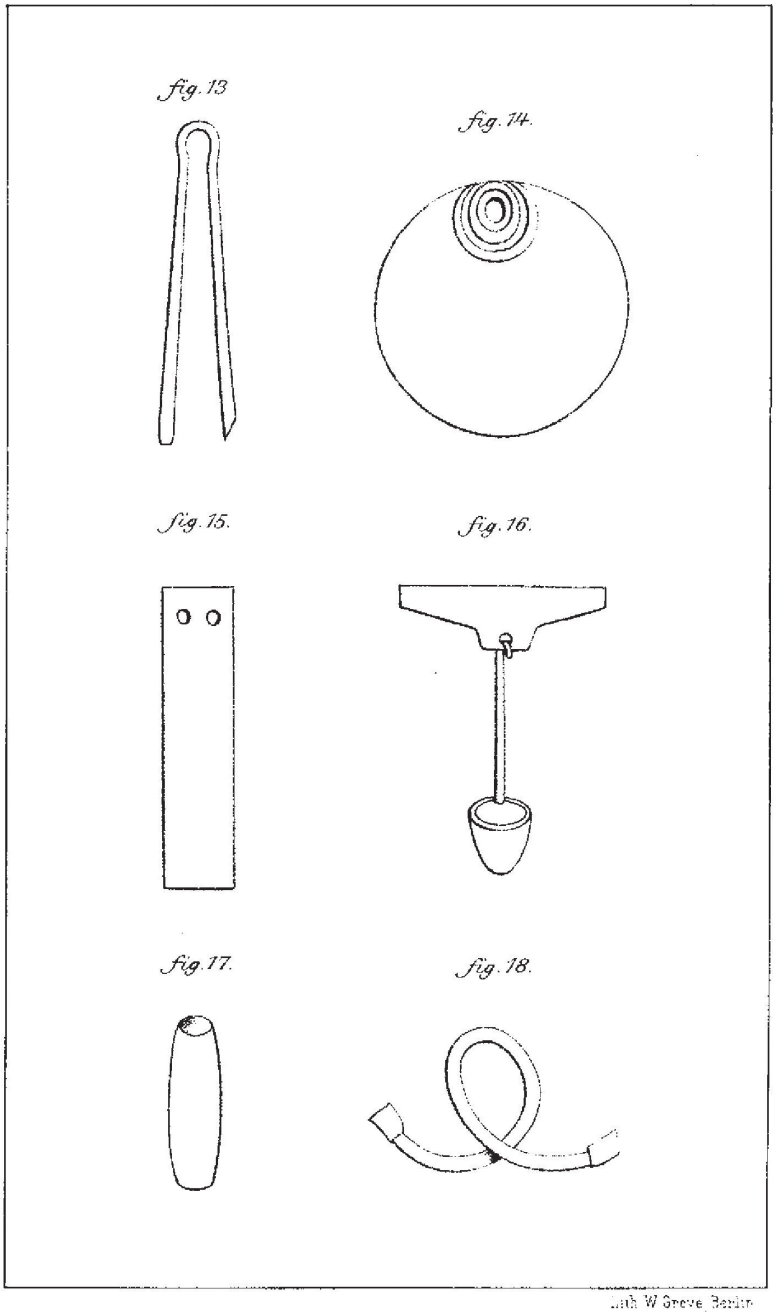
9. — Chaguala en forma de argolla, cilíndrica y tubular. Tiene una ranura en la parte interna, por donde sin duda sacaron el molde de barro que contenía.

10. — Zarcillo liso, de forma aplanada.

11. — Chaguala como la fig. 3 de tumbaga, con una faja más.

12. — Chaguala que se parece en la parte central á la anterior. Tiene dos alas de oro bruñido á manera de bigotes, con cuyo nombre son conocidas.

Lámina XV.



ORO.

Lámina XV

13. — Gancho de oro fino y de la misma forma de los que hoy usan las mujeres para prenderse el peinado.

14. — Lámina de oro bruñido, perforada en la parte superior, con relieves concéntricos á la abertura. Objeto de adorno.

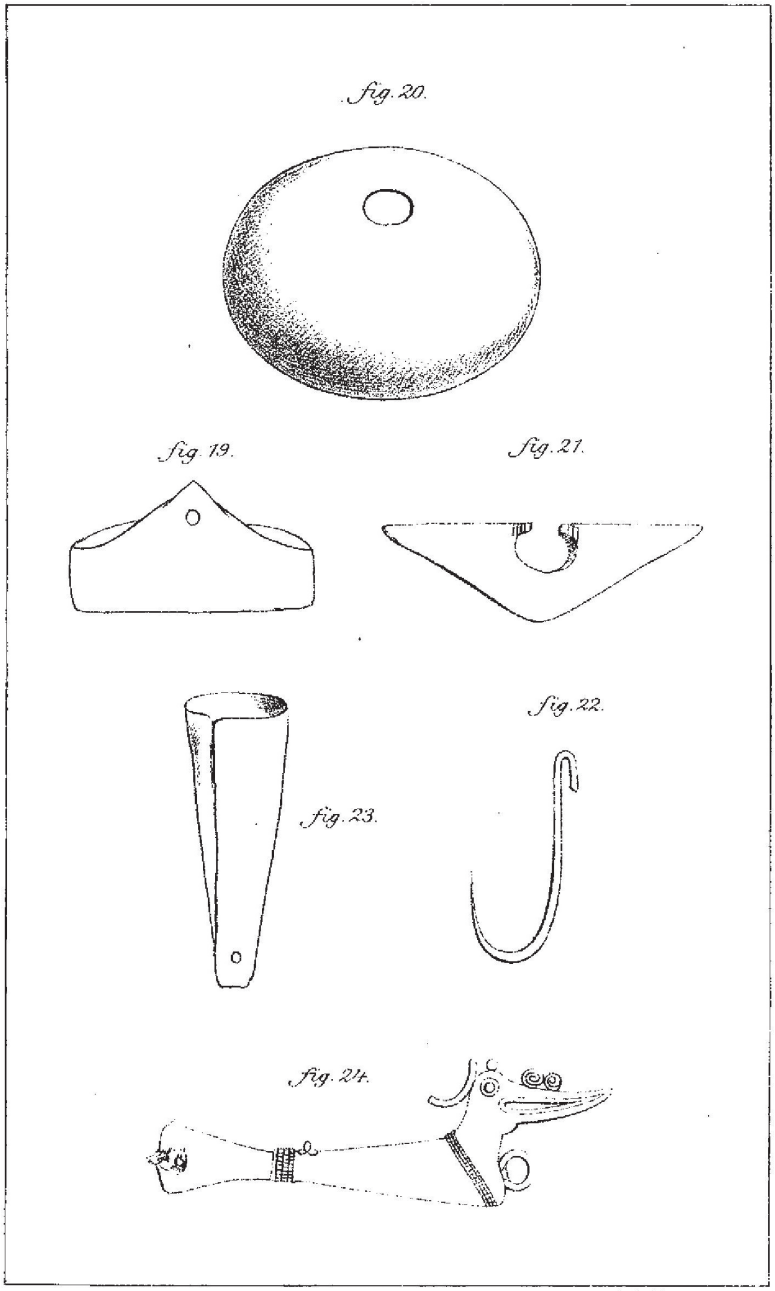
15. — Lámina de oro semejante á la de la fig. 8 de esta serie, y probablemente destinada al mismo uso.

16. — Aderezo propio para collares. Forma semejante á lo que los franceses llaman *bénitier.* Tal vez cargaban sustancias aromáticas en la cavidad inferior.

17. — Cuenta de oro.

18. — Arracada de resorte.

Lámina XVI.



ORO.

Lámina XVI

10. — Diadema muy chica, especie de juguete.

20. — Placa bruñida un poco convexa, y agujereada para servir de adorno.

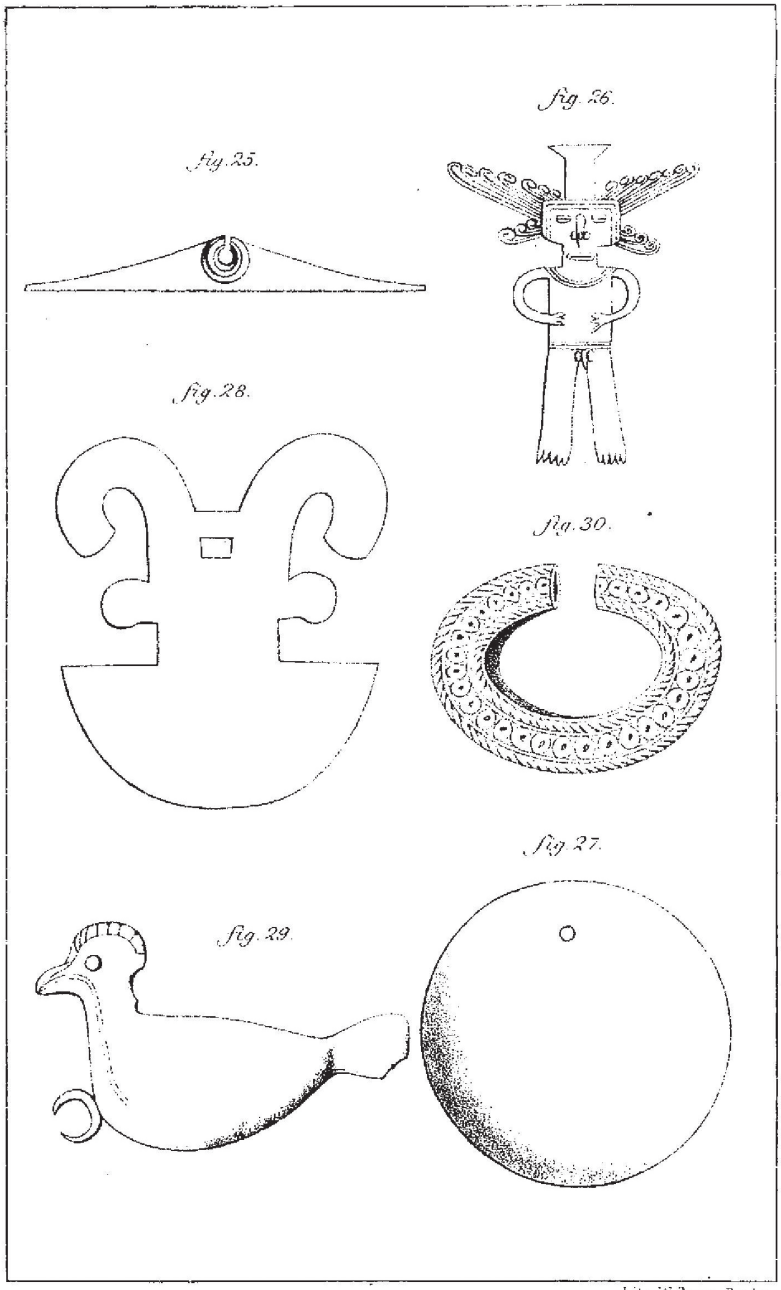
21. — Chaguala semejante á la fig. 12 de esta serie.

22. — Anzuelo de oro.

23. — Lámina de oro en forma de cucurucho, horadada y propia para ser suspendida en el aire; y como se hallan muchas de éstas en los sepulcros, se cree que las llevaban como instrumento músico en sus danzas, ó las colgaban formando líneas, para que en el primer caso el movimento del cuerpo, y en el segundo el del aire, produjeran sonido armónico.

24. — Caprichosa representación de un lagarto, con argollas colocadas en distintos sitios, para colgarlo como adorno. Lleva fajas de alto relieve.

Lámina XVII.



ORO

Lámina XVII

25. — Chaguala bigote.

26. — Representación curiosa de un personaje destinado tal vez á simbolizar algo relativo á las costumbres, religión etc., etc. Nos parece de difícil interpretación.

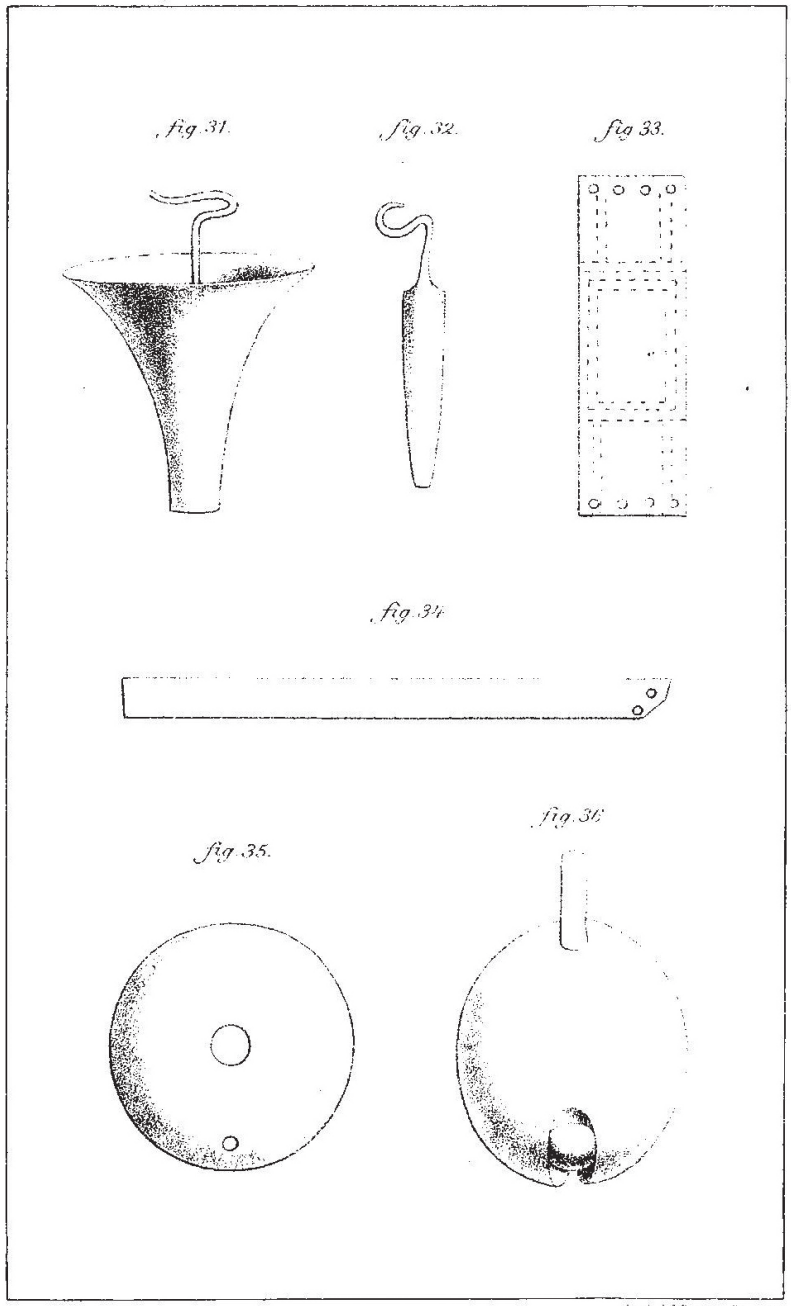
27. — Lámina de oro puro muy bien bruñida; es un adorno ó condecoración.

28. — Del mismo carácter de la anterior; figura caprichosa y un poco semejante á la de la fig. 4, serie de tumbaga.

29. — Imagen del pavo americano ó paují.

30. — Chaguala rica en pormenores de filigrana. Pieza fundida.

Lámina XVIII.



ORO.

Lámina XVIII

31. — Zarcillo en forma de flor de batatilla *(convolvulus)*.

32. — Zarcillo de otra forma.

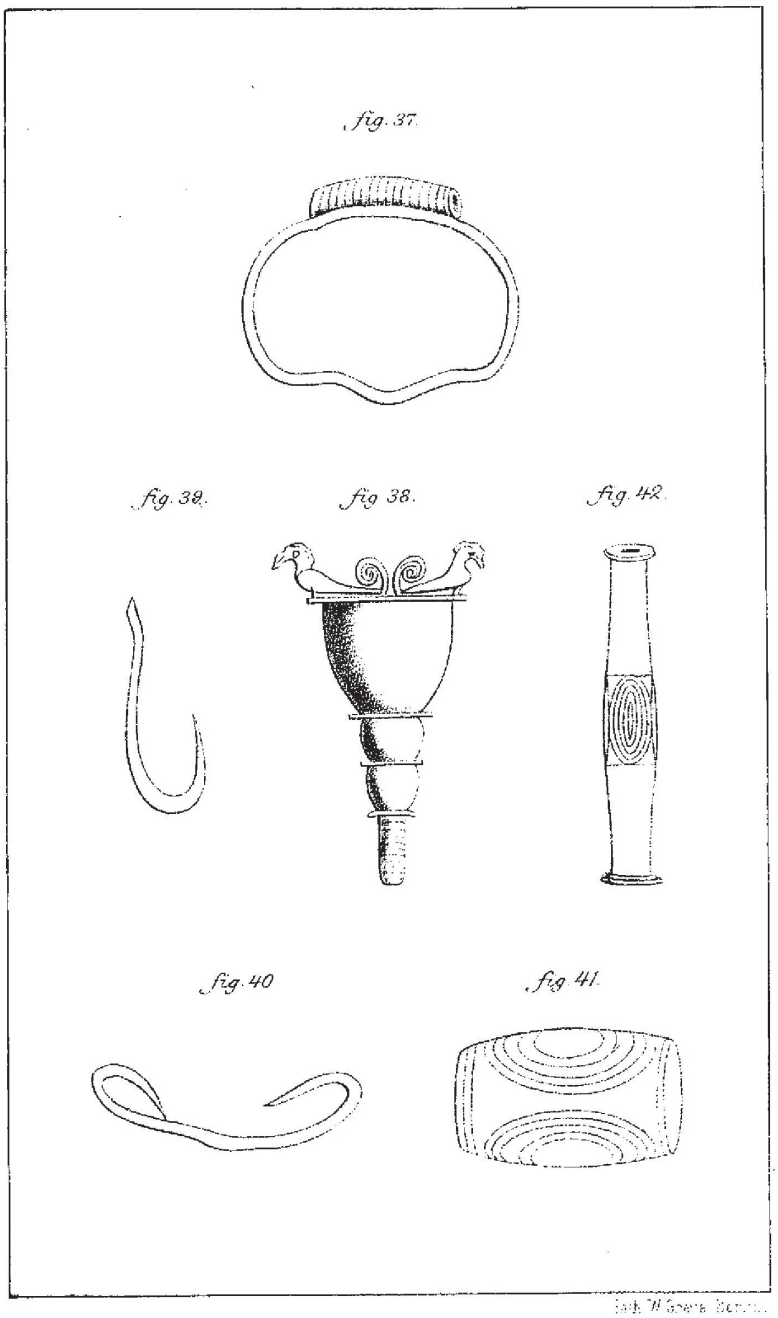
33. — Lámina de oro punteada metódicamente, y cual si hubiese sido fabricada con alguna intención especial, como instrumento de contabilidad, de peso etc., etc.

34. — Lámina de oro de género análogo al de las figuras 8 y 15. En este grupo se hallan varias fajas que llegan por progresión creciente hasta veinte centímetros de anchura. Parece ser que sirvieran unas como pulseras, como brazaletes otras, y como cinturones para sostener los adornos de pluma que los indígenas acostumbraban llevar en la cintura en sus festividades y combates.

35. — Placa bruñida, con dos orificios. Adorno.

36. — Representa un cascabel de oro, cuyo sonido metálico es claro y distinto. No es raro hallarlos con dos ranas esculpidas de alto relieve y colocadas en uno y otro lado.

Lámina XIX.



ORO.

Lámina XIX

37. — Piedra (lapislázuli) engastada en marco de oro con entorchado en la parte superior; entorchado hueco, como para pasar un hilo.

38. — ¿Un cetro?

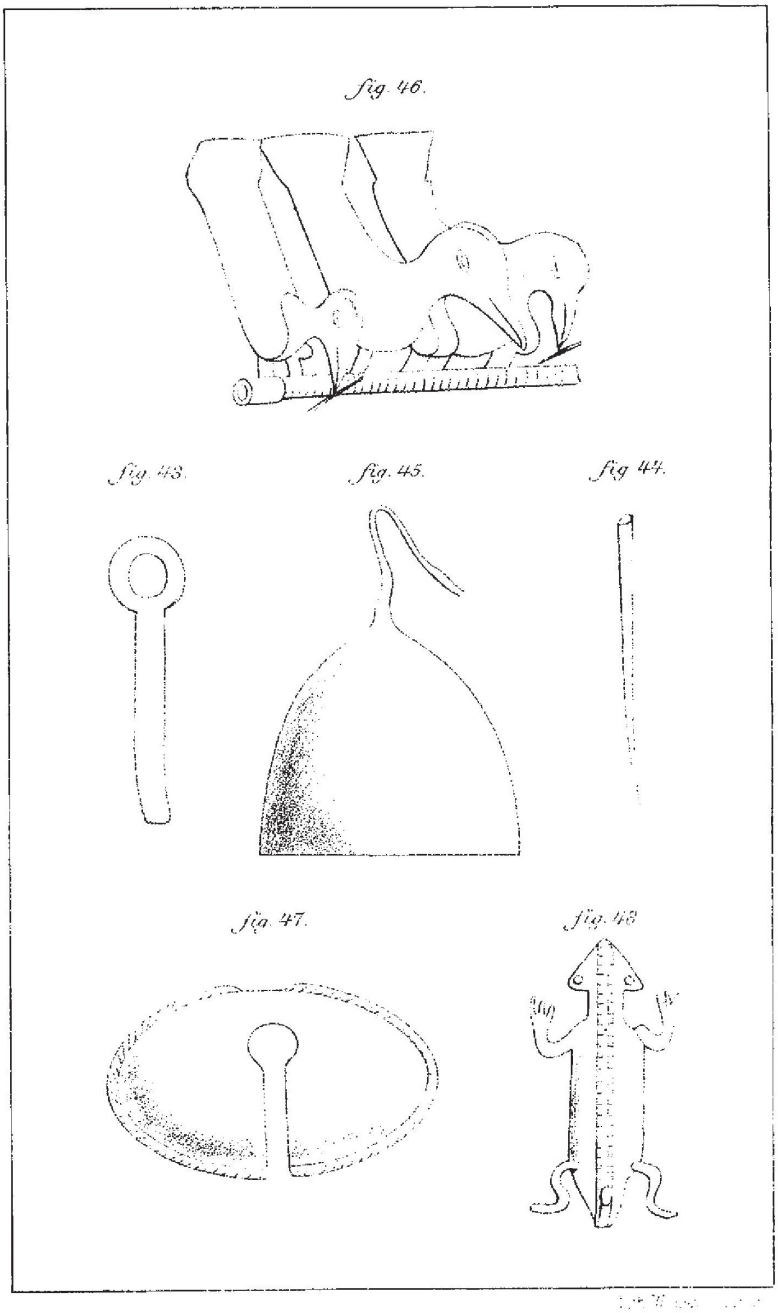
39. — Otro anzuelo. Los hay de tamaños iguales á los que se venden en el comercio.

40. — Tallo ó alambre de oro que parece destinado á la fabricación de anzuelos.

41. — Imitación de un barrilito curiosamente trabajado. Juguete.

42. — Tubo semicilíndrico, abultado hacia la parte media. Parece haber sido insignia de mando. Los hay con dibujos y relieves de hechura esmerada.

Lámina XX.



ORO.

Lámina XX

43. — Adorno para garganta y pecho.

44. — Alfiler ó prendedor.

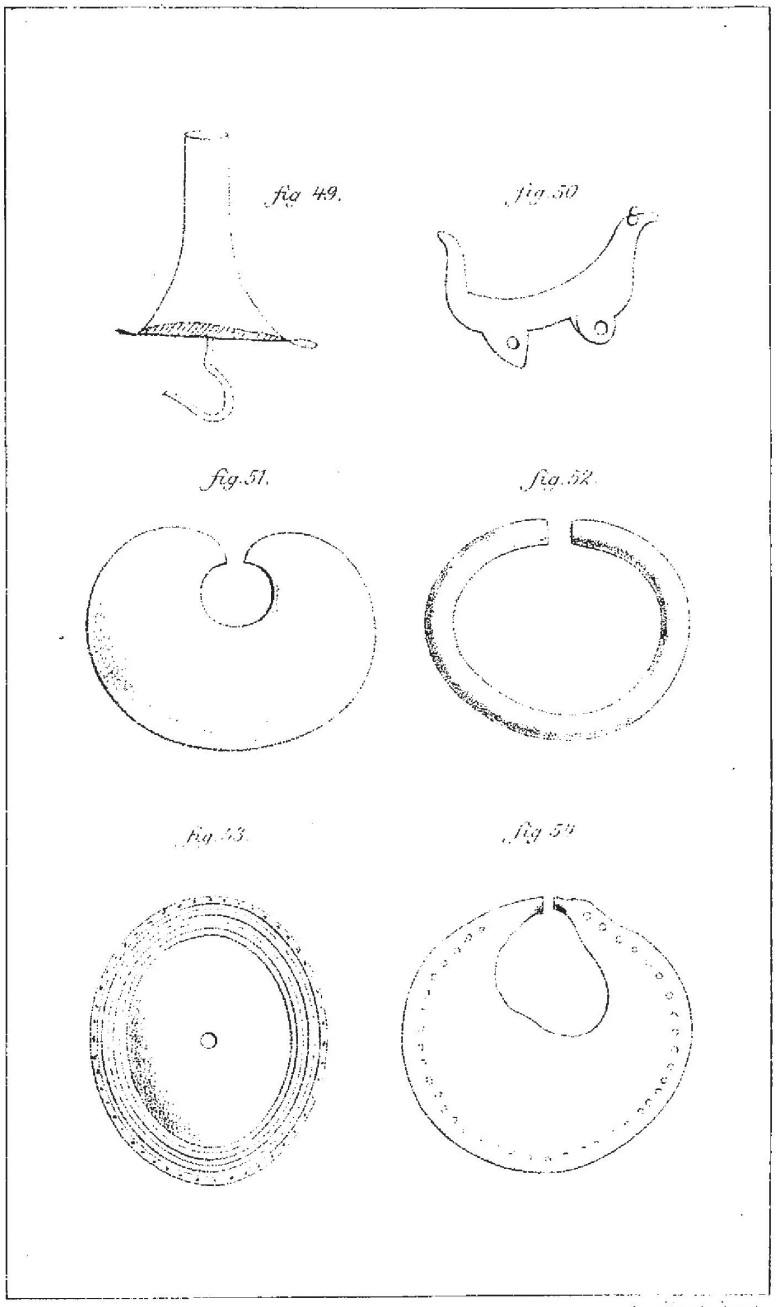
45. — Zarcillo en forma de campana; peso leve, obra de fundición.

46. — Tres patos en actitud de andar por tierra picoteando.

47. — Chaguala de hechura distinta á las anteriores.

48. — Imagen de la rana, perfectamente imitada.

Lámina XXI.



ORO.

Lámina XXI

49. — Zarcillo semejante al de la fig. 31 de esta serie.

50. — Imitación del perro, de la marteja ó de otro cuadrúpedo semejante.

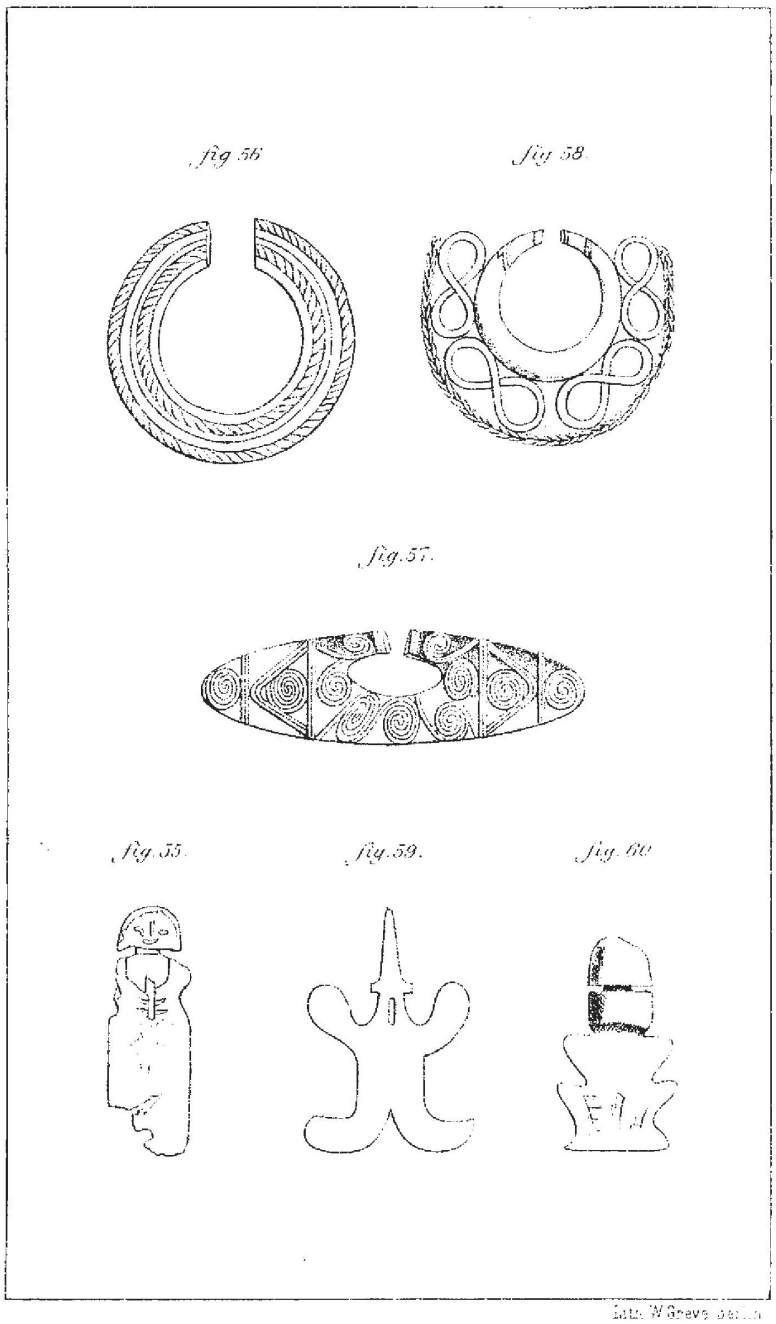
51. — Chaguala.

52. — Chaguala argolla.

53. — Escudo diestra y ricamente trabajado. Obra estampada.

54. — Variedad de chagualas.

Lámina XXII.



ORO.

Lámina XXII

55. — Pedazo de un ídolo de difícil interpretación.

56. — Chaguala primorosa y simplemente fabricada.

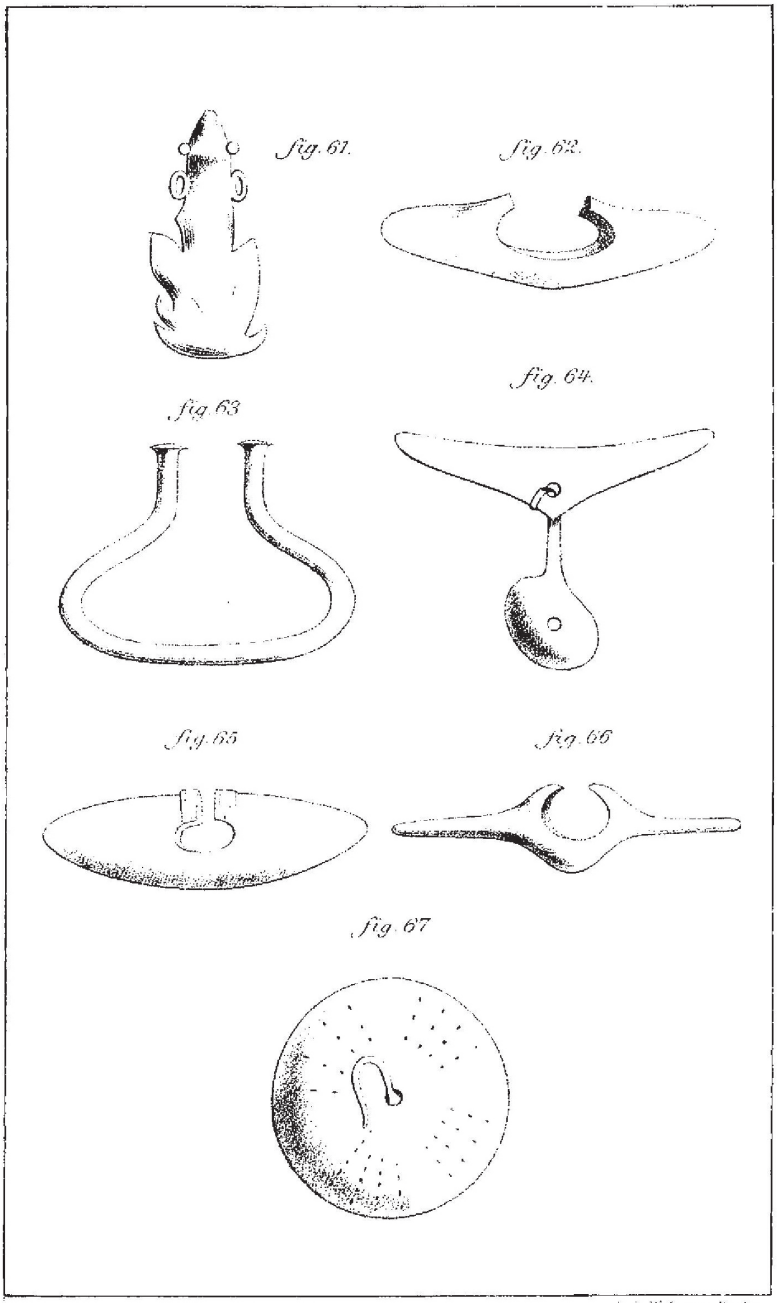
57. — Otra de mayor lujo artístico.

58. — Una igual en arte, pero más elegante.

59. — Dige de oro para collares.

60. — Principio para la fabricación de un ídolo.

Lámina XXIII.



ORO.